



# Humphrey Slater

## El conspirador



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

HUMPHREY SLATER

# El conspirador

Traducción de  
Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

El comandante Desmond Ferneaux-Lightfoot, miembro de la Guardia de Granaderos, había conocido a Harriet Frodsham pocas semanas después del final de la guerra. Aquel invierno la vio con frecuencia y, en los últimos tiempos, había comentado en más de una ocasión cuánto le gustaría casarse.

Harriet se sentía sumamente halagada de que Desmond la invitara a salir tan a menudo con él al teatro y a clubes nocturnos, y aquellas conversaciones recurrentes sobre el matrimonio le causaban regocijo. Sin embargo, la exasperaba cada vez más la manera cautelosa en que él evitaba mencionar, entre tantas palabras, quién era la mujer que tenía en mente.

Aquella conducta evasiva le sorprendía, pues no casaba en absoluto con la actitud optimista de él y su seguridad en sí mismo. Desmond sabía que no había ningún motivo práctico que le impidiera contraer matrimonio con quienquiera que se le antojase. Tenía treinta y un años, disponía de dinero y era extraordinariamente guapo. A principios de verano Harriet había llegado a la conclusión de que el motivo de su curiosa indecisión era que la encontraba demasiado joven, y empezó a resignarse al hecho de que era infantil, en efecto, esperar que alguien tan adulto y decoroso la considerase una esposa adecuada.

Harriet había decidido que, pese a que él fuera terriblemente atractivo en algunos aspectos, su corrección absoluta y permanente no estaba hecha para ella. Y entonces, una mañana de principios de junio, se quedó atónita al recibir una llamada suya desde el campo en la que le decía apresuradamente, casi en un tono de apremio histérico, que no soportaba llevar tantos días separado de ella. Le contó que estaba con una tía anciana y seis primos pequeños y que le había confiado a su tía que en Inglaterra había conocido a la joven más encantadora del mundo, y que intentaba convencerla de que se casara con él. A

la tía Jessica le había complacido la noticia, explicó, tanto como si fuese a ella a quien hubiesen pedido en matrimonio, y había propuesto que la invitara de inmediato a pasar el fin de semana en Gales. Podía tomar el tren rápido hasta Ruabon y él iría a buscarla en coche a la estación.

Harriet había decidido aparentar madurez y serenidad y, tras esperar un segundo durante el cual se mordió el labio superior hasta hacerse daño, consiguió adoptar un sofisticado tono de falso candor.

–¿Vas a proponerme matrimonio? –preguntó.

–Espera y verás –replicó él.

–No puedo ir –dijo ella.

–¿Por qué no?

–La ropa limpia no llega hasta pasado mañana y no tengo qué ponerme...

Discutieron durante seis minutos y al final quedó decidido que viajaría aquella misma noche.

Harriet colgó y extendió los brazos en la tercera posición de baile; danzó alrededor del sofá y decidió que sus pasos no eran exactamente los correctos, por lo que volvió atrás y arrancó de nuevo desde el punto donde había empezado, junto al teléfono. Saltó, hizo una pirueta, giró sobre sí misma con una precisión estudiada a la perfección y luego corrió al piso de arriba, al dormitorio de su madre, y miró en los cajones de la cómoda para ver qué ropa había allí que pudiera pedirle prestada.

A primera hora de la mañana siguiente, cuando Lightfoot se presentó a recogerla, llovía a cántaros. En la estación apenas había nadie y el mozo, un hombre menudo, llevó la maleta de cuero nueva de Harriet hasta el coche. Tras dejar atrás algunas casas, la carretera discurría sinuosa a través de un valle verde y profundo, en dirección a Bala.

El lago tenía poco interés; era gris acerado, plano y tenía muy pocos árboles a su alrededor. Harriet se preguntó si le parecía aburrido sólo porque no había oído hablar nunca de él. Quizás Ullswater se pareciera mucho pero dado que el distrito de los lagos había recibido tantas alabanzas, uno acababa viendo en él una belleza que nunca había existido realmente. Y, por supuesto,

el Bala le habría producido mejor impresión, pensó, si hubiera podido detenerse a contemplarlo, en vez de verlo pasar a través de las gotas de lluvia en el parabrisas y con Lightfoot lanzado a ciegas a setenta por hora.

–Me habría gustado echar un vistazo al lago –dijo ella de repente.

Lightfoot respondió que les quedaba un largo camino por recorrer antes del desayuno y que esperaba que no estuviese cansada, pues en la casa había un surtido de seis niños a los que les había prometido un día de campo.

–Si sigue lloviendo, tendremos que dejarlo para otro día –señaló ella.

–Ni lo sueñes –replicó él–. Tú no conoces a esos niños, desatarían una revolución.

–Pillarán una neumonía.

Lightfoot dijo que así tendría que ser: le habían hecho prometer por su honor que irían tanto si llovía como si no. Y en cualquier caso, añadió, aunque no se lo hubiese prometido, no se sentía capaz de afrontar la decepción que se llevarían. Había que tener en cuenta con qué vehemencia y desesperación se ilusionaban los niños con los planes.

Harriet estuvo de acuerdo en este punto, pero deseó haber llevado ropa más vieja, sobre todo teniendo en cuenta que Lightfoot vestía unos pantalones de franela gris salpicados de barro y una gastada chaqueta de tweed con ribetes de cuero rozados y sucios.

Estudió su perfil y se sintió un poco consternada al advertir la rigidez de su barbilla y su dura expresión de experto mientras cambiaba de marcha, antes de lo que lo haría cualquier otro, en las cuestas empinadas. Parecía correr más cuando el coche subía que cuando la carretera era llana y, mientras cambiaba de marcha en silencio y aceleraba suave y progresivamente, su expresión era de triunfo.

Estaba por completo absorto en el coche y no le prestaba ninguna atención, por lo que Harriet se sintió olvidada y se preguntó cuándo iba a proponerle que se casaran. En la estación, bajo la lluvia y mientras ella intentaba encontrar el billete y, con las manos enguantadas, cortar la parte del viaje de vuelta, no había sido un buen momento; al llegar al coche, Desmond se había ocupado de su maleta y, desde entonces, sólo había habido colinas y el cambio de marchas.

Supuso que, cuando llegaran a la casa, la acompañarían a su habitación, tomaría un baño y bajaría a desayunar con la familia. No era probable que él entrara en la alcoba mientras ella se estuviera vistiendo, por lo cual era probable que no volviera a presentarse una buena oportunidad hasta que empezaran a organizar la comida campestre. Quizá Desmond se las arreglaría para quedarse a solas con ella en algún rincón, preparando emparedados o llenando mochilas para la excursión. Pensó en lo excitantes que se veían sus manos morenas sobre el volante; llevaba las uñas muy cuidadas, pero desacostumbradamente largas, y Harriet no supo muy bien si le resultaban atractivas o repulsivas.

Lightfoot condujo con energía por la accidentada carretera que discurría entre los páramos. Durante unos diez kilómetros no encontraron casas ni vallas, mientras las pequeñas montañas desiguales se dibujaban en tonos gris oscuro y carbón detrás de la lluvia. No había tráfico en ninguna dirección; sólo tachonaban el paisaje unos corderos sucios y unos bueyes flacos, negros como el hollín. A Harriet se le antojó un lugar remoto y romántico y pensó que, si fuese un hombre, sería en un lugar como aquél donde habría declarado su amor. Harriet habría detenido el coche y habría salido a disfrutar de la lluvia y de aquella soledad silvestre.

Lightfoot siguió conduciendo con la mirada pendiente de la carretera, atento a si aparecía algún cordero descarriado. Pareció que transcurría una eternidad hasta que llegaron a una granja, donde una barrera cortaba la carretera. Un viejo se acercó a la ventanilla del coche y les comunicó que la tarifa era de seis peniques; el caballero se había olvidado de pagar aquella mañana, cuando había cruzado a la ida. En tono bastante jovial, Lightfoot le dijo al hombre que intentar cobrar peaje era un delito y le informó de que en toda Inglaterra las barreras con peaje habían sido abolidas por ley en el siglo XIX y que por ello se sentía obligado a protestar.

—Pueden meterlo en la cárcel, o al menos multarlo, por exigir dinero — sonrió Lightfoot.

El viejo se asustó y, arrastrando los pies, se acercó al cierre y abrió la barrera lo justo para que pasase el vehículo. Harriet se volvió y lo vio allí plantado, observando con aire abatido el coche que se alejaba, como si

temiera que fuesen directamente a denunciarlo a la policía.

A Harriet le disgustaba profundamente la vena de pomposidad que apreciaba en el carácter de Lightfoot y, por un segundo, empezó a dudar de que pudiera llegar a enamorarse de verdad de aquel hombre. Se volvió hacia él y le dijo:

–Tendrías que haber pagado los seis peniques.

A Lightfoot conducir lo había puesto eufórico, y se había comportado de una manera ostentosa para impresionar a Harriet. La reacción de la muchacha le sorprendió y le pidió disculpas por haberla avergonzado. Luego, volvió a explicarle con paciencia que las carreteras eran libres. Lo ilegal era que aquel hombre quisiera cobrar peaje. En realidad, si cedían y le daban el dinero, ellos también cometerían un delito del que podían acusarlos.

–¿Y por qué iba a estar bajo la lluvia abriéndote la portilla a cambio de nada? –dijo Harriet en tono hostil–. Te ha ahorrado la molestia de bajar y hacerlo tú mismo. Se merecía una propina.

Lightfoot continuó conduciendo, pensativo, y finalmente redujo la marcha y se detuvo en un margen de hierba. Encendió un cigarrillo y dijo que, en realidad, ella estaba en lo cierto. No tenía que haber permitido que el hombre trabajara para él sin cobrar. Y si no estaba dispuesto a pagar, lo lógico era que abriese la puerta él mismo.

A Harriet le pareció que decía todo aquello de una manera un tanto mecánica, y cuando dio media vuelta con el coche y aceleró colina arriba hasta la barrera, parecía irritado. Condujeron en silencio, y la pretenciosa manera en que él se apeó, pidió disculpas y le dio un billete de una libra al hombre no aplacó a Harriet. Mientras se alejaban, la muchacha se volvió para mirar de nuevo y se avergonzó de divertirse un poco a costa de la expresión del viejo, que denotaba aún más terror que la primera vez.

La casa en la que vivía la tía de Lightfoot había sido construida doscientos años atrás y era de una piedra gris tan oscura que casi parecía negra. Rodeada de sombrías montañas galesas por todas partes, dominaba un rústico valle cultivado sólo a medias. La calzada hasta la casa estaba bordeada de cuidados

setos de hierba y la gravilla se veía meticulosamente rastrillada. El gran jardín era elegante y estaba bien atendido. Un brillante césped verde se extendía como una alfombra recién tendida hasta la piscina, situada en uno de los lados de la casa, y hasta una tapia alta, con melocotoneros de largas ramas, en el otro. Cuando el coche se detuvo, una niña asomó la cabeza por una ventana del piso de arriba y saludó con frenesí por unos segundos, hasta que una mano roja y rechoncha la agarró por el cuello, tiró de ella hacia dentro y cerró de golpe la ventana.

Un joven criado que vestía un mono azul tomó la bolsa de Harriet y preguntó, con el musical acento de Gales, si la señorita Frodsham sería tan amable de seguirlo a su habitación; ella así lo hizo y dejó a Lightfoot al pie de una amplia escalera, mirándole los talones y las piernas con una expresión patética, pensó ella. Le gustaba más con aquel aire de desamparo y, cuando llegó al descansillo, lo saludó con la mano y sonrió. Parecía tan contrito y tan apenado por perderla de vista, que ella le perdonó la arrogancia y la crueldad que había mostrado con el hombre de la valla.

Mientras Harriet tomaba un baño, oyó que sonaba la atronadora llamada para el desayuno del gong del vestíbulo. Se secó, se apresuró a vestirse con su ropa más vieja y bajó sin tomarse la molestia de maquillarse o de pintarse las uñas.

La tía de Lightfoot, Jessica, servía té y leche a seis niños sentados a una inmensa mesa cubierta con un mantel de lino blanco. Se fijó en las manos de Harriet y se sintió aliviada porque había esperado que irrumpiera en la habitación una debutante consentida con las uñas pintadas y segura de sí misma. Le estrechó la mano y luego la presentó con toda formalidad a cada uno de los niños. Éstos dijeron: «Es un placer conocerla», con cortesía bien aprendida y guardaron silencio, esperando con suspicacia a que Harriet hiciera o dijera algo a partir de lo cual juzgar qué tipo de persona era. Cuando la tía Jessica hubo servido el *porridge* a todos ellos en siete boles marrones, le preguntó a Harriet si había tenido un buen viaje y, de improviso, añadió:

–Eres demasiado joven para casarte con Desmond.

–No importa, porque él no me lo ha pedido –replicó Harriet en el tono de voz más sensato que pudo.

La tía Jessica estudió atentamente a Harriet, como si fuera un caballo en venta.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó.

–Diecisiete.

–¿Desde cuándo?

–Desde hace unos meses.

–¿Cuántos?

–Dos.

–¿Te gusta Desmond?

–Sí. Bueno, en parte.

Becky, la niña de más edad, alzó la vista con gravedad y dijo:

–Un novio no te puede gustar sólo a medias.

La tía Jessica siguió estudiando a Harriet y, finalmente, sentenció:

–Entonces, apoyaré esta relación.

Harriet comió tres cucharadas de aquel delicioso *porridge* y la tía Jessica añadió irresponsablemente:

–La madre de Desmond era más joven que tú cuando se casó. No le fue bien.

–En aquella época, la gente se casaba joven –replicó la muchacha.

–Desde luego. Y su padre tenía veinticinco años, lo cual tal vez explique el fracaso del matrimonio.

–¿Qué ocurrió?

–No tengo la menor intención de hablar sobre el asunto –dijo la mujer.

Harriet terminó el *porridge* y luego ayudó a repartir los platos de tocino y tomate entre los chicos. Se alegró cuando Desmond apareció, pues la conversación le había resultado más fastidiosa de lo que la tía Jessica sospechaba.

Mientras esperaba el tren, Lightfoot había comprado todos los periódicos de la mañana. Entregó el *Telegraph* a su tía, le tendió el *News Chronicle* a Harriet, repartió el resto entre los niños mayores y se quedó con *The Times*. Todos leyeron las noticias y pasaron los platos para que les sirvieran más comida; los niños enseguida empezaron a cuchichear y pronto estaban hablando, parloteando y discutiendo acerca del *picnic* sin ninguna timidez.

Becky, una chica de trece años, morena y de ojos azules, hablaba suavemente sin darse aires de superioridad y parecía menos consciente de su madurez que Adrian, que tenía doce y era delegado de curso en la escuela donde se preparaba para ingresar en Eton. Annabel, de diez, era rubia y locuaz, y Cooty, una niña de la misma edad, era más baja y aún más parlanchina. John, un chiquillo fuerte de nueve años, apenas hablaba, y Nicko, que contaba seis, parecía siempre muy atento para poder seguir la conversación de los demás y que no lo excluyeran.

Discutieron en voz alta sobre el lugar donde tendría ocasión la comida campestre; cada uno de ellos sostenía una opinión distinta, aunque a ninguno se le ocurrió preguntar a Lightfoot, quien, bien lo sabían, ya tenía decidido el asunto; aun así, los más insistentes lo miraban mientras hablaban, como si trataran de provocarlo para que revelase el secreto.

Desmond dijo con aire melancólico que el grupo saldría, siguiendo órdenes secretas, al cabo de una hora, exactamente, y que habría transporte para la primera parte del recorrido. Todas las tropas llevarían impermeable, lloviera o hiciera buen tiempo.

–Apuesto a que iremos otra vez al estuario –comentó Adrian.

–No puede ser –dijo Cooty–. No ha dicho nada de los trajes de baño.

–A veces nos bañamos desnudos –terció Annabel.

–Tampoco ha dicho una palabra de toallas –replicó Adrian–. Y hay que llevarlas sí o sí.

Desmond preguntó a la tía Jessica su opinión sobre el tiempo y la mujer dijo que lo más probable era que lloviera todo el día. Ella no pensaba salir de casa bajo ningún concepto.

–¿Por qué? –quiso saber Cooty.

–Porque no quiero que se me moje la peluca.

La tía Jessica había perdido todo el pelo a consecuencia de un tifus que había padecido en Malasia muchos años antes, y no le había vuelto a crecer. Llevaba las cejas pintadas sobre su piel lisa y la verdadera razón de que no quisiera salir de casa cuando caía un buen chaparrón era que el lápiz negro se le corría. Desde el principio se había tomado con valentía lo de la peluca, y a menudo hacía broma sobre ella con sus nietos, pero el asunto de las cejas

todavía la entristecía y la avergonzaba, y casi nunca reconocía, ni siquiera para sí, que eran artificiales.

Desmond no se había dado cuenta, pero sabía que a su tía no le importaba demasiado la peluca y, por lo tanto, no se creyó la excusa. Harriet hizo cuanto pudo para convencerla de que fuera con ellos. Los niños se apuntaron a la porfía y Harriet, que era casi una niña y a quien no le gustaba la idea de hacerse responsable de los seis pequeños todo el día, intentó persuadirla de que cambiara de idea. Como pensaba que sin un tercer adulto habría pocas oportunidades de tener una conversación íntima con Desmond, Harriet, con muy poco tacto, insistió demasiado y la tía Jessica se sintió seriamente molesta y zanjó la cuestión, muy enojada:

–Te ruego que dejes de darme la lata. No voy a ir. Y con eso está todo dicho.

A Harriet le sorprendió el mal humor de la tía Jessica, pero los niños lo pasaron por alto y Desmond le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le dijo que sería mejor que se pusiera ropa más vieja. Parecía que iba a diluviar todo el día. A la muchacha le gustó que pensara que la chaqueta y la falda eran demasiado buenas y sintió una complicidad femenina con Becky, quien le recomendó:

–No te pongas medias. Se te romperían en pedazos.

Adrian replicó que no podía decir tal cosa porque nadie tenía aún la menor idea de adónde iban: por lo que sabían, quizá sólo se tratase de ir a escuchar himnos galeses en el Ayuntamiento de Harlech.

Después del desayuno, Lightfoot estuvo tan ocupado en la cocina envolviendo los emparedados y metiéndolos en ocho mochilas suizas de distinto tamaño, que no le prestó ninguna atención a Harriet. Ella se marchó al salón, estuvo allí sentada un minuto y medio y luego se levantó y se encaminó lentamente, casi sin reparar en ello, a su habitación.

Le habían deshecho la maleta y encontró el impermeable verde colgado en el armario. Ojalá hubiese llevado un libro para leer, pensó. Se asomó a la ventana y contempló el valle y el mar, que se extendía a lo lejos.

En la ladera de una montaña cubierta de verde, algunos rayos de sol que caían oblicuos, como diagonales trazadas mecánicamente, iluminaban con su brillo retazos de tierra, y a lo lejos, el cielo azul relucía sobre el estuario. La lluvia gris caía en el jardín empapando los rododendros y repiqueteaba con insistencia en los cristales de las ventanas. Harriet pensó que tal vez abajo encontrara un libro, así que salió de su habitación, se subió a la barandilla y, sin demasiado interés, se deslizó por ella hasta el vestíbulo.

Se oían los gritos de los niños en lo alto de la casa, pero no parecía suceder nada más en ninguna otra parte. Consultó el reloj y pensó que faltaban unos diez minutos para la hora que había dicho Desmond. Encontró un puñado de revistas de humor en el salón tapizado de calicó y se sentó en la alfombra delante de la chimenea vacía a leer los chistes, pasando las páginas deprisa y sin sonreír.

Le pareció que pasaba muchísimo rato hasta que oyó voces de gente en el vestíbulo. Se resistió a moverse durante unos minutos, esperando que alguien la echase de menos y empezaran a buscarla, pero pronto advirtió lo idiota que era y, dejando las revistas por el suelo, se puso en pie y subió a su habitación a buscar el impermeable.

Cruzó el vestíbulo sin que ninguno de los niños le dirigiera la palabra. Desmond esbozó una sonrisa indiferente mientras ayudaba a Becky a ponerse la mochila. Luego, sin llamar la atención, corrió hacia la escalera detrás de Harriet y la tomó por el brazo y le dijo que tenía que hablar a solas con ella de algo importante. Entró en la habitación y cerró la puerta con llave. Le tomó la mano y le pidió que se sentara en la cama a su lado.

Harriet se sentó y acarició la hombrera de su chaqueta de tweed mientras él la tomaba por la cintura y la besaba en el cuello. Luego él se irguió y dijo que no tenían tiempo para coqueteos.

Sacó del bolsillo un mapa a gran escala y lo desplegó encima de la cama. Le mostró a Harriet la carretera que tomarían y el camino hasta la remota granja donde dejarían los coches. Señaló el contorno de un pequeño cerro arbolado y, con un lápiz, marcó el camino que lo rodeaba y que Harriet tendría que tomar con los niños. Él subiría por un atajo para llegar antes que los demás a una casita en ruinas, que era su destino. Verían el lugar cuando se

hallasen a un kilómetro de distancia y él colgaría un pañuelo blanco en la ventana derecha del piso de arriba cuando estuviera preparado. Harriet tenía que cuidar de que los niños no se acercasen antes de ver la señal y, cuando estuviera segura de que aquél era el lugar, debía desplegar las tropas y dirigir el ataque.

Al principio, Harriet prestó poca atención a lo que Desmond decía, pero, después de hacerle unas cuantas preguntas y comprender la idea, descubrió a su pesar que el plan que él había concebido para divertir a los niños le resultaba emocionante. Trató de mostrarse antipática deliberadamente, pero los mapas siempre le habían gustado y pronto se contagió del entusiasmo infantil de Desmond y se rió e hizo sugerencias y contó las elevaciones y lo criticó por suponer que, a aquella altura, la visibilidad alcanzaría más allá de unos cuantos metros. ¿Y si había niebla y no encontraba la cabaña? Corrían el riesgo de perderse sin remedio en los páramos bajo la lluvia.

Desmond decidió que Harriet era exactamente el tipo de persona que le gustaba y que, ocurriera lo que ocurriese, iba a convencerla de que se casara con él. Admitió que, como él conocía tan bien la zona, no se había dado cuenta de que para un forastero podía ser difícil encontrar el camino. La felicitó –con condescendencia, le pareció a ella– por ser una joven tan sensata y le dijo que podía llevarse el mapa, si sabía cómo usarlo, y que también le prestaría una brújula de aceite del ejército. Ya se estaba poniendo en pie para ir a su alcoba a buscar la brújula cuando sonó un fuerte golpe en la puerta.

Desmond hizo girar la llave, abrió y la tía Jessica entró con aire severo.

–Desmond –dijo mirando el edredón arrugado–, creo que deberías tener más cuidado con la susceptibilidad de los sirvientes.

Desmond sabía que su tía no hablaba sólo del servicio, así que le pasó el brazo por los hombros y le dijo en tono persuasivo que estaban celebrando una reunión secreta del Estado Mayor para planificar la campaña del día. Habían cerrado la puerta para asegurarse de que los chicos no los interrumpirían. La tía Jessica no le creyó. Opinaba que, aun cuando fueran a casarse, tenían que comportarse con propiedad. Ella era responsable de Harriet y no le gustaba la actitud insinuante de su sobrino.

–Te prohíbo que entres en esta habitación –le dijo–. Sal de inmediato.

A continuación, se acercó a Harriet, que estaba junto a la ventana, y le pidió disculpas por haber montado aquella escena; dijo que, para ella, el culpable era Desmond y le pidió que la perdonase si había parecido poco hospitalaria. Harriet le apretó la mano y fue al armario a buscar el impermeable. Se lo puso y bajaron juntas. A la tía Jessica le desconcertaba que a Harriet no se le ocurriera nunca nada que decir, pero decidió que, en general, la chica le caía mejor de lo que había esperado.

Transcurrió media hora más hasta que los coches se pusieron en marcha por el camino de entrada. En el primero iba Desmond, acompañado de Harriet, a quien dijo que lamentaba la irascibilidad de su tía, pero que bastaría con adularla un poco y se recuperaría. Harriet no respondió nada porque estaba concentrada en las complejidades de la brújula que le había prestado.

Siguieron la carretera principal a lo largo de siete u ocho kilómetros y pasaron ante horribles aldeas grises con canteras de pizarra negra y sucios montones de escoria. Salió el sol y acentuó la escualidez de aquellas miserables chozas, de las feas escuelas y de las desgarradas capillas evangélicas, con sus ladrillos rojos y amarillo icterico. Doblaron por un empinado camino lateral que, al cabo de unos dos kilómetros, al llegar a la primera granja, se convirtió en una pista abierta. Desmond conducía despacio para que pudieran disfrutar de la panorámica del rústico valle, con sus pequeños campos de heno y sus bosques. Durante tres kilómetros más, no vieron ninguna casa o establo.

Harriet pensaba en el misterio de los padres de Desmond cuando, para entablar conversación, éste le preguntó qué le había parecido su tía Jessica.

—Antes de que bajaras a desayunar, hemos hablado de tus padres —explicó ella—. ¿Qué les sucedió?

—No se llevaban bien. Mi madre amaba Irlanda, era una ferviente seguidora del Sinn Fein y se codeaba con los rebeldes, personas como la condesa Markiewicz, Maud Gonne, lady Gregory y Jim Connolly. Mi padre era un Black and Tan<sup>[1]</sup>. Vivíamos en Wexford.

Harriet nunca había oído ninguno de aquellos nombres, por lo que no tenía nada que decir.

—¿A quién preferías? ¿A tu padre o a tu madre?

—A mi madre. Murió poco después de que yo dejara la Academia Militar

de Sandhurst.

Cuando llegaron a la última granja del camino, detuvieron los coches y los dejaron en el patio. A Harriet le decepcionó descubrir que, de momento, había salido el sol y era imposible no seguir el camino, por lo que no necesitaría el mapa ni la brújula. Se colgó una pesada mochila y cargó además con un cesto.

Los niños remolonearon con ella por el camino, mientras Desmond se quedaba en el coche hasta que se perdieron de vista en un bosquecillo. Entonces se dirigió a la casita por el atajo, a toda prisa. Harriet y los niños avanzaron despacio por el pequeño sendero que discurría entre dos grandes muros de piedra. Los muros sólo tenían unos metros de largo y no encerraban nada. Annabel quiso saber qué eran y Becky dijo que se trataba de los restos de una antigua mina de oro. Harriet comentó que era más probable que fuesen de una mina de estaño pero Annabel, con una estridente seguridad, insistió en que era una mina de oro y que siempre lo había sabido. Adrian le echó en cara que no se le había ocurrido hasta que Becky lo había dicho y discutieron un rato hasta que una ardilla roja los distrajo. A Harriet, que había pasado casi toda la vida en el sur, el animalito le pareció exótico y extraño. El cielo se abrió por completo y, cargados con cestos y mochilas, el calor del sol los hizo sudar. Harriet ayudó a Nicko tomándolo de la mano.

Después de cruzar un ancho arroyo por unas piedras planas dispuestas para tal fin y de llegar a lo alto de una loma, divisaron la casa de piedra gris oscura, casi negra, a unos trescientos metros de distancia. El pañuelo colgaba en la ventana y de la chimenea salía una columna de humo que ascendía recta en el aire. Harriet llamó a los niños y los reunió a su alrededor; dijo que sabía que la vivienda estaba deshabitada y señaló el humo. Allí había algo misterioso y entre los lugareños circulaban rumores extraños. Añadió que ahora era cosa suya investigar y que tenían que llamar a la puerta y, si alguien respondía, pedir un vaso de agua.

Annabel, Cooty y Nicko parecían asustados y Becky sonrió, curiosa por saber lo que los adultos se llevaban entre manos. Adrian y John se apresuraron a tomar el sendero que llevaba a la casa y los demás los siguieron, aunque Cooty y Annabel lo hacían a desgana. Nicko estaba decidido a no quedar excluido, fuera lo que fuese lo que el destino les deparara.

A medida que se acercaban a la puerta principal, los niños redujeron el paso y remolonearon hasta que Harriet y los demás los alcanzaron y entonces siguieron adelante con valentía y las mandíbulas apretadas, y Adrian llamó con la aldaba.

Oyeron unos pasos pesados y unas imprecaciones guturales procedentes del interior y retrocedieron un poco. Entonces, Hitler en persona abrió la puerta y salió pavoneándose con el brazo alzado. El mostacho y el mechón de pelo, la tripa –que era un cojín–, las botas de montar y sus gestos furiosos asustaron a los niños unos segundos, pero, cuando empezó a pronunciar un discurso a voz en cuello y en un alemán chapurreado, vieron con alivio que no era más que Desmond. Le lanzaron barro y puñados de hierba entre gritos y burlas y él bailó como un oso azuzado por unos cachorros que aullaban. Al presentir que enseguida le tirarían piedras, Desmond entró en la casa a la carrera y los niños lo siguieron escaleras arriba. Cuando lo alcanzaron, les echó un cubo de agua por encima y luego se rindió, poniéndose de rodillas en la alcoba vacía. Los niños cogieron otro cubo lleno, que Desmond había preparado, y lo empaparon a él.

Los gritos remitieron gradualmente y el juego terminó cuando Desmond, desaliñado, propuso que inspeccionaran el resto de la casa y los edificios anexos. En un armario había una vajilla de loza, un hervidor y una gran sartén con la que Desmond se dispuso a cocinar veinticuatro salchichas para el almuerzo. Harriet peló unas patatas para freírlas y Becky llenó de agua el hervidor. Los chicos dejaron las mochilas en la cocina y exploraron las instalaciones agrícolas en ruinas de la parte trasera, al tiempo que recogían leña para el fuego. El día era tan radiante que casi hacía demasiado calor para comer fuera, pero los niños se negaron a quedarse en la cocina. Se sentaron en un muro bajo y, uno tras otro, pidieron más salchichas. Desmond, que había previsto lo hambrientos que estarían, siguió friendo y Harriet pasó los platos. Ellos dos no tuvieron tiempo de comer.

Después del almuerzo, los pequeños decidieron represar las aguas de un riachuelo para hacer una piscina en la que bañarse. Desmond y Harriet comieron lo poco que quedaba y fregaron los cacharros con la ayuda de Becky. Después de tomar café y descansar, hablaron un rato y, a continuación,

subieron los tres a una colina rocosa para contemplar el monte Snowdon en la lejanía.

Hacer la piscina, de medio palmo de profundidad y lo bastante ancha como para que se bañaran dos niños a la vez, les llevó casi toda la tarde pero, cuando Desmond dijo que tenían que prepararse para volver a la granja grande a la hora del té, todos se desnudaron en un abrir y cerrar de ojos y se apretujaron en ella, gritando y salpicándose unos a otros. Becky, que había disfrutado todo el día de la compañía de los adultos, decidió, en el último momento, que no quería quedarse al margen de la diversión. Se desvistió y se deslizó entre los niños de brillante piel atezada. A Harriet también le habría gustado bañarse, si la poza hubiese sido más grande.

Tomaron el té en la gran cocina de la granja y comieron huevos fritos y pan con mantequilla y mermelada, toda la crema que quisieron, pasteles y galletas. Desmond se ocupó de estar de vuelta en casa a tiempo de que Nicko se acostara a su hora habitual.

Harriet parecía poco locuaz, pensó Desmond, y decidió que estaba cansada del viaje nocturno y de aquel largo día. Le dijo que descansara hasta la cena y, tomándola por el codo, la llevó escaleras arriba hasta la puerta de su alcoba. No era necesario que se pusiera nada demasiado elegante para la cena, añadió. Luego bajó de nuevo, despacio, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, pensando en la situación en la que se hallaba.

Abrió la cristalera que daba al jardín, salió y tomó un estrecho sendero que atravesaba el huerto de la casa. Había planeado proponerle matrimonio en el coche, cuando había ido a buscarla a Ruabon, pero en aquel momento hacía un tiempo espantoso y luego Harriet se había mostrado muy enfadada e indócil con el asunto del hombre de la barrera.

Le sorprendió notar lo mucho que le había alegrado que Becky pasara la mayor parte del día con ellos, ya que eso le había facilitado eludir aquella cuestión crucial. Harriet demostraba tener una firmeza de carácter que resultaba interesante, pensó. Había sido muy valiente por su parte haberle recriminado con tanta severidad su negativa a pagar el peaje. En

circunstancias similares, casi todo el mundo hubiese optado por parecer agradable, en vez de expresar opiniones críticas y antagónicas, y lo más alentador era lo acertados que habían sido sus argumentos. La primera actitud de él había sido, hasta cierto punto, burocrática, y estaba claro que la intuición de Harriet, a pesar de sus orígenes, era de una completa sensatez.

Durante meses, pensó, había hecho lo que había podido para racionalizar lo que aquella mujer le inspiraba, pero la verdad era que se había enamorado locamente de ella a la manera más tradicional y burguesa. Estaba muy bien tratar de ser científico, pero ahora sabía por experiencia propia que, en la realidad objetiva, existía sin duda una suerte de estado de entusiasmo absolutamente profundo por la persona de la que uno se descubría enamorado. Al parecer, ser consciente de las bases físicas, biológicas e incluso económicas de aquel estado tan extraordinario, pero real, no contribuía en absoluto a moderarlo.

Desmond sonrió feliz mientras procedía a hacer un hoyo redondo con la punta de un bastón en un parterre de flores, para enterrar la colilla del cigarrillo. La principal ventaja de Harriet, pensó, era que, si bien su familia, su patrimonio y su educación eran absolutamente adecuados para la esposa de alguien de su posición, todavía era lo bastante joven como para que él pudiera instruirle en privado para compartir sus convicciones fundamentales.

Se preguntó por qué había sido tan estúpido y le había llevado tanto tiempo dar con aquella solución. Durante años, había sido incapaz de resolver el problema de encontrar una esposa que fuera socialmente aceptable y que, a la vez, no estuviese tan adoctrinada por su entorno como para no poder deseducarla. Era obvio que aunque no se hubiese enamorado tan perdidamente de Harriet, a aquellas alturas ya habría empezado a buscar a alguien que tuviera más o menos los mismos atributos que ella. Desmond estaba convencido de que le convenía contraer matrimonio. En una pareja debidamente casada había algo que transmitía confianza y, para alguien como él, permanecer soltero mucho tiempo podía llevar a unas indeseadas, cuando no peligrosas, sospechas de excentricidad.

Se abrió paso entre los setos de boj y cruzó el huerto de la casa. Un gran sapo jadeaba en medio del sendero y Desmond se detuvo y se agachó a

mirarlo. El jardinero, que estaba sembrando a unos metros de distancia, le dio las buenas tardes y comentó algo sobre la plaga de sapos que parecía invadirlos. Desmond se acordó de un viaje que había hecho una vez a Jamaica, donde había unos colosales sapos del tamaño de conejos, y le contó al jardinero que, con aquel tiempo lluvioso, pululaban por doquier. Invadían las carreteras a millares y se sentaban muy quietos a disfrutar de las grandes gotas de lluvia que les salpicaban la tripa al rebotar en el duro asfalto. No había nada que los hiciera mover, dijo Desmond, y explicó con deleite que, una noche que llegaba tarde a una cena que se celebraba a quince kilómetros de distancia, había conducido su coche gris pálido como si fuera un tanque Churchill y los había atropellado a toda velocidad. El chapoteo y los crujidos fueron espantosos y llegó a casa de su anfitrión con todo el coche mojado, goteando sangre y entrañas de sapo.

–La carnicería más horrible que haya visto nunca –dijo Desmond.

El jardinero convino en que debía de haber sido espantoso y hablaron unos minutos de la guerra y de los ataques aéreos. Luego, Desmond se dirigió a un rústico banco junto a un estanque de lirios, se sentó y pensó de nuevo en Harriet.

Era extraordinario que hubiese retrasado la decisión durante tanto tiempo y se preguntó qué lo había refrenado. Luego pensó que, en realidad, no era tan extraño; al fin y al cabo, el matrimonio era un asunto para tomárselo muy en serio y era evidente que a primera vista, o incluso a segunda, Harriet no parecía la persona idónea con la que debería casarse alguien que se dedicaba a lo que él. Naturalmente, había tardado un tiempo en comprender que la muchacha era, en realidad, la persona más adecuada, y pensó que era una suerte que ahora se sintiera seguro de que sus emociones no le hubieran llevado a precipitarse en una decisión tan seria. De hecho, era un asunto tan importante que, reflexionó, quizá debería haber constituido tema de discusión oficial con sus colegas.

Por unos momentos Desmond se sintió culpable, y entonces se dio cuenta de que eran precisamente éstas las decisiones que tenía el deber de tomar por iniciativa propia. Era imposible que ellos pudieran aconsejarle en una cuestión tan íntima y, en el pasado, siempre habían aprobado que organizara su

vida privada del modo que le pareciera más efectivo. No era un punto para un orden del día formal, pensó, pero no sería perjudicial sacar a relucir el asunto de una manera casual, si se presentaba la oportunidad.

Desmond arrojó un cigarrillo encendido sobre la hoja plana de un lirio y contempló cómo humeaba, a la espera de ver si la quemaría y la atravesaría hasta caer al agua. De repente, tuvo miedo. Tal vez daba por sentadas demasiadas cosas. ¿Y si Harriet lo rechazaba? Apretó los nudillos, le zumbó la cabeza y, durante una décima de segundo, casi perdió la conciencia, pero alzó el mentón y se recuperó y pensó que si ella estuviera decidida a rechazarlo, no habría acudido a pasar el fin de semana. De todos modos, tendría que actuar con tacto y elegir el momento adecuado. Harriet estaba cansada y sería mejor que aquella noche no le dijera nada.

Consideró detenidamente las posibilidades del día siguiente y llegó a la conclusión de que sería más prudente no proponerle matrimonio de forma fortuita –en el jardín, después del desayuno o de camino a casa, volviendo de la iglesia–; lo mejor sería esperar a después de la cena porque, si la muchacha decía que no, él tendría tiempo de hablar en profundidad sobre la cuestión y persuadirla de que cambiara de idea.

Aquella noche, la tía Jessica, Harriet y Desmond jugaron al póquer apostando con judías y se acostaron pronto. El domingo por la mañana, fueron a la iglesia y a Harriet, que cada vez estaba más tensa e irritable, le resultó casi insoportable la manera ostentosa en que Desmond cantaba los himnos y el modo excesivamente piadoso en que declamaba las respuestas. A la hora del almuerzo, había empezado a pensar que en realidad lo detestaba y se alegró de poder participar en el plan de la tía Jessica, que consistía en llevar a los niños a tomar el té con unos vecinos, dejando a Desmond en casa para que terminara un trabajo que decía que había desatendido.

No fue hasta pasada la medianoche del domingo cuando Desmond le preguntó a Harriet si quería casarse con él. Se hallaban solos en la sala. Las cortinas estaban corridas y un espléndido fuego iluminaba y calentaba la estancia. Las pantallas de las lámparas teñían la luz de rosa.

Desmond miró los exquisitos brazos de Harriet y, con esfuerzo, logró controlar el tono de voz.

–¿Vas a casarte conmigo? –preguntó con firmeza.

–¿Por qué has tardado tanto en preguntármelo?

Harriet se desanimó; esperaba que él la besara y le dijera que estaba enamorado de ella. Se sentía incapaz de estar a la altura de su racionalidad férrea y de su manera amistosa de tratarla, como si ella fuera un hombre de su edad. Aquello, pensó, imposibilitaba cualquier forma de intimidad porque, al fin y al cabo, ella era una mujer y no un hombre.

Desmond captó el resentimiento de Harriet y adoptó una actitud defensiva poniéndose chistoso.

–Te he puesto a prueba con los niños para ver si serás una buena madre –dijo.

–Yo no soy una vaquilla y no veo por qué he de casarme con un cocodrilo de sangre fría como tú –dijo.

Harriet empezó a sorber por la nariz y luego se echó a llorar y sintió tanta vergüenza de sí misma que su llanto aumentó de manera explosiva, así que se puso en pie, corrió a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Desmond no la siguió por miedo a despertar y afligir a la tía Jessica y se quedó allí, rechazado, hasta que el fuego se consumió y empezó a tiritar.

## II

Al regresar a Londres y durante varios días, Harriet se sintió desdichada. El lunes por la noche, fue con su madre a ver una obra de teatro que resultó aburrida e insulsa y el martes se acostó a las nueve y media, pero no pudo conciliar el sueño. El miércoles pasó la mañana esperando, sin ser consciente de ello, que Desmond la telefonease. A la hora del almuerzo, decidió llamar a su prima, Caroline Fairlie, para invitarla a tomar el té.

Caroline llegó poco después de las cuatro y, mientras el agua de la tetera se calentaba, las primas charlaron relajadamente en la húmeda cocina del sótano de la enorme casa de Belgrave Square, donde Harriet había nacido y vivido siempre. Su madre, explicó, no podía permitirse el traslado a un piso con servicio doméstico incluido, que era lo que le habría gustado.

—No me lo creo.

—¿Qué es lo que no te crees? ¿Que sería demasiado caro o que preferiría vivir en un piso?

—Lo primero.

—Parece que una debe tener en cuenta el interés sobre el precio de la casa si la vendiéramos e invirtiéramos el dinero. Dicen que obtendríamos menos rentas de lo que cuesta el alquiler de uno de esos pisos.

—Podrías dividir la casa en apartamentos.

—Mi madre tiene reparos sentimentales para hacer una cosa así.

—Es agradable poder permitirse unos reparos tan caros —comentó Caroline.

—¿Por qué te las das siempre de pobre?

—Será porque me siento culpable de no serlo, supongo.

—Es un poco injusto, en efecto —reconoció Harriet—, pero a mí no me hace sentir incómoda. No debo de tener conciencia...

–Ni mucha información –añadió Caroline.

–Si te pones desagradable conmigo, no me molesto en preparar el té.

Se miraron con una media sonrisa y recordaron que, de niñas, siempre reñían. Caroline sabía ahora que las peleas se debían a sus celos por lo guapa que era su prima, pero Harriet aún no era consciente de su propio resentimiento ante la inteligencia de Caroline. Harriet recordó que, cuando tomaban lecciones juntas, su prima siempre había demostrado ser más lista. Caroline no carecía de atractivo, pero era demasiado alta y delgada y sus zapatos de tacón bajo la hacían parecer, de entrada, más fea de lo que era. A pesar de sus frecuentes peleas, Caroline sentía un afecto muy tierno y sincero hacia su prima, quien en el fondo, bien lo sabía, la admiraba y apreciaba más que ninguna otra de sus amigas.

Harriet había invitado a Caroline a tomar el té para hablar de Desmond y, cuando hubo llenado la tetera y preparado unas rebanadas de pan con mantequilla, mencionó como si tal cosa, mirándola por el rabillo del ojo, que había pasado el fin de semana cerca de Ruabon.

Caroline sabía muy bien que Harriet se había visto más con Desmond que con nadie durante todo el invierno, y que él tenía parientes en Gales.

–Has sido muy amable al viajar tan lejos para alojarte en casa de una pobre mujer mayor y desatendida –comentó.

–No está desatendida. Desmond es muy diligente.

–Sí; tanto, que asombra. Es, sin duda, la persona más diligente que conozco.

–¿Te gusta?

–Me han dicho que es un soldado de primera categoría con un brillante futuro.

–¿Intentas ser desagradable a propósito?

–Se dice que entre tú y él hay algo.

–Sí, eso se dice.

–Qué sosa; yo esperaba que lo hubiera –dijo Caroline.

–En serio, ¿qué opinas de él?

–En los bailes siempre ha sido correcto conmigo, por lo que sería descortés por mi parte decir que no conseguía esconder por completo su aire

de superioridad.

–Sé a qué te refieres, pero te equivocas. En ciertos aspectos es muy tímido.

–¿No te parece que a veces destila un asomo de esnobismo vulgar?

–En efecto, es un poco clasista –concedió Harriet con una risilla.

–Quizás estoy pasándome de quisquillosa –dijo Caroline–. Al fin y al cabo, sólo es una versión levemente exagerada del típico oficial y caballero.

–Eres un mal bicho –dijo Harriet con toda la calma–. Cuando seas vieja serás insoportable. ¿Por qué no te gusta?

–Es demasiado bueno para ser verdad.

Harriet recordó a Desmond en la iglesia y, por un instante, se sintió deprimida; luego le vino a la memoria que, poco después de conocerse, la había llevado a Hurlingham y había aparcado el coche entre los rododendros y, con halagador deleite, le había alisado los cabellos y se había inclinado despacio hacia sus labios, intentando descubrir con cierta ansiedad si ella le permitiría besarla. Harriet no se había movido y él había enredado los dedos en su pelo, le había tomado la cabeza con la mano y la había obligado, con suavidad, a recostarse en el respaldo del asiento de cuero; luego, con la mano izquierda, le había presionado el hombro hacia atrás y la había retenido allí. Él era mucho más fuerte, tanto que cualquier intento de escapar le habría resultado doloroso. Así pues, se había quedado muy quieta y, cuando tuvo el rostro de Desmond a cuatro dedos del suyo, arrugó la nariz e hizo una mueca y le sacó la lengua. Él había disfrutado visiblemente tentándola durante un segundo y, a continuación, la había besado despacio y a conciencia, empleando la lengua y, en dos o tres ocasiones, sujetando la suya con firmeza entre sus dientes.

Harriet lanzó una mirada traviesa a Caroline, se sonrojó y se echó a reír.

–No tienes idea de lo que estás hablando –dijo Harriet.

–¿Crees que vas a enamorarte de él? –preguntó Caroline.

–Sí, locamente.

–No lo veo para ti: es demasiado serio.

Harriet se molestó otra vez y dijo en tono orgulloso:

–Por si quieres saberlo, me ha pedido que me case con él.

–¿Y has aceptado?

–Me dio un ataque de histeria –confesó Harriet.

La risa de Caroline resonó por toda la cocina y, cuando se recuperó, se dio cuenta de que estaba siendo desconsiderada con su prima y se acercó a ella para disculparse, al tiempo que le acariciaba el pelo. Volvieron a soltar unas risitas juntas mientras tomaban el té y Harriet describió lo encantador que se había mostrado Desmond a la mañana siguiente, cuando la había llevado a la estación. Le había dicho que lo lamentaba mucho si la había molestado, pero había dejado entrever claramente que se reservaba el derecho a intentarlo otra vez. Harriet explicó lo maravillosamente fácil que había sido tratar con él durante su estancia allí y lo desdichada que se sentía por que no hubiera vuelto a llamarla. Cuando terminaron el té, Caroline había llegado a la conclusión de que Harriet estaba enamorada de verdad y decidió ser lo más útil posible.

–Tendrás que llamarlo tú –dijo.

–Pensaré que quiero cazarlo.

–¿Y no es así? –soltó Caroline.

Harriet la miró con expresión compungida y Caroline añadió que, en su opinión, Desmond era una de esas personas que admiraban la franqueza y que le divertiría, y probablemente le halagaría, la idea de ser perseguido con descaro.

–Yo no estoy tan segura –replicó Harriet–. Es un poco remilgado, ¿sabes?

–Hace un rato decías que no.

–Todo es tan complicado...

Harriet no dijo nada durante un rato y luego explicó a su prima que el día que había conocido a Desmond se había sentido más provocativa que nunca. Estaban con más invitados en una fiesta privada en el campo, una tarde de intenso calor, y se habían encontrado solos y apartados cerca de un lago. Ella quería darse un baño, pero no llevaban bañador y estaban demasiado lejos como para ir a ponérselo. Entonces, ella había sugerido tomar un poco el sol y se había quitado la blusa, bajo la cual sólo llevaba una enagua muy fina. Desmond había reaccionado con un tremendo sobresalto y, casi de inmediato, había insistido en volver a la casa.

–Eso no demuestra nada. En cualquier caso, fue un truco infantil –dijo

Caroline.

–Si sigues insultándome, no te contaré nada más –amenazó Harriet plácidamente.

Subieron al enorme salón del piso de arriba, amueblado al estilo imperio, y continuaron hablando de Desmond durante una hora más. Harriet decidió esperar hasta el día siguiente; si no daba señales de vida, lo llamaría para invitarlo a comer.

A las ocho y media de la mañana, Harriet telefoneó a Desmond y le propuso que almorzaran juntos. Él estaba de servicio y no pudo aceptar la invitación. Ella sugirió salir a cenar, pero Desmond se había comprometido con otras personas y dijo que no podía faltar.

Harriet colgó sin despedirse. Esperó unos minutos a que él volviera a llamar y luego marcó de nuevo su número en el momento en que él se disponía a hacer lo mismo. Desmond le propuso tomar un té en Gunters.

–Entonces, nos vemos a las cuatro, querida –dijo, y esperó hasta que ella hubo colgado.

Harriet calculó mal y llegó al salón de té con diez minutos de adelanto. Desmond ya estaba allí y le explicó que había preferido llegar media hora antes para asegurarse de poder ocupar la mesa que quería. Pidió el té, se inclinó sobre la mesa para tomarle la mano y declaró que no la soltaría hasta que hubiera jurado que se casaría con él. Dijo que era demasiado mayor para ella y que había otras razones importantes por las que sería una locura que aceptara, pero que no había dejado de pensar en ella día y noche durante casi seis meses y que estaba obsesionado y frenético y enamorado de ella.

Habló con desesperada sinceridad mientras le apretaba la mano entre las suyas. Ella contempló las enormes uñas de aquellas manos y notó que se derretía por dentro.

–Lo haré, si tú quieres –aceptó.

–¿Me lo juras?

–Claro que sí, tonto, lo deseo desde hace tiempo. Deberías habérmelo pedido en el andén de Ruabon.

—No me atreví.

Harriet se asombró al ver que lo decía en serio y se rió con alegría de su expresión insegura. Se sentía adulta y triunfante. Desmond dejó una libra sobre la mesa, se puso en pie y dijo que iba a Cartier a comprar una sortija. Una vez que llevara el anillo, quedaría comprometida; sería como alistarse para servir al rey.

—¿No podríamos ir a algún lugar más emocionante que Cartier?

—He tenido la precaución de pasar por allí cuando venía y he acordado que pagaría con un cheque. El portero del club no facilita a los socios más de diez libras en metálico cada vez, y los bancos están cerrados.

Harriet se dio cuenta de que la omnipresente competencia de Desmond le resultaba ahora una rareza tierna y cautivadora, como debía de haberlo sido la cojera de lord Byron para sus amadas, y se sintió desvanecer de afecto porque era absolutamente propio de él haberlo planeado todo con tal detalle.

Al cabo de un mes, Harriet Elizabeth Fanshawe Frodsham, hija del difunto Alfred Frodsham y de lady Anne Frodsham, contrajo matrimonio con el comandante Desmond Ferneaux-Lightfoot, de la Guardia de Granaderos y condecorado por su valor en combate, en la iglesia de St. George en Hanover Square. El obispo de Lambeth ofició la ceremonia y un periódico de buen tono escribió que la boda había sido una de las más elegantes y concurridas de la temporada. El padrino del novio fue su oficial superior, el coronel J. R. Hammerton, y la novia, a quien llevó al altar su tío, lord Derwick, vestía un traje de cola de brocado en oro y blanco y un velo de color crema sujeto con un tocado de seda en forma de corona y con flores de azahar. La recepción tuvo lugar en la casa de la madre de la novia en Belgrave Square.

Como no habían podido reservar asientos en el avión con tan poca antelación, Harriet y Desmond iban a viajar a Suiza a la mañana siguiente en el expreso Golden Arrow, pero hasta el día anterior a la boda no habían sido capaces de decidir qué iban a hacer entre la recepción y la hora de la salida del tren, al día siguiente. Desmond dijo que se negaba rotundamente a pasar la noche en el Ritz o en el Claridge porque eran demasiado insulsos y vulgares. Harriet no le había sido de gran ayuda porque estaba encantada con todo, al punto de que no tenía preferencias y sólo quería hacer lo que a Desmond le apeteciese. Resultaba difícil decidir algo, porque él también estaba concentrado en intentar descifrar qué le gustaría a ella. Se había mostrado inflexible con respecto al Ritz sólo porque, durante el noviazgo, le había parecido que ella se aburría soberanamente allí y, en cualquier caso, esperaba que se le ocurriera algo nuevo y romántico.

Harriet no había estado nunca en las carreras de galgos y, en cuanto

pensaron en ello, vieron que no había que darle más vueltas. Salieron de la recepción con ropa de calle en un inmenso coche de alquiler y apostaron mucho dinero a los perros que parecían los mejores, según la descripción que hacían de ellos tres diarios vespertinos que habían comprado de camino al canódromo. Harriet lo encontró más emocionante de lo que esperaba y, como ganó en las dos primeras carreras y también en la última, disfrutó enormemente de la velada. Desmond, pensó, había demostrado gran consideración e inteligencia al proponer que fueran a las carreras de galgos; de ese modo, la había distraído del ligero pánico que sentía.

La cena del restaurante del canódromo estaba cocinada con indiferencia, pero disfrutaron bebiendo una botella de champán y era ya bastante tarde cuando llegaron al discreto hotel de Victoria donde habían reservado una enorme habitación para aquella noche. Al subir del bar para acostarse, encontraron en la habitación una bandeja con tostadas y paté y dos botellas de vino de Mosela preparadas para ellos. Durante la tarde, el criado de Desmond había dejado sus bolsas en el hotel y encontraron sus pijamas extendidos encima de la cama, que ya tenía abierto el embozo.

Harriet estaba asustada y exultante a la vez y, mientras Desmond abría una botella, se desnudó deprisa y se puso un fino camisón de seda. Desmond se había quitado la chaqueta al entrar y, con una camisa blanca y unos pantalones azules, se había apostado junto a la chimenea de mármol tallado a contemplarla, al tiempo que se decía que no había sido tan inmensamente feliz en toda su vida. Se acercó a ella, le dijo que quería verla sin camisón y se lo quitó despacio. Harriet danzó por la estancia con mucha parsimonia, mostrando su cuerpo de hermosa hechura y sus bien aprendidos pasos de ballet. Luego se detuvo y le miró con las uñas de los pies pintadas apuntando hacia el suelo, la cabeza alta y las manos detrás de la espalda, en una pose de bailarina de Degas.

—Nadie en el mundo ha sido nunca tan encantador —dijo Desmond.

Harriet se dirigió haciendo piruetas hasta donde estaba él, junto a la cama, y se puso su pijama azul eléctrico.

—¿Y eso? —preguntó Desmond.

—Tienes los ojos de un tigre hambriento —replicó ella.

Desmond se sentó en la cama y, mientras Harriet permanecía inmóvil a su lado, le pasó el brazo por las esbeltas nalgas y la atrajo hacia sí.

–Te prometo que no te asustaré –le dijo, al tiempo que le desabrochaba el pijama con cuidado.

Ella le acarició la cabeza y la nuca con las dos manos.

–Querido y dulce Desmond –dijo Harriet–, no quiero decepcionarte, pero debes saber que me preocupa que me hagas daño.

Él se levantó y fue a la mesa a buscar el vino mientras Harriet se quedaba donde estaba y el pantalón del pijama le resbalaba hasta los tobillos. Lo apartó de un puntapié y se acercó pensando que Desmond parecía infeliz.

–Por supuesto, amor mío –añadió–, quiero que hagas todo lo que te dé placer. Lo único que temo es decepcionarte.

–Queridísima Harriet, no voy a violarte –replicó él en voz baja–. Estoy enamorado de ti.

–¿Por qué no lo hiciste el día que nos conocimos?

–Una presa demasiado fácil.

–Fuiste de lo más descortés.

–Te quitaste la blusa a propósito para excitarme.

–No sé cómo me atreví. Ahora no lo haría.

Él se inclinó ligeramente hacia atrás, la estudió y se echó a reír.

–En cualquier caso, ahora no es la blusa lo que te has quitado –dijo.

–El pijama lo has desabrochado tú.

–Podías habértelo abrochado otra vez... –replicó Desmond.

Ella separó un poco las piernas, se llevó las manos a las caderas desnudas y miró con afecto sus ojos de animal.

–Sólo habría sido una pérdida de tiempo –murmuró con recato.

A la mañana siguiente, llegaron a la estación tres cuartos de hora antes de la salida del tren. Harriet se paseó relajadamente hasta la otra punta del andén de la estación de Victoria, bañada por un sol radiante. Pensó en lo agradable que resultaba tener un esposo que fuera tan eficiente a la hora de ocuparse del equipaje, los billetes y la aduana. Era el día más caluroso de aquel verano y

Harriet llevaba un vestido de lino amarillo limón que sabía que era demasiado bueno para utilizarlo para un viaje, pero que había decidido ponerse porque quería que Desmond la recordara el primer día de su matrimonio con sus mejores galas.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a cantar en voz baja pero clara, y sonrió al pensar que Desmond, la noche anterior, le había dicho que fuera al baño, la había acostado y luego había apagado las luces y se había desnudado en la oscuridad. En el último momento había sido muy dulce y tímido, pero tan increíblemente fuerte... Recordó con placer el vello de su cuerpo desnudo y el instante de pánico que había sentido cuando la había estrechado contra sí y había notado los músculos de sus brazos como si fueran unas enormes cuerdas duras que la inmovilizaran. Cantó un poco más fuerte y se rió al evocar la libidinosidad con que le había acariciado la cara interna de los muslos y lo inesperadamente lascivo y excitante y confuso que había sido todo.

El conductor de la locomotora se asomó desde la cabina y le gritó:

—¿Feliz, amiga?

—Oh, sí, sí, lo soy, amigo —se rió ella.

Volvió de nuevo a la estación para encontrarse con Desmond, quien, a aquellas alturas, ya tendría que haber terminado con los mozos de carga y debía de estar preguntándose dónde se había metido. Lo vio de pie junto a la puerta del vagón, y admiró su nuevo traje de tweed de Donegal, de chaqueta larga y pantalones estrechos. A su juicio, el resto de la indumentaria —la camisa limpia de un color blanco roto, la vieja corbata de Eton y los zapatos marrones de becerro— resultaba elegante y, a la vez, poco ostentoso. «No me gustan los hombres ostentosos», pensó, y se rió disimuladamente al tiempo que avanzaba hacia él con los brazos abiertos.

—¿De qué te ríes? —inquirió Desmond.

—Estás sensacional —contestó ella.

—Y tú más. «Con sus herrajes y todo», que dicen.

Harriet no entendió el comentario. La jerga de Desmond, una generación más antigua que la suya, le resultaba desconocida y sorprendente. Se echó a reír de repente y la gente del andén les miró con admiración y placer.

Para casi todos los que iban a tomar el tren, aquéllas serían las primeras

vacaciones continentales en cinco años, y el sol brillaba y todos los viajeros iban bien vestidos y estaban emocionados y alegres y contentos. Incluso los sirvientes del coche cama, ataviados con chaquetas blancas, sonreían solícitos y sin prisa y parecía que aquél fuese su primer viaje. Era como si el propio tren, pensó Harriet, saboreara ya, por anticipado, la felicidad de atravesar a toda velocidad poblaciones y verdes campos de lúpulo, camino de Dover y del mar.

Mientras el ferrocarril se ponía en marcha, Harriet contempló el anillo y contuvo el impulso de rayar con su gran diamante el cristal de la ventanilla. Leyeron la prensa y hablaron de política y de la bomba atómica mientras tomaban café con pastas. En el periódico de Desmond aparecía un artículo sobre la resolución tomada por una asociación de científicos, en la que se protestaba por la condena a diez años de cárcel que se había impuesto al doctor Nunn May por espionaje. Desmond le pasó el periódico y, cuando ella terminó de leerlo, le preguntó con cierta vehemencia qué le había parecido.

–Me parece absurdo –dijo ella– que la resolución pretenda que él publicó sus descubrimientos científicos por el beneficio de la ciencia en general, cuando en realidad, en el mayor de los secretos, entregaba furtivamente información a un espía ignorante.

–Seguro que las cosas son mucho más complicadas –señaló Desmond–. May debía de tener algún motivo altruista, pues no obtuvo nada a cambio.

–Cincuenta libras y una botella de whisky, creo –dijo Harriet.

–Demasiado trivial para ser importante. Eso salió de los gastos de bolsillo, supongo –argumentó Desmond con un gesto de impaciencia.

–¿Trivial, una botella de whisky? –Harriet soltó una risilla.

No estaba de acuerdo con él, pero se alegraba de encontrar una prueba más de que Desmond no era tan insensible como en un principio había temido. Desde luego, pensó, pocos soldados profesionales habría que fuesen tan generosos con un traidor. Para cambiar de conversación, le pidió que le contara el origen de la expresión «con sus herrajes y todo».

Desmond parecía decepcionado por la opinión de Harriet sobre el caso Nunn May, pero también contento de poder cambiar de conversación. Se explayó en explicaciones sobre los herrajes de bronce de los ataúdes y el

marcado esnobismo mortuorio de las clases trabajadoras.

–¿Cómo sabes tantas cosas de las clases bajas? –inquirió Harriet.

–Porque no soy tan engreído como cierta belleza mimada que lleva un vestido amarillo –dijo divertido, y añadió–: Y he dicho clases trabajadoras, no bajas.

Harriet se recostó en el asiento, contempló el paisaje estival que pasaba a toda velocidad tras la ventana y pensó en lo mucho que le gustaba estar con Desmond y lo extraño que resultaba que la acusación de ser una mimada le pareciese un halago.

Debido a la dificultad de encontrar taxis en París, Desmond pidió a un amigo de la embajada que le mandase un coche diplomático a buscarlos a la Gare du Nord. Quedaban unas horas de escala antes de que el Simplon Orient Express partiera hacia Venecia, vía Suiza, y tenía el coche a su disposición toda la tarde. Desmond decidió que sería divertido cenar en el hotel George V y ver en su salsa a las personalidades que asistían a la Conferencia de Paz<sup>[2]</sup>.

En el suntuoso bar, brillante y abarrotado, bebieron champán y observaron a hombres de tez oscura y a mujeres enojadas y maquilladas; todos y cada uno de ellos parecían atractivos espías salidos de una película de Hollywood. Desmond dijo que la gracia de la situación estaba en que, probablemente, el veinte por ciento de ellos se dedicaban a uno u otro tipo de espionaje. Añadió que no estaba seguro de si todo aquello le recordaba al Congreso de Viena o al baile de la duquesa de Richmond el día antes de Waterloo. En vista de la evolución de las conversaciones de paz, dijo, la segunda comparación se le antojaba más apropiada.

–¿Qué Waterloo? –preguntó Harriet–. ¿El nuestro o el de los rusos?

–No será el de la Unión Soviética –dijo Desmond rotundamente.

A su espalda, una voz se dirigió a ellos. Desmond se volvió y vio a su amigo de la embajada. Lo presentó como Roland Niven y Harriet tragó saliva, extasiada, al oír a Desmond anunciar, por primera vez: «Harriet, mi esposa». Ella sonrió y le estrechó la mano con tal aire de delicado placer que el joven, cuyos gustos no eran los habituales, se sintió incómodo, aunque estaba

demasiado habituado a dominar sus impulsos como para que se percibiera el menor asomo de desagrado.

Hablaron amistosamente unos minutos y entonces, cuando Desmond dijo que era hora de comer algo, Niven propuso que se encontraran después de la cena en una fiesta que un amigo suyo, fabricante de aviones, daba a bordo de un yate. Estaba anclado en el Sena, cerca de la torre Eiffel, y era el único barco amarrado allí; no podían equivocarse. Acudirían dos embajadores y algunos de los asistentes a la conferencia, explicó.

Desmond aceptó de inmediato, sin consultar con su esposa.

Mientras cenaban en la gigantesca y reluciente sala, Harriet comentó que le producía cierto temor la experiencia de acudir a una fiesta elegante con su vestido de viaje y Desmond intentó tranquilizarla, sin conseguirlo, diciendo que uno no debía perder la oportunidad de conocer embajadores; no se sabía nunca cuándo podía resultar útil y, en cualquier caso, era inevitable que se produjeran ciertos chismorreos indiscretos más allá de la impenetrable jungla de la verborrea pública de la conferencia.

—Te vuelves muy elocuente después de beberte unas copas —dijo Harriet.

Desmond se sintió satisfecho porque consideraba que tenía talento para la oratoria y, cuando llegase el momento, pensaba hacer uso de él sin límites. Con una sonrisa confiada, le llenó la copa y le dijo que no tenía que preocuparse de su vestido. Seguro que iba a ser la chica más atractiva de la fiesta y él, por otra parte, no ganaba nada permitiendo que ella se vistiera de forma provocativa ante unos lobos diplomáticos sin escrúpulos.

—¿Como el señor Niven, por ejemplo? —se rió Harriet.

Poco después de las nueve, cogieron el coche para dirigirse al yate. Era temprano y a bordo sólo había cuatro personas: el anfitrión, un hombre corpulento de unos treinta y ocho años, que llevaba un sucio pantalón corto verde oliva y una camisa de cuadros de leñador; su elegante esposa, con un vestido escotado y una gargantilla de diamantes; Niven, que ahora vestía un esmoquin de buena hechura, y uno de los embajadores, que parecía cansado. Estaban sentados en un pequeño salón, bebiendo y hablando de la diferencia entre Marx y Engels. Una vez que los hubieron presentado, Desmond, que había oído lo que comentaban mientras entraba, se metió educadamente en la

conversación dando una razón para apuntar que no había diferencias fundamentales entre los dos fundadores del marxismo. El embajador dijo que era obvio que diferían en sus posturas sobre el matrimonio y la vida familiar, y el fabricante estropeó la simplicidad de la cuestión recordándoles que Engels se había casado legalmente con Mary, la mayor de las hermanas Burns, en el lecho de muerte de ella.

–Fue un acto de bondad –dijo el embajador–, si bien un poco tardío.

–Pero sus consecuencias fueron reprobables en grado sumo –dijo Niven, cuyo tono denotaba su horror moral–. Convirtió la relación subsiguiente con la hermana de la esposa fallecida en un vínculo incestuoso.

–Cuánto me alegro de verlos –saludó la esposa del fabricante a dos personas que acababan de llegar–. Estamos manteniendo una conversación tan interesante sobre el incesto...

Uno de los recién llegados era ingeniero y empezó a hablar con el fabricante, de un modo petulante pero técnico, sobre un proyecto descabellado, que en secreto ambos se tomaban en serio, para un cohete supersónico portador de una ojiva nuclear y con un alcance de quince mil kilómetros. Desmond se acercó y se unió a ellos. Escuchó con interés, pero consideró que no sabía lo bastante de ciencia como para expresar su opinión.

Al cabo de un rato, la fiesta se extendió también a la cubierta, donde los invitados formaron pequeños grupos mientras el cocinero del yate, con un gorro blanco y alto, les ofrecía bebidas.

Desmond y Harriet se dirigieron a la proa y contemplaron el muelle vacío y el río silencioso, cuyas aguas se deslizaban con lentitud bajo el aire cálido del crepúsculo. El cielo era de un tono rosado que se iba tornando gradualmente verde pálido, y las farolas amarillas de cadmio de la calle se reflejaban con nitidez en el agua. Cuando el atardecer se convirtió en noche, la torre Eiffel, aquel monstruo de hierro, se difuminó.

Harriet sostuvo la cabeza de Desmond con las dos manos y lo besó en las mejillas y en los ojos y en el mentón y en la boca. Él la ciñó por la cintura y se quedó quieto y pensó en lo increíble de la situación. Era demasiado intrincada e indigerible, demasiado romántica y peligrosa para ser cierta, y sintió una punzada de lástima de sí mismo porque no podía decirle a Harriet todo lo que

pensaba, o insinuar siquiera el único aspecto de la velada que daba a ésta un interés y una perspectiva únicos. La mantuvo entre sus brazos y dijo:

–Dulce Harriet, te quiero muchísimo.

–Me alegra que seas más un Marx que un Engels –dijo ella.

–No estés tan segura. Engels era un cazador de zorros.

–Pero no puede decirse que la nuestra haya sido una boda tardía.

–Tampoco tú, cariño, te comportas como si estuvieras en tu lecho de muerte, precisamente.

Tuvieron que marcharse para tomar el tren en la Gare de Lyon. Habían comprado billetes de coche cama en un compartimento con dos literas, una encima de la otra. Los dos estaban cansados debido a las emociones de aquel día inolvidable. Se desnudaron de inmediato y, mientras Desmond salía al pasillo, Harriet se tumbó en su litera e intentó leer la edición de Penguin de *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud. Había comprado el libro en Victoria porque tenía la sensación de ser tan ignorante en comparación con Desmond, que debía aprender a leer libros serios a fin de convertirse en la compañera apropiada para él.

Cuando regresó, Desmond se arrodilló en el suelo y le alisó las cejas con la nariz y le acarició los brazos desnudos y le dio un beso de buenas noches antes de subir a la litera superior. Harriet pudo apagar su luz y dormirse de inmediato con una saciedad lujuriosa porque había notado, cuando él se volvió de lado en pijama, que su dominio de sí mismo no se debía, visiblemente, a que no se sintiera atraído por ella.

Desmond se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza, escuchó el rítmico traqueteo del tren que aceleraba y pensó en lo difíciles que eran las cosas y en la perfección de Harriet. Sabía que era una insensatez que alguien se obsesionara tanto por una joven, y que para él en particular era una locura que casi equivalía a una traición al propósito que había guiado toda su vida. Sin embargo, pensó, no dejaba de ser un ser humano y, en cualquier caso, el celibato monacal no había sido nunca plato del gusto de aquellos cuyos objetivos había decidido irrevocablemente compartir.

Se volvió hacia un lado mientras maldecía a conciencia la agitación turbulenta de su mente, y pensó de nuevo en Harriet y en su encanto. Se

alegraba de haberse controlado lo suficiente para no acostarse con ella aquella noche. Los hechos físicos eran testarudos, se dijo, y por más que Harriet lo deseara, no podía esperarse que disfrutara de las relaciones sexuales hasta que pasaran unos días y se recuperase de la noche de bodas. Se volvió del otro lado y se durmió casi tan deprisa como su esposa.

A las ocho y veinte de la mañana se apearon del tren y salieron al sol de Lausana. Habían elegido su hotel porque tenía nombre inglés; era el más grande y el más caro, y el régimen de pensión completa incluía el té de la tarde. Su dormitorio tenía cuatro altos ventanales que daban a un balcón que dominaba el lago. El baño de azulejos, con duchas y un espejo de cuerpo entero que no se empañaba, tenía el tamaño de un vestidor. Junto a la cama, había timbres para llamar a la doncella, al camarero, al criado, al botones y al mozo. Las lujosas cortinas de terciopelo, de color escarlata con orlas doradas, colgaban en exuberantes ondas y pliegues.

Desmond y Harriet se bañaron, se pusieron ropa de verano y Desmond tocó el timbre del camarero. Al cabo de pocos segundos, éste ya había anotado el desayuno que tomarían en la terraza: pomelo, *porridge*, melocotones, crema, azúcar de caña, tocino y huevos, tostadas, mermeladas y dos tazas de café francés. Harriet llamó al botones y a la doncella y les pidió que deshicieran las maletas y plancharan todo lo que se hubiese arrugado durante el viaje.

En la terraza, se sentaron a una mesa con un mantel de cuadros rojos y blancos y saborearon el sol y la comida y la panorámica del lago, cuyo verde lustroso recordaba el color de los guisantes. Les habían traído dos diarios ingleses y los hojearon y leyeron los titulares y hablaron con vehemencia de la dificultad de valorar quién era el mediocre más incompetente y tedioso del mundo, si el presidente Truman o el señor Attlee.

Se quedaron una semana en Lausana, durante la cual se bañaron, comieron y por las noches bailaron en el American Bar. Por las tardes, alquilaban un bote y se alejaban de la orilla remando para poder bañarse y tomar el sol desnudos. Resultaba excitante estar atentos por si se acercaban otros botes o barcos de vapor y deslizarse disimuladamente sobre la borda, resbaladizos por el aceite, si se les aproximaban demasiado. Cuando hicieron las maletas y

salieron hacia Berna para comprarle un reloj a Harriet, ambos habían engordado y estaban muy bronceados.

La capital de la Suiza germana les resultó tan fea y desagradable como cualquier otra gran ciudad de la Alemania nazi y Desmond dijo que casi esperaba ver un horrendo escuadrón de milicianos nazis, rubios y abominables, doblando en cualquier esquina al paso de la oca con sus porras de goma.

–Cuánto debieron de disfrutar de sus permisos aquí al principio de la guerra, mientras ganaban –comentó Harriet.

–Al final, tuvieron su merecido –dijo Desmond.

El reloj de oro que compraron era pequeño y muy caro. Hicieron que les enseñaran las existencias de media docena de tiendas antes de decidirse por uno y, cuando lo hubieron comprado, pasaron el resto de la tarde deteniéndose ante los escaparates de cada relojería nueva que encontraban y mirándolos con ansiedad por temor a ver otro que les gustase más. Pero no fue así. Ni siquiera en Ginebra, de regreso a casa, Harriet vio nada comparable a la deliciosa simplicidad y el lujo que su reloj combinaba.

Tomaron té y muchos pasteles de succulenta crema en la terraza de un café y fueron a una exposición de un pintor de la Suiza alemana, Paul Klee. A Harriet le encantaron todos los cuadros: pajaritos minuciosos cabeza abajo y caras delicadas y deslustradas de color azul pálido, con una sola pincelada como nariz y unos círculos exactos, de colores distintos y sutiles, como ojos. Desmond discrepó. Dijo que aquello era casi un timo deliberadamente deshonesto para estafar a viejas estúpidas, ingenuas, ricas y desocupadas. Casi, pero no del todo, añadió, porque en la llamada «pintura moderna» había una profunda y genuina degeneración que, como era natural, atraía a todo lo que de pesimista, reaccionario y escapista había en el mundo actual.

Harriet no discutió porque lo había llevado a la exposición con la idea de desacostumbrarlo a los ridículos horrores académicos que había visto en su piso de Mount Street. Sin embargo, se dio cuenta de que tendría que ir poco a poco y empezar con Manet o incluso con alguien más fácil, como Goya. Por primera vez disfrutó de la sensación de poder enseñarle algo a Desmond, en lugar de que siempre fuese al revés.

En el taxi, camino del recargado Grand Gothic Hotel donde se alojaban, Harriet se quejó de un dolor de estómago que empeoró de tal manera que, para cuando llegaron a su habitación, se retorció y lloraba. Desmond, pálido de miedo, llamó al gerente y le pidió el nombre del mejor médico de Berna. Tardaron en encontrarlo y Desmond, con los labios fruncidos en una mueca casi cruel, gritó por teléfono que era un asunto de extrema urgencia y que haría responsable a la dirección del establecimiento de cualquier retraso innecesario. Tan pronto como llamaron al médico, Desmond advirtió la estupidez con que la ansiedad lo había llevado a comportarse. Era obvio que un gerente suizo no sabría cuál era el mejor médico. Llamó a recepción y pidió que lo pusieran con el consulado británico y, después de haber hablado con un segundo doctor, llamado Perkins, pidió a la doncella que les llevara tres botellas con agua hirviendo.

Cuando llegó el primer médico, Harriet parecía sufrir menos. El doctor la reconoció con atención, palpándole despacio el abdomen para descartar que fuera una apendicitis, la auscultó con el estetoscopio y le tomó la temperatura y el pulso. Aquel verano había tenido otros pacientes ingleses, y se sentó en una silla, junto a la cama.

—¿Cuántos pasteles de crema ha tomado con el té? —preguntó tranquilamente.

—Siete —respondió Harriet con voz débil.

Preparó unos polvos efervescentes en un vaso de agua fría y mientras ella los tomaba llegó el doctor Perkins. El médico suizo hizo un aparte con él. Hablaron en susurros y, a continuación, Perkins volvió a explorar minuciosamente a Harriet.

Los dos doctores se marcharon a la vez y en el ascensor se rieron a carcajadas.

A la mañana siguiente, Harriet se despertó poco después de las ocho. Se sentía recuperada por completo y algo culpable. Desmond le hizo tomar café solo con el desayuno y no le dejó comer *porridge* ni crema.

—Durante veinticuatro horas, nada de grasas —dijo él.

En el tren a Lugano hablaron sobre la Conferencia de Paz de París y sobre los rusos. Desmond explicó la necesidad de que Trieste fuese administrada por Yugoslavia y por qué las Naciones Unidas tenían que tomar alguna medida contra Estados Unidos por armar y apoyar a las tropas fascistas de Jiang Jieshi.

–Triste perspectiva para los desafortunados chinos –comentó Harriet–; mientras los rusos arman simultáneamente al otro bando, a ellos los utilizan como mercenarios en una guerra entre Estados Unidos y Rusia.

–Las cosas no son exactamente así –dijo Desmond en el tono paciente que emplearía un maestro de escuela–. Los revolucionarios chinos tienen una historia heroica que se remonta a 1912, con Sun Yat-sen.

–Sabes tanto... –suspiró Harriet, admirada–. Pero, de todos modos, los rusos son un fastidio.

–Hay aspectos en los que la Unión Soviética es el país más admirable del mundo –replicó Desmond con una torva sonrisa.

Llegaron a Lugano aquella tarde y la arquitectura italiana y el ardiente sol los entusiasmaron. Después de unos días de baños, bailes, comidas y cines y teatros por la noche, decidieron trasladarse a un pueblo que se encontraba a diez kilómetros, a orillas del lago.

La pequeña pensión en la que se hospedaron lo que les quedaba de luna de miel estaba encalada de rosa pálido y los postigos eran azul eléctrico. Su dormitorio, de grandes ventanales, daba a un brillante y bien cuidado jardín con flores que terminaba en una balaustrada y unos amplios escalones que bajaban hasta el agua. Se bañaban todos los días antes del desayuno y tomaban café y panecillos calientes en el jardín. Pescaban con un trozo de queso en el anzuelo y leían libros y hablaban de cualquier cosa.

Harriet se asombró de los conocimientos sobre astronomía e historia política de Desmond, y cada día lo amaba más. A veces, después de acostarse, a la una o las dos de la madrugada, interrumpían el abrazo que los unía, se levantaban y corrían sin pijama por el jardín para sumergirse en aquel lago cálido como el sirope y nadaban en las aguas negras, salpicando y formando estelas plateadas por la luna. Se alejaban a nado y flotaban boca arriba y Desmond señalaba las constelaciones y los planetas y decía lo lejos que

estaban y hablaba de años luz y del inmenso y glacial universo en expansión. Regresaban a la habitación con frío, se secaban el uno al otro, se acurrucaban en la cama y hacían el amor otra vez.

La prensa inglesa llegaba por correo con un día de retraso y siempre la leían a la hora del almuerzo. Harriet estaba desconcertada por el complicado carácter de Desmond. Sabía mucho de política y seguía todo lo que sucedía con mucha atención; sin embargo, parecía despreciar a todos los partidos y a sus personalidades. Incluso a Winston Churchill lo calificaba de belicista peligrosamente embriagado, y cuando Harriet le preguntó su opinión sobre Anthony Eden, lo desdeñó con un comentario sobre su insulso servilismo. Al mismo tiempo, advirtió Harriet, los escarnios más genuinos siempre los reservaba para el Partido Laborista y, en especial, para el señor Bevin. Harriet estaba confundida, pero al final decidió que no era tan raro que un soldado profesional despreciara la política y a los políticos. Se preguntó, sin embargo, por qué se tomaba tanto interés en el asunto.

Habían planeado permanecer en Morcote sólo una semana, pero los días pasaban tan deprisa que se quedaron casi hasta el final del permiso de Desmond, cuando llegó el momento de emprender el largo regreso a Londres. Decidieron pasar la última noche en un casino italiano situado en Campione, al otro lado del lago. Alquilaron una lancha fuera borda, le dieron gas pretenciosamente y llegaron al muelle privado poco después de las diez.

Por doquier se veía a más empleados, uniformados con unos elegantes pantalones hasta la rodilla, que clientes. En la sala de la ruleta había ocho crupieres alineados ante las mesas, mirándose los unos a los otros. Un cartel decía que a los ciudadanos italianos y a las tropas aliadas no les estaba permitida la entrada en las salas de juego y Desmond, aunque vestía esmoquin, debería haberse quedado en la puerta cuando los empleados vieron en su pasaporte que era militar. Sin embargo, su aire de altiva confianza en sí mismo y su indumentaria los intimidaron y, con Harriet del brazo, entró sin más problema. Ella se sentía deliciosa y extremadamente elegante con su corta esclavina de armiño y un vestido largo de seda con flores estampadas. Cambiaron diez libras en fichas rojas, verdes y amarillas para apostar y las perdieron todas en media hora. Recorrieron el enorme y poco concurrido

edificio y salieron a la terraza, donde la gente bailaba al compás de una orquesta de swing. Bailaron y bebieron hasta estar tan achispados que les entró la risa tonta. Sus excitados rostros se veían acalorados y relucientes y, de repente, Harriet le pidió cinco libras más para jugar.

Desmond tenía un sistema para evitar las restricciones de moneda y había conseguido disponer de mucho más de las setenta y cinco libras que estaban autorizados a gastar legalmente. Sin embargo, dijo que, por principios, no soportaba que lo engañasen y le recordó a Harriet que habían visto a un crupier apostando delante de todo el mundo. Era como si un jinete apostase en una carrera de caballos. Aquél era un ambiente corrupto y no veía por qué tenían que colaborar más en el sostenimiento de la última estafa favorita de Mussolini.

–Dinero –dijo Harriet mientras tendía la mano–. Dinero, dinero, dinero.

Lo tomó por el brazo con afecto y le dijo que estaba muy guapo y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la cartera. Cogió cien francos suizos y corrió escaleras arriba a la sala de la ruleta. Desmond sonrió y la vio marchar, admirando sus deliciosos hombros mientras pensaba que, si no hubiese sido suya, habría sentido una envidia insoportable. Deseó estar de nuevo a solas en la habitación y pospuso el placer de correr tras ella y acariciarla levemente y oler su dulce aroma de algalia y tomarla de la mano mientras apostaba.

La repentina y melodramática estela de un relámpago blanco y el retumbo de un trueno lo sobresaltaron y, nervioso, pensó en lo desagradable que sería que los sorprendiera una tormenta en medio del lago, mientras navegaban en la pequeña lancha.

Fue a buscar a Harriet a toda prisa.

Ella contemplaba la diminuta bola con los ojos muy abiertos. Había perdido tres veces y las dos últimas libras en fichas las había apostado al rojo. Apretó los puños y salió el rojo. Dejó lo apostado más las ganancias en el mismo sitio y volvió a ganar el rojo.

Desmond la interrumpió y le dijo que tenían que marcharse enseguida, antes de que llegara la tormenta, pero Harriet no tuvo tiempo de retirar la apuesta antes de que la ruleta volviera a girar. Se quedó donde estaba, salió de

nuevo rojo y Harriet, con un coraje exaltado, se inclinó sobre la mesa y trasladó todo el montón de fichas al negro.

–Es la última vez –dijo.

Ganó el negro. Cambiaron rápidamente las fichas por el equivalente a treinta y dos libras en francos suizos y echaron a correr. Mientras llegaban al muelle y subían a la lancha, empezó a tronar. Grandes gotas de lluvia salpicaban el agua y, detrás de las diabólicas montañas negras, el cielo tenía un tenue tono púrpura. Bajo los relámpagos, sus caras parecían verde esmeralda.

El barquero los esperaba y, con un rugido del motor, partieron a toda velocidad y cruzaron el lago más deprisa que la tormenta. La lancha cortaba las olas, cada vez más agitadas, levantando rociadas de agua que los dejaron empapados. Se apostaron en la proa, con sus excitados y centelleantes rostros mirando hacia delante y el pelo empapado volando hacia atrás.

–¡Más deprisa, más deprisa, más deprisa! –gritó Harriet, extasiada.

Cuando llegaron a la pensión, estaban mojados de arriba abajo, pero habían llegado antes que la lluvia y se rieron, triunfantes. Luego, mientras se disponían a dormir, exhaustos, Harriet dijo que habían hecho saltar la banca y desafiado a los elementos y que todo ello constituía el final perfecto de una luna de miel extraordinariamente hermosa.

A su regreso, Desmond y Harriet encontraron Londres aburrido y frío, pero les gustó la casa, convenientemente moderna, que antes de marcharse habían comprado en Sussex Square, cerca de Bayswater Road. Desmond había heredado de su padre una renta más que desahogada y dijo que, como desaprobaba por principio el capital y sus inmerecidos réditos, sería sensato emplear una buena parte de sus mal habidas rentas en la compra de una casa confortable de verdad.

En la planta baja, la vivienda tenía un gran salón con un mirador, un comedor y la cocina. En el primer piso había tres dormitorios y un cuarto de baño, y en el piso superior, una estancia grande, destinada a cuarto de los niños, y cuatro dormitorios de buenas dimensiones para los niños o para el servicio, junto con otro cuarto de baño.

Habían contratado como cocinera y gobernanta a una mujer enjuta de mediana edad llamada Broadstone, que unos años antes había servido en casa de la madre de Harriet y que había dejado el trabajo para contraer un matrimonio que había resultado desdichado. La mujer siempre había apreciado a Harriet y le parecieron bien el sueldo y la habitación, e intentó convencer a su patrona de que contratara una ayudante de cocina y también, tan pronto como tuvo una candidata, una muchacha de la limpieza por las mañanas; en opinión de la mujer, la casa era lo bastante grande como para contar finalmente, bajo su dirección, con un servicio doméstico interno de tres miembros por lo menos. Broadstone siempre había mantenido una relación de intimidad con Harriet y le agradó el trato que le dispensaba Desmond. Se había instalado allí con todas sus pertenencias antes de la boda y tenía intención de quedarse de forma permanente.

La vivienda estaba bien provista de muebles, escogidos entre los más sencillos de la vieja casa del padre de Desmond, en Wexford. El aparador y la mesa del comedor eran un poco grandes, pero a Harriet le entusiasmó disponer de enormes cantidades de cubiertos de plata, decantadores de vino, vajilla y cristalería. También se llevaron la mayoría de las cosas del piso de Desmond en Mount Street. En una cochera, a dos minutos de la casa, guardaban el viejo Rolls-Royce, en perfecto estado, que Desmond poseía desde la muerte de su madre.

El agosto lluvioso y frío no los deprimió, ya que Desmond se alegraba de volver a su regimiento y Harriet andaba demasiado ocupada en hacer llamadas y comprar cosas para la casa como para preocuparse de qué tiempo hacía. Incluso se alegró de tener una excusa para encender la chimenea del salón.

Una tarde, poco después de instalarse y mientras cenaban, salió por fin el sol, bajo y carmesí, entre los árboles. Harriet comentó que le gustaría dar un paseo por Kensington Gardens y, tal vez, salir a bogar por el Serpentine en una barquita, pero se llevó una decepción cuando Desmond insistió en que había prometido encontrarse con alguien en su club. Y cuando ella intentó convencerlo de que telefonara a aquel hombre y lo invitara a visitarlo en casa, él se puso muy serio. Harriet se lamentó de que su marido estuviera fuera todo el día y dijo que había esperado que pasarían un rato juntos aquella tarde.

—Me hacía mucha ilusión, cariño —aseguró.

Pero Desmond se mostró inflexible. Tan pronto como terminó de cenar, subió al piso de arriba y se vistió de civil. Luego bajó al salón y, con visible impaciencia, mantuvo una conversación intrascendente hasta que se hizo casi de noche; entonces se levantó y se marchó, diciendo que volvería hacia la una y que no lo esperase despierta.

Desmond cruzó el parque a buen paso y tomó un taxi en Piccadilly que lo condujo al hotel Russell. Pagó al taxista y, a buen paso, dobló en una esquina, cruzó una cochera y montó en el primer trolebús que recorría Theobald's Road. En el siguiente semáforo, se apeó y entró en unos urinarios públicos, donde se puso la vieja gabardina que llevaba en la mano.

Antes siempre le había parecido emocionante aquella rutina necesaria, pero ahora se veía sometido a ella tan a menudo que empezaba a aburrirle.

Con un suspiro, se levantó el cuello de la gabardina y tomó por Gray's Inn Road hasta el metro de Holborn; compró un billete a Aldgate y bajó al andén. Cuando llegó el tren, esperó cerca de las puertas automáticas hasta el último segundo y saltó dentro del vagón cuando ya empezaban a cerrarse. Bajó en Bank y eludió a posibles perseguidores por el laberinto de túneles y diferentes salidas. Salió a la calle un poco más allá, sin dejar de mirar a su espalda, y anduvo por las calles oscuras hasta la estación de Mansion House. Desde allí, retrocedió hasta Charing Cross y después al norte hasta Camden Town.

Cuando salió de la estación, llevaba puestas unas gafas de montura de concha y una gorra vieja que guardaba en el bolsillo de la gabardina. Cada vez que cambiaba de tren, esperaba al último momento antes de bajar del vagón. En Hampstead Road tomó un autobús de la línea 24 en dirección al parque. Ocupó el primer asiento del vehículo y miró a su espalda. No había subido nadie después de él y no había ningún taxi a la vista. Había sido extremadamente cauteloso; era imposible que lo hubieran seguido. Aquellos complicados cambios de metro y autobús eran largos, pero siempre había tenido por norma minimizar el uso de taxis: en demasiadas ocasiones, los conductores eran confidentes y colaboradores de la policía, por lo que era mejor evitarlos.

En la parada de final de línea, Desmond fue el primero en apearse y se alejó por el parque a oscuras. Con la espalda contra un árbol, esperó inmóvil durante cinco minutos hasta convencerse de que estaba absolutamente a salvo y comprobó que llegaba puntual; después, dio un rodeo entre los árboles y arbustos hasta la verja de un jardín particular vallado que daba al parque.

La verja estaba abierta y Desmond se coló en el jardín y avanzó hacia la casa con paso confiado. No se veían luces y, pausadamente, descendió seis peldaños y buscó a tientas el timbre, que pulsó rítmicamente: punto raya, punto raya, raya raya punto. Un leve zumbido fue la respuesta a la contraseña y Desmond contestó con tres firmes timbrazos.

Se abrió la puerta y accedió a un salón limpio y de mobiliario confortable que ocupaba el sótano. Allí lo esperaban dos rusos vestidos con trajes de sarga azul marino. Los dos eran más jóvenes que él. Uno de ellos, al que conocía como Mark, era bajo y corpulento, llevaba el pelo muy corto y tenía la

cara de un boxeador de peso wélter; el otro, Alek, bastante alto, tenía ojos rasgados de tártaro, unos brazos larguísimos y unas manazas enormes y huesudas. Nadie sonrió ni dijo una palabra hasta que los tres hubieron ocupado unas sillas de asiento duro en torno a una mesa victoriana de caoba. Entonces, Alek se volvió hacia Desmond y preguntó, en un esmerado inglés:

–¿Y qué información nos trae?

Con precisión profesional, Desmond resumió el contenido de los documentos que deslizó sobre la mesa bruñida. Sólo había uno importante, dijo con orgullo contenido: era el sumario oficial y secreto del plan de coordinación militar angloamericano, que acababa de acordarse.

Alek recogió los documentos y, sin mirarlos, los guardó en un maletín nuevo de piel de cerdo que cerró con una pequeña llave reluciente. Mark dijo entonces:

–¿Eso es todo?

Desmond siempre había admirado la concisa eficiencia de sus colegas, pero aquella tarde notó en ellos una rudeza que le desagradó.

–Sí –replicó secamente.

–¿Nos contará ahora –preguntó Mark muy despacio– quién ha tomado, y cuándo, la decisión de que debía casarse?

Desmond se retrepó en la silla con la mano izquierda en el bolsillo, miró fijamente a los ojos a su interlocutor y pensó que llevaba más de once años, desde que aquellos dos jóvenes no eran más que un par de críos, desarrollando una labor de la máxima responsabilidad y sumamente peligrosa. En un tono condescendiente de paciencia casi colmada, respondió:

–Como no puede ser de otro modo, tengo instrucciones de decidir los pormenores de mis actividades como juzgue conveniente. Considerando el carácter excepcional de mis informaciones, contactos y experiencia, cualquier otra directriz resultaría inapropiada.

Sin mover un músculo de la cara, Mark replicó:

–¿Por qué ha intentado ocultar su matrimonio?

Desmond recordó que los trabajadores soviéticos en el extranjero sólo leían las publicaciones que decidía el Partido, y el *Sketch*, el *Tatler*, el *Vogue* y el *Times* no estaban entre ellas. Sonrió al pensar en las fotografías a toda

plana de Harriet y él y en las impresionantes descripciones de los invitados a la boda y de su indumentaria.

–Cuando haya adquirido un conocimiento un poco más profundo de las condiciones en las que se desarrolla nuestro trabajo en este país, comprenderá hasta qué punto resulta ridícula su pregunta.

Mark entrecerró los párpados. Le había resultado difícil seguir una frase tan larga, lo cual confirmó su impresión de que Desmond estaba mostrándose evasivo.

–Así pues, ¿hemos de entender que eso es todo cuanto tiene que decir en su defensa? –preguntó Mark con tono amenazador.

Desmond comprendió que Mark era joven y un recién llegado al servicio en el extranjero y que, por tanto, no conseguiría nada discutiendo con él.

–Ni más ni menos –respondió con una sonrisa fingida.

Se levantó, se despidió en ruso y cruzó el jardín para salir de nuevo al parque. Decidió que tendría que escribir un informe negativo al director del Buró respecto a la idoneidad de Mark para el trabajo que hacía. Era una suerte que él fuese un agente tan experimentado; de lo contrario, podría haberse creado una corriente de enemistad que causara su pérdida permanente para el movimiento.

Pensó casi con añoranza en el gordo Levchenko, con su nariz de judío, ante quien había presentado sus informes hasta 1937. Recordó las largas veladas que habían pasado juntos después de despachar sus asuntos, las conversaciones sobre la Komintern y la revolución española, y las discusiones sobre las sutilezas del materialismo dialéctico. Con un sentimiento cercano a la culpa, Desmond se descubrió pensando en lo mucho que había aprendido de aquel viejo bolchevique, ingenioso y erudito, y lo diferente que era de la nueva generación de agentes jóvenes y taciturnos.

Desmond observó los patos negros del lago a la luz de la luna y, mientras apretaba el paso en dirección a Highgate, se apresuró a reprimir su pesar por que Levchenko, en su juicio en Moscú, hubiera resultado ser un saboteador trotsko-fascista y reflexionó sobre la evidente necesidad, en estos tiempos, de seleccionar tipos de natural circunspecto para el trabajo en el extranjero. La hosquedad de los nuevos agentes soviéticos que operaban en el extranjero

constituía, claramente, una ventaja: en los últimos tiempos, su número había aumentado tantísimo que podían representar un problema político si, a su regreso a la Unión Soviética, empezaban a charlar con sus amigos sobre las condiciones de vida en el exterior. Quienes no estuvieran plenamente imbuidos de la teoría revolucionaria corrían el evidente riesgo de dejarse impresionar demasiado por cosas triviales, como la comida y la ropa de los ciudadanos de las capitales extranjeras. Desmond echó atrás los hombros y continuó caminando con confianza; en su opinión, era una política muy sensata escoger diplomáticos o funcionarios del aparato, no a pesar de su excepcional reserva, sino precisamente debido a ella.

En el trayecto hasta Waterloo, Desmond pensó que aquellos jóvenes rudos le recordaban a los miembros del Ejército Republicano Irlandés que había conocido en casa de su madre en Dublín. Durante las vacaciones, dos veces al año, su padre le permitía pasar un par de semanas con su excéntrica madre, y en el salón de ésta había conocido a sus extraordinarios amigos. Recordó cómo, a los diecisiete años, se había afiliado a uno de sus pelotones clandestinos y había llevado a cabo su instrucción entre el fango y bajo la lluvia en las agrestes colinas de Wicklow, los domingos y fiestas de guardar. Recordó que hacían prácticas de tiro con pesados revólveres reglamentarios en un enorme cuartel en ruinas, construido por los británicos en el siglo XVIII y ahora medio derruido y aislado en un valle deshabitado.

Sonrió al evocar cuánto le complacía el contraste entre aquellas expediciones y las elegantes reuniones para tomar el té que ofrecía su madre, en las que se conversaba sobre la rebelión con la misma reverencia que si se hablara de religión. Pensó en la amiga de su madre, lady Mary Cardigan, en su vestido de seda gris claro y en los brillantes anillos verdes de sus dedos blanquísimos. Sintió vergüenza al revivir lo incómodo que se había sentido en compañía de los vulgares activistas jóvenes y el placer que le producía escuchar la cultivada conversación de Mary Cardigan sobre la teoría del imperialismo de Lenin y su abierto entusiasmo, no sólo por Irlanda, sino también por el triunfo de la insurrección en Rusia. Había sido ella quien lo había introducido en el marxismo y en la idea de la revolución, no sólo irlandesa, sino mundial. Desmond apretó los labios al recordar lo emocionante

que había sido, cuando regresaba a regañadientes a casa de su padre ultraconservador, notar que sus pensamientos e intenciones secretos crecían y se fortalecían en su interior.

Mientras cruzaba a pie el puente de Waterloo, Desmond pensó en el azar y lo accidental. En conjunto, consideró, no había sido accidental que, poco después de salir de Sandhurst, decidiera afiliarse al Partido. Desde luego, no lo habría hecho si no hubiera sido porque, cuando su regimiento lo envió a Oxford a hacer un curso especial de lengua, conoció a un joven catedrático con el que había discutido con entusiasmo sobre socialismo y revolución. Sin embargo, esto tampoco habría sido suficiente de no haber estado leyendo ya, en secreto, a Marx y a Lenin. De hecho, ambos hombres no habrían intimado si no hubieran descubierto, poco a poco, las inquietudes privadas del otro. Habían tardado algún tiempo en conocerse bien pero, al cabo de unos meses, Desmond se había sentido capaz de mostrarse franco y de convencer a su amigo de adoptar la posición más extrema. Recordó cómo habían decidido juntos hacerse miembros del Partido Comunista y, tras varias etapas, se habían incorporado a las actividades del aparato.

Sin embargo, tampoco podía decirse que hubiera sido cosa de puro azar, pensó Desmond: aunque no hubiera conocido a aquella persona en concreto, tarde o temprano habría encontrado a otra que lo habría llevado al mismo lugar. Se dijo que tal vez no se habría quedado en el ejército pues, de no haber podido seguir tan pronto las expertas instrucciones del Partido, quizás habría hablado demasiado abiertamente y habría adquirido reputación de ser un poco rojo. Pero incluso esto era improbable, pensó, puesto que desde el primer momento había comprendido que era más valioso para el movimiento como conspirador que como propagandista de masas. Recordó que había leído por primera vez los textos de Lenin sobre la necesidad de combinar el trabajo legal y el clandestino cuando tenía veinte años y se dio cuenta de que, con sus tempranas relaciones en el seno del Ejército Republicano Irlandés, era inevitable que se dedicara al trabajo que ahora hacía.

Tomó un taxi a Marble Arch y anduvo desde allí por calles secundarias con una sensación de plenitud y de orgullosa confianza: las cosas iban espléndidamente bien. Los acontecimientos se desarrollaban de un modo que

llevaba de forma inexorable hacia la expansión del poder comunista a toda Europa: la situación en Francia terminaría a buen seguro, tal vez aquel mismo año, con la victoria de la dictadura del proletariado. Con un poder soviético en Francia, la secuencia de etapas en Inglaterra sería evidente: primero, mediante una campaña de denuncia de los británicos reaccionarios y belicistas, se establecería un gobierno de coalición, el cual sería sometido a una presión creciente que sería incapaz de resistir, puesto que cualquiera que se propusiera hacerlo se vería forzado a adoptar la posición de abogar por una nueva guerra mundial.

Una campaña antibélica movilizaría a las masas contra todos los charlatanes provocadores, y la acuciante necesidad económica del comercio exportador haría inevitable un rápido cambio en el gobierno, que pasaría de una coalición de izquierdas con algunos comunistas a un gabinete plenamente comunista con la exclusión de todos los representantes laboristas que no fueran miembros de confianza del Partido Comunista en la clandestinidad. Desmond sabía que era uno de los activistas militares más antiguos y respetados del movimiento y preveía que, en unos años más, sería jefe del Estado Mayor Imperial, por lo menos, o tal vez incluso ministro de Defensa.

De hecho, reflexionó, no había ningún cargo en el mundo, absolutamente ninguno, al que no fuese absolutamente razonable que pudiera aspirar alguien con su edad, capacidad e historial. Cruzó Sussex Square con una poderosa sensación de que el futuro era suyo y de formar parte integral y ser miembro de confianza de un movimiento histórico, masivo e invencible. Lo que más le gustaba era la absoluta disciplina que requería y la gratificadora conciencia de ser valorado y reconocido.

Contempló por la ventana del salón las grandes fachadas grises de las casas victorianas del otro lado de la plaza y pensó en las familias ricas que vivían en ellas y en las decenas de sirvientes a los que habían empleado en aquellos tiempos. Sin calefacción central, cada casa debía tener dos criados, por lo menos, dedicados en exclusiva a la tarea de mantener encendidas las enormes calderas de carbón. Qué inconcebible resultaría su situación actual, pensó Desmond, a los acaudalados comerciantes que habían construido y ocupado aquellas casas. Contempló por entre los árboles del jardín la enorme

mansión de columnas de yeso que quedaba enfrente y pensó en su primer propietario, en lo orgulloso que debía de estar de la magnificencia en que vivía y en lo seguro que debía de sentirse, ajeno al puñado de agitadores dispersos, perseguidos y casi impotentes que, a dos mil kilómetros de distancia, roían los cimientos de la Rusia imperial y criaban a los futuros gobernantes de sus nietos. Desmond sonrió para sí al pensar en la familia imperial y en gente como el mariscal Tuchachevsky, quien, de joven, había sido oficial del regimiento de guardias de élite del zar y al mismo tiempo, en secreto, bolchevique. Con un hondo suspiro, Desmond afrontó el hecho de que Tuchachevsky, con el tiempo, había alcanzado el cargo de comandante supremo del Ejército Rojo y luego, finalmente, había sido liquidado en las famosas purgas.

La crueldad casi sobrehumana de la Revolución impresionó a Desmond y lo llenó de un temor reverente, casi religioso, que forjó y afianzó su lealtad.

Con una sensación física de alborozo, Desmond subió al dormitorio, se desvistió y se acostó. Cuando acarició a Harriet entre afectuosos murmullos, ella se despertó y, con las piernas, lo empujó hacia el borde de la cama y lo mandó a buscar un vaso de agua. Cuando volvió del baño, Harriet se había despertado por completo y tenía una expresión risueña; pasaron un rato charlando alegre y animadamente, antes de volver a dormirse.

A la mañana siguiente, Desmond decidió que era hora de empezar la educación de Harriet de manera organizada. Sin embargo, le costó dar con un libro que fuese adecuado para su iniciación: evidentemente, *El Capital*, de Marx, era demasiado complicado, y debía reconocer que el *Leninismo*, de Stalin, estaba escrito en una prosa tan desagradable que era más probable que le inspirase rechazo en lugar de atraerla al movimiento. Cualquier texto menos autorizado sobre el socialismo en general también podía tener un efecto contrario al que él pretendía: Harriet podía empezar a decantarse por el Partido Laborista y adoptar una posición crítica, de una manera más informada aunque equivocada, respecto a la dictadura del proletariado en Rusia. Desmond pensó que quizá resultara útil sugerirle que leyera algo sobre la

Unión Soviética escrito por el deán de Canterbury, pero no estaba seguro de que el cargo eclesiástico del autor, por muy tranquilizador que resultara para el público en general, impresionase adecuadamente a Harriet. Y, en cualquier caso, se dijo, el deán escribía de manera demasiado inofensiva como para que sus ideas tuvieran mucho efecto en una mente sencilla como la de su mujer.

Desmond se desplazó al cuerpo de guardia del palacio de St. James y, al fin, decidió que sería mejor no sugerir ningún libro en concreto, de momento, e instruir a Harriet poco a poco mediante conversaciones acerca de los temas de actualidad; durante los meses siguientes, progresivamente, sería más y más explícito sobre lo que pensaba en realidad y, entretanto, prepararía el terreno en la práctica organizando actividades compartidas que ayudarían a Harriet a entender en qué clase de mundo vivía. Por ejemplo, podía empezar por mostrarle cómo era la gente de los pubs populares y, luego, proponerle acudir a un partido de fútbol; así, de forma gradual y por etapas, llegaría al punto en que podría sugerir, sin que a ella le pareciese extraño, que asistieran a alguna reunión pública genuinamente revolucionaria.

Desmond se sintió satisfecho con aquel programa y pensó en cuánto mejor era planificar las cosas de aquella manera que empezar por la parte académica, con un curso de lecturas sesudas. Sonrió con afecto al recordar el libro que Harriet había llevado a Suiza y su encantadora ingenuidad al pensar que lo complacía verla empeñada en la trabajosa lectura de una edición barata de alguna necesidad freudiana reaccionaria.

Cuanto antes empezara el curso, mejor, pensó, y decidió impartir la primera lección aquella misma noche.

Regresó a casa a las seis y, después de tomarse un whisky con agua, comentó que le parecía interesante que hicieran algo fuera de lo habitual; podían ir a cenar al Soho, visitar algún pub y entrar en un salón de baile de Tottenham Court Road, que costaba un chelín y donde se bailaba el *jitterbug* más espectacular de Europa. Dijo que estaba harto de frecuentar siempre los mismos locales aburridos y que hacía mucho tiempo que sentía curiosidad por aquellos bailes desenfrenados, pero que todas sus amistades, a excepción de

ella, le habían parecido una compañía poco prometedora para nada que no se adecuase a las formas más manidas de entretenimiento.

Harriet accedió de inmediato: estaba demasiado enamorada de Desmond para que le importase lo más mínimo lo que hiciesen, siempre que lo hiciesen juntos.

Tan pronto como llegaron al restaurante de Charlotte Street donde Desmond había reservado mesa, un local coquetón, ruidoso y caro, los invitaron con molesta insistencia a pedir unos cócteles. Había reservado una mesa en un rincón, pero la que les dieron, de poco más de un palmo cuadrado, estaba en medio de la sala y confinada entre otras, con los respaldos de las sillas casi tocándose. El ruido ensordecedor de los platos y los comensales sobreexcitaba a todo el mundo, incluidos los incompetentes camareros de los tiempos de guerra. Hasta el comentario más informal había que hacerlo a gritos y mantener una conversación fluida, aunque fuera vociferando, resultaba imposible. Por tres libras, Desmond compró una botella de vino tinto corriente, importado de Argel en barricas. Disfrutaron de su áspero sabor a patata, combinado con el de un conservante químico barato, y se disponían a tomar tranquilamente el café cuando, antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, vinieron a cobrarles la cuenta y los pusieron de patitas en la calle para hacer sitio a dos nuevos clientes.

De momento, todo iba de perlas, pensó Desmond; una pequeña vivencia de la descarnada empresa privada mostrando su cara más rapaz no perjudicaba a nadie. Tomó por el codo a Harriet, doblaron en una esquina y entraron en una calleja. A pocos metros había un pub abierto y Desmond buscó el salón. Comentó que habría preferido quedarse en la barra pero, para gente de su clase, resultaba demasiado exhibicionista mezclarse con los parroquianos habituales y molestarlos. En el salón, la clientela solía ser más diversa y una pareja como ellos siempre llamaba menos la atención, explicó.

Harriet había estado en pubs de campo, pero aquélla era su primera experiencia en uno de Londres. Se fijó en las mujeres: en un taburete de la barra, distinguió a una figura achacosa que vestía unos sucios ropajes negros y calzaba decrepitos zapatos de lona con suela de goma, uno de ellos con una cuerda por cordón. Bebía whiskies dobles, que apuraba rápidamente, y pagaba

con billetes de una libra que sacaba de un fajo grasiento. Otra mujer, con un alegre vestido de verano, estaba con un hombre atractivo de unos cuarenta años; él parecía un granjero próspero, pero Harriet observó que la mujer le deslizaba disimuladamente en la mano un florín o media corona cada vez que él pedía otra ronda de cerveza; el hombre siempre se guardaba el cambio en el bolsillo y, cuando volvía a pedir, ya tenía la mano preparada debajo de la mesa para que cayera en ella la siguiente moneda.

Desmond no preguntó a Harriet qué quería tomar. Pidió ginebra.

Se quedaron en un rincón, junto a una máquina del millón. Desmond le explicó cómo funcionaba, echó una moneda en la ranura y empezó a jugar. Puso mucha atención, pero se sobreexcitó y lanzó con demasiada fuerza la última de las cinco bolas, que rebotó en los obstáculos y bajó zigzagueando sin marcar puntos.

–De todos modos, veinte mil no está mal –dijo.

Harriet anotó veinticinco mil. Desmond se concentró y la superó por dos mil pero, a continuación, ella alcanzó los treinta y cuatro mil puntos y ganó un premio de cinco cigarrillos Woodbines rancios metidos en un paquete sucio. Desmond quedó más complacido que la propia Harriet, pero intentó ponerse a su altura y manejó los botones con la delicadeza y sensibilidad de un ladrón experto ante una cerradura de combinación. Los dos contemplaron la mesa iluminada y se excitaron y exasperaron con cada giro, rebote y desvío de la brillante bola metálica.

Desmond tuvo mala suerte y volvió a perder... y continuó encadenando derrotas durante la hora larga que pasaron jugando. Descubrió que le complacía y le emocionaba ver a Harriet tan habilidosa y triunfal y se rió de sí mismo por sentir, sinceramente, que ahora la admiraba y respetaba más que antes. Mientras jugaban no habían dejado de beber tragos cortos de ginebra y, cuando llegó la hora de cierre del pub, a ninguno de los dos le importó en absoluto descubrir que era demasiado tarde para ir al *Dancodrome*.

A Harriet le gustó la firmeza con que él la conducía por las calles tomándola del codo y disfrutó de su larga caminata por Oxford Street bajo la lluvia. No hablaron mucho, pero ambos estaban contentos y se sentían cómodos el uno con el otro.

Aquella mañana, Mark y Alek habían informado al Buró en Kensington. Cuando el subdirector entró en la habitación desnuda de la planta superior de la mansión victoriana, los dos jóvenes agentes se levantaron y se pusieron firmes con ademán presuntuoso. El subdirector se acomodó, les dio permiso para sentarse y les pidió que presentaran el informe.

Alek declaró brevemente que Lightfoot no había dado explicaciones acerca del ocultamiento de su matrimonio y que su actitud había sido insatisfactoria. El subdirector, un hombre de mediana edad, mejillas gruesas y gafas redondas, repasó entonces sus papeles y dijo que era necesario entender los antecedentes del caso:

Quien había llevado a Desmond Lightfoot, de origen aristocrático, a ingresar en el aparato había sido «John», un camarada de confianza de Oxford que había actuado desde el principio bajo las instrucciones del Buró. «John» era miembro fundacional del Partido inglés y siempre había operado en secreto. Con ocasión de cierto curso especial de lengua rusa para jóvenes oficiales que la Oficina de Guerra llevó a cabo en Oxford, «John» había señalado a Lightfoot como «material prometedor», en vista de su relación con actividades ilegales del movimiento republicano irlandés. El Buró de aquella época prestó la máxima atención al asunto y «John» recibió instrucciones de ganarse la confianza de Lightfoot paulatinamente, por medio de actividades sociales y de conversaciones íntimas.

El subdirector revolvió sus papeles y hojeó el expediente, pestañeando tras los gruesos cristales de las gafas. A continuación, levantó la mirada y dijo:

—Veo que pasaron once largos meses desde el contacto inicial hasta que «John» se permitió hablar explícitamente de la revolución proletaria en sentido favorable, y otro año más antes de que informara de que Lightfoot había recibido suficiente formación política como para ingresar en el Partido. Las instrucciones del Buró fueron que «John» encontrara la manera de que el propio Lightfoot tomase la iniciativa de sugerir que se afiliaran juntos. El plan se llevó a cabo de forma competente y supongo que a día de hoy Lightfoot

todavía permanece ajeno a los largos y meticulosos preparativos que precedieron a su reclutamiento en nuestra red.

»Desde entonces y hasta la fecha –continuó el subdirector–, Lightfoot ha aportado de forma regular informes cada vez más valiosos, incluido el de la cita de ayer.

El subdirector dijo que quería subrayar el hecho de que Lightfoot no había acudido a ellos por propia iniciativa, sino a través de un plan cuidadosamente ejecutado por el Buró y llevado a cabo por «John»; éste, según él, era un factor que reducía la probabilidad de que fuese un espía o un agitador infiltrado por Scotland Yard. Naturalmente, añadió, aunque había que destacarla, aquella circunstancia no invalidaba en nada el principio básico que debía regir el trabajo de los agentes con cualquier extranjero, sobre todo con aquellos que se declaraban comunistas. Este principio, les recordó, afirmaba que debía darse por sentado en toda ocasión que cualquier extranjero era un agente enemigo, y que no tenía que juzgársele según cualquier idea burguesa que pusiera el acento en su carácter o sus aparentes convicciones políticas, sino sólo y únicamente por la calidad del trabajo que realizara.

Hizo una pausa, consultó de nuevo los documentos que tenía delante y continuó diciendo que, en el caso de Lightfoot, el material que había proporcionado a lo largo de muchos años había resultado sumamente valioso y, en comparación, la actividad de espionaje que se suponía por principio que llevaba a cabo a favor de las autoridades británicas resultaba insignificante. Lo más grave que podía hacer Lightfoot, afirmó el subdirector, era conducir a la policía al sótano de Hampstead y hacer que detuvieran a Mark y a Alek, lo cual, añadió con una risilla, sería una pobre compensación siquiera por una parte ínfima de la información que el Buró había recibido ya de él.

El subdirector carraspeó y continuó en un tono más serio y pedagógico. Era necesario, dijo, distinguir con claridad entre dos clases de miembros extranjeros del movimiento. Por un lado, estaban los que desarrollaban sus actividades dentro de los partidos políticos, el Laborista, el Liberal y otros, cuyo deber era expresar opiniones consecuentes con la línea de la Unión Soviética, pero que no divergieran de forma abierta con la política de los partidos a los que pertenecían públicamente. En el caso de la red de

inteligencia militar, la postura era distinta: estos agentes no propagaban las ideas del Partido en forma alguna; su tarea era proporcionar información.

El subdirector del Buró tomó una decisión. Alek transmitiría a Lightfoot la orden de asegurarse de que la mujer con la que se había casado no llegara a tener el menor indicio o sospecha de sus actividades, o tan siquiera de sus opiniones políticas, por moderada o disimuladamente que las expresara. En adelante, en toda ocasión que se presentara (y sobre todo ante su esposa), declararía con toda sinceridad estar de acuerdo con las posiciones conservadoras y reaccionarias que se le suponían a un oficial de la brigada de la Guardia.

Por último, el subdirector le recordó a Mark que, como representante del NKVD, no le correspondía a él hablar directamente con Lightfoot; ésta era responsabilidad de Alek, el oficial de inteligencia militar. El deber de Mark era cuidar de que no se le comunicara al inglés información alguna, por trivial o conocida que fuese, y que en sus inevitables contactos con él no se produjera absolutamente ninguna conversación innecesaria sobre tema alguno.

Los dos agentes se pusieron firmes cuando el subdirector abandonó la sala.

La noche antes de que Harriet diera la primera fiesta en casa, Desmond debería haber estado de servicio en el cuartel, pero aquella mañana había recibido la habitual postal de la National Gallery, con la dirección escrita a máquina, que significaba que tenía que presentarse en la casa de Hampstead. A la hora del desayuno estuvo irritable: sabía que le resultaría especialmente complicado librarse del compromiso que tenía en su regimiento. Antes de la guerra, acudía a presentar los informes secretos con regularidad, una vez al mes, y podía organizarse con antelación sin dificultades; en los últimos tiempos, en cambio, se encontraba con que, a veces, recibía dos o tres postales a la semana y esperaban de él que siempre estuviera accesible para el joven Alek y su huraño compañero.

Tener que inventar una historia sobre las tarjetas postales que Harriet veía en la mesa del vestíbulo al bajar a desayunar requería un gran esfuerzo. Ella le preguntó quién las mandaba y por qué nunca llevaban nada escrito por detrás.

Desmond le contó que las enviaba una tía suya, una excéntrica, cada vez que visitaba la galería.

—¿Y por qué siempre es la misma imagen? —inquirió Harriet.

—Ya te he dicho que está chiflada —gruñó Desmond.

Era la primera vez que Desmond le hablaba con rudeza y, cuando se marchó dejando el café en la mesa, ella estuvo a punto de echarse a llorar. Resultaba chocante e impropio de él mostrarse tan susceptible a causa de una pariente anciana. De repente, Harriet sintió miedo y se preguntó si la familia de Desmond, sobre la que sabía que corrían historias curiosas, sufriría algún trastorno mental, y si sus hijos podían salir imbéciles. Luego comió otra tostada con mermelada y se rió de sí misma por ponerse histérica sólo porque

su marido había estado un poco quisquilloso durante el desayuno.

Desmond llamó a la hora del almuerzo, le pidió disculpas por haberse enojado y dijo que pese a todo iría a cenar, aunque después tendría que salir de nuevo enseguida. Harriet preguntó de qué le servía ser oficial ayudante si no podía librarse nunca de sus obligaciones, y Desmond le respondió que éste, precisamente, era el quid de la cuestión: para un oficial ayudante, escaquearse resultaba más difícil y no más fácil.

—No te creo —dijo Harriet.

Desmond se echó a reír y colgó, y Harriet fue a la modista a recoger el traje para la fiesta del día siguiente. Tomó el té con su madre y a las siete, cuando Desmond llegó, ya se había cambiado y lo estaba esperando. Tomaron un cóctel junto a la chimenea de la sala y Desmond subió a bañarse y cambiarse. Cuando bajó, a Harriet le sorprendió que vistiera la misma ropa de civil que se había puesto tres noches antes y comentó que creía haber entendido que después de la cena entraba de guardia.

Desmond advirtió que había sido un idiota al no prever que Harriet se mostraría inquisitiva acerca de sus compromisos y lamentó no haber planeado sus excusas con antelación, para no tener que improvisar sobre la marcha de aquella forma tan insatisfactoria. Tendría que pensar algo que se convirtiese en coartada permanente para sus actividades relacionadas con el Partido.

Se sintió culpable y tuvo que admitir que Alek y Mark estaban en lo cierto acerca de la importancia de su decisión de casarse. Reconoció que no había previsto los inconvenientes de vivir con alguien que se creía con derecho a formular todas las preguntas que quisiera, y tampoco que, a fin de evitar suspicacias, él se vería obligado a aparentar que aceptaba el derecho de Harriet a saber todo lo que hacía. Había supuesto que siempre podría aducir como excusa sus obligaciones en el regimiento y había olvidado que Harriet consideraba que, cuando no vestía uniforme, estaba libre de servicio.

Era un problema peligroso que tendría que resolver en los cinco minutos siguientes, pensó. La dificultad residía en que sus visitas a Hampstead debían tener lugar después de la puesta de sol, y en verano, por tanto, a una hora muy tardía. Podía decir que iba al club a jugar al bridge, pero entonces Harriet se sentiría con derecho a intentar persuadirlo para que, en vez de eso, hicieran

algo los dos juntos. Tendría que pensar algo más serio, algo que a ella no le quedara otro remedio que aceptar. Inventarse alguna tarea en el regimiento tampoco era seguro, ya que Harriet conocía a muchos de los otros oficiales y a sus esposas. Incluso decir que iba a hacer extraoficialmente de secretario del general sería un error porque, como ella conocía a la mujer de su superior, tarde o temprano lo descubriría.

Se sirvió otra bebida, se tumbó en el sofá con los pies en alto y, como quien no quiere la cosa, comentó:

–Creo que iré a ver a Taplow.

–¿Quién es Taplow?

–Un mozo.

–¿Qué mozo?

–Fue mi sirviente en África.

–Y yo soy tu esposa en Bayswater. ¿Por qué no me ves a mí?

–Taplow resultó herido en una explosión. Perdió las dos piernas. Cuando voy, jugamos a las cartas –explicó Desmond.

Harriet se arrodilló en el suelo a su lado y le tomó una mano.

–Eres una persona tan dulce y cariñosa... –le dijo–. ¿Qué otras buenas acciones me estás ocultando?

Desmond se puso en pie y se acercó a la ventana y miró los árboles de la plaza, cada vez más oscura. Fue consciente de la terrible tensión de la soledad y, durante unos instantes, sopesó la posibilidad de contarle a Harriet sus verdaderos intereses y ambiciones, pero comprendió de inmediato que hacerlo constituiría una grave falta de disciplina y que su deber era adoctrinarla gradualmente e involucrarla de manera consciente en el trabajo del Partido sólo cuando estuviera seguro de que la había convencido en el plano ideológico. Pensó de nuevo que la culpa de todo era suya, por haber contraído matrimonio sin consultarlo y sin las directrices apropiadas; lamentó haber sido tan brusco con Mark y pensó en lo alerta que tendría que estar constantemente para evitar aquellas reacciones subjetivas, consecuencia de vivir en un entorno burgués. Se acercó a Harriet, que seguía arrodillada en el suelo, y la ayudó a levantarse.

–Aquí, la dulce eres tú –dijo–. Mi altruismo es de otro tipo.

Tras esto, Desmond cambió de tema y hablaron de los preparativos para la fiesta de la noche siguiente.

Después de cenar, Desmond se marchó y realizó su sinuoso recorrido habitual hasta Hampstead. Harriet lo contempló hasta perderlo de vista y pensó que se había casado con un hombre extraordinario. También se preguntó por qué ocultaba su generosidad natural bajo un aire superficial de dureza. Suspiró y decidió que debía de guardar relación con su desdichada infancia y con el hecho de que sus padres se hubiesen separado. Se sintió muy contenta porque sabía que ella era la única persona del mundo que lo comprendía y que podría caldear sus afectos gradualmente hasta derretirlo.

Se sentó ante el escritorio para poner al día su correspondencia y se le ocurrió que podía mandarle una carta a la señora Taplow. En el regimiento de Desmond existía la tradición de que las esposas de los mandos de la compañía escribiesen misivas amistosas, una vez al mes, a las esposas de los subordinados de sus maridos, y siempre había casos especiales por los que la esposa del oficial ayudante debía interesarse. Era obvio que la señora Taplow, si es que él estaba casado, era una de sus responsabilidades. Le preguntaría a Desmond acerca de ello.

Estuvo un rato escribiendo y luego escuchó la radio junto al fuego. A las once y media subió a buscar unos calcetines que zurcir, pues no quería que Desmond la encontrara dormida cuando llegase. Echó más carbón al fuego y lo atizó y empezó a pensar en la fiesta y a preocuparse por si se presentaría la mujer que habían contratado para que ayudara en la cocina. Las criadas por horas eran tan informales... Luego experimentó unos momentos de pánico al darse cuenta de que los dos patos que había comprado para asar quizá no bastaran para ocho, aunque servir tres parecería ostentoso. Tal vez, pensó, podía guardar uno de reserva en la cocina por si los invitados se quedaban con hambre. Siempre podían comerlo frío para almorzar al día siguiente. Decidió tomar un taxi a primera hora de la mañana e ir de tienda en tienda hasta encontrar otro pato, y sonrió para sí al pensar en lo mucho que su competente marido alabaría su previsión.

Poco después de medianoche llegó Desmond y se sirvió un whisky con agua. No le gustó encontrar a Harriet despierta; habría preferido que no supiera exactamente cuánto tiempo había pasado fuera. Se sentía incómodo y apuró el vaso de prisa; de inmediato se sirvió otro trago, más abundante que el anterior. Le había desconcertado el laconismo de las instrucciones de Alek respecto a que sólo expresara opiniones conservadoras, tanto en público como en privado, y estaba más decepcionado de lo que era consciente por tener que renunciar a su plan de convertir a Harriet a sus convicciones políticas y, al final, poder ser completamente sincero con ella.

–Estás sediento –comentó Harriet.

–El pescado y las patatas fritas de la señora Taplow.

–Entonces, ¿está casado?

–No creo que viva en pecado.

Harriet sonrió y preguntó:

–¿No debería escribirle una carta a la mujer?

Desmond, que ya iba por el tercer whisky, no comprendió de inmediato a qué se refería. La miró desconcertado y luego dijo con vehemencia:

–No, desde luego que no. Ya tienes demasiadas en tu lista.

–Estoy segura de que le gustaría que lo hiciese. Y, de este modo, no me sentiría tan abandonada a mi suerte cuando sales furtivamente a disfrutar de tus fascinantes noches de partidas de cartas y pescado frito con patatas.

A Desmond le alegró observar que había conseguido crear la impresión de que sus veladas con Taplow se repetirían, pero era una lástima que a Harriet le hubiese parecido que salía «furtivamente». La desarrollada intuición de Harriet representaba una ventaja y un peligro a la vez. Era algo a lo que tendría que prestar atención en el futuro. Se sirvió más whisky, pero lo dejó en la mesa cuando Harriet dijo que no quería que se durmiera demasiado pronto y empezó a engatusarlo para que subiera a acostarse. Le sorprendió y lo excitó la manera en que ella lo acariciaba y se consoló pensando que, por lo menos en el plano físico, Harriet y él eran capaces de ser absolutamente francos e íntimos.

En la cena de la noche siguiente, la conversación giró en torno a un piloto de la RAF llamado Heath, a quien habían condenado por dos asesinatos tremendamente sádicos. Siguiendo las instrucciones que había recibido del Buró de expresar opiniones conservadoras, Desmond comentó que el caso demostraba la ineficacia del método moderno de seleccionar oficiales sólo a partir de sus méritos técnicos, dejando de lado los antiguos criterios de personalidad y vínculos. Heath había desertado de la RAF pero, al cabo de unos meses, lo habían reclutado otra vez y destinado a Sudáfrica, y luego había sido reincorporado a la RAF. Desmond dijo que debería haber sido evidente para todos los que lo habían conocido que en aquel hombre había algo espurio. El caso demostraba el valor de la vieja costumbre de «situar» a una persona a quien se acaba de conocer: si uno conocía a algún pariente suyo o tenía un amigo que había ido a la escuela con él, podía conseguir referencias y las imposturas eran raras.

Robin Spraggon, un oficial subalterno que se sentaba al lado de Harriet, sorprendió a todo el mundo al decir que lo interesante para él era el hecho de que en todos ellos, incluido él mismo, había algo de Heath. Debatió animadamente con Desmond y Caroline y, al fin, el coronel Hammerton zanjó el asunto mirando con severidad a Spraggon al tiempo que le decía que quizá tuviera razón, pero que no era un asunto que tratar o considerar en una reunión social respetable.

Harriet se dio cuenta de que Robin había recibido una reprimenda y estaba tan ocupada pensando en algo útil que decir que no notó que él no estaba molesto en lo más mínimo. No se le ocurrió nada oportuno, por lo que se limitó a sonreírle de forma seductora y cambió de tema, preguntándole qué opinaba de la nave espacial de la exposición «Gran Bretaña puede hacerlo». Robin dijo que de aquel asunto sabía más el señor Lorimer (que era el fabricante de armamento a quien Desmond y Harriet habían conocido en el yate de París) y, volviéndose hacia él, le preguntó si la había visto.

Hugh Lorimer declaró que no había que tomarse en serio el artificio expuesto, pero que la idea era perfectamente factible, aunque la empresa que fuera a realizar la investigación necesaria requeriría una enorme financiación. En aquellos tiempos socialistas, sin embargo, tal apoyo gubernamental no era

imposible.

Lady Withersby, con sus dientes salidos y sus diamantes, respondió con un agudo comentario crítico sobre el socialismo y la conversación continuó girando en torno a la política en general. Desmond dijo que la idea del Partido Laborista de sacrificar los intereses presentes de la gente en favor de los de sus hipotéticos nietos era ridícula y también miope. Resultaba evidente, añadió, que cuando uno aceptaba el principio de la subordinación del presente al futuro, la conclusión lógica era que todo el mundo debía hacerse de inmediato miembro no del mezquino e intolerante Partido Socialista, sino de la Sociedad Interplanetaria.

–¿Por qué? –preguntó Harriet.

–Porque sólo disponemos de un tiempo limitado antes de que el sol estalle y reviente todos los planetas en átomos que se fisionen –dijo con una exagerada seriedad–. Cuanto antes empecemos a buscar los medios para salir de este sistema solar, mejor para nosotros.

–Totalmente correcto –dijo Lorimer.

–¿Y cuánto tiempo nos queda? –quiso saber Harriet.

–Estamos discutiendo sobre el trasfondo de la cuestión –replicó Desmond–; el tiempo en concreto es irrelevante.

–Pero ¿cuánto es? –insistió Harriet.

–Un millón de millones de años –respondió Desmond en tono frívolo.

Luego hablaron de Ernest Bevin y de los rusos. Todos convinieron en que el señor Bevin había resultado un ministro de Exteriores mejor de lo que cabía esperar. Desmond lo alabó, sobre todo, por plantar cara con tanta energía a los bolcheviques.

–Tendría que considerarse una regla –dijo– que todo lo que la Rusia soviética propone es un error.

–Tú no piensas realmente eso –intervino Harriet de repente.

Desmond se mostró molesto.

–Debemos frenar la expansión de Rusia del mismo modo que frenamos la de Hitler –declaró en tono quisquilloso.

Harriet notó que estaba irritado y no replicó, pero no le gustó su lisonjera hipocresía. Recordó las conversaciones que habían mantenido en Suiza y su

desprecio por Bevin y sus políticas y pensó lo feliz que la había hecho, en Morcote, oír a Desmond declarar que los rusos tenían muchas cosas admirables y que era del todo posible colaborar de forma pacífica con ellos. Recordó que él había deplorado que se hablara de una nueva guerra. Harriet sabía que lo había dicho de corazón y la dejó atónita la insinceridad de la conversación actual.

Cuando terminaron los postres, habían dado cuenta de tres botellas de vino del Rin y Harriet empezaba a dudar entre llevarse a las damas al salón después de la primera copa de oporto o dejar que tomaran una segunda ronda. Entonces reparó en que Hester Withersby la miraba. Sabía que había alguna norma al respecto, pero no recordaba cuál era.

Pensó que la velada estaba siendo un éxito y reconoció que a Desmond se le daba muy bien mantener viva la conversación, pero le habría gustado que no defendiera cosas con las que no estaba de acuerdo y que fuese menos severo con ella cuando expresaba opiniones que sabía que él también compartía. En dos ocasiones se había mostrado casi rudo y Harriet había visto que Hammerton arqueaba las cejas.

Cuando los hombres entraron en el salón se dividieron en grupos y, para alivio de Harriet, Desmond habló principalmente de coches y de pesca hasta que todos, menos los Lorimer, se hubieron ido. Entonces, ofreció un whisky al fabricante de armas y a su señora y volvió a encaminar la conversación hacia la política. Harriet fue a despedir a Spraggon y, al regresar a la sala, oyó que Desmond afirmaba que cualquier propuesta de que Italia cediera Trieste, aunque fuera a una administración internacional, le parecía una vergüenza.

De repente, se sintió muy enojada. Teniendo en cuenta la firmeza con la que había mantenido la opinión contraria en el tren, camino de Lugano, era despreciable por su parte que ahora falseara sus ideas meramente para complacer a alguien como Hugh Lorimer, a quien apenas conocía.

Cuando se quedaron solos, Harriet le dijo lo que pensaba.

–Creía que la política no te interesaba –respondió Desmond–. ¿Por qué de repente estás tan alterada?

–No lo estoy, pero ¿cómo quieres que ame a un marido falso que dice lo primero que le pasa por la cabeza sólo para enjabonar a la gente?

–Lo que he dicho esta noche es lo que pienso –respondió Desmond en un tono desabrido y obediente.

–¿Y antes no decías lo que pensabas?

–Uno puede cambiar de opinión.

–¿Y no lo has hecho para congraciarte con los invitados?

–No tengo ninguna necesidad de hacerlo –replicó él con altivez.

Harriet sabía que esto era cierto y casi la convenció. Sin embargo, se sentía más decepcionada aún que antes. Una de las cosas que más le habían gustado de Desmond eran los comentarios poco convencionales que hacía. Recordaba que le costaba estar de acuerdo con ellos, pero le agradaba que él no respondiera al modelo del militar corriente en tiempos de paz. Ahora, sin embargo, después de la relajada atmósfera de las vacaciones suizas, parecía haber recaído en la más triste actitud conservadora y profesional.

Contempló con amargura la acuarela de encima de la repisa de la chimenea, que antes había estado en la casa de Mount Street. Se trataba de un delicado desnudo rosa, una figura de pie en unas aguas brumosas que le llegaban hasta los tobillos y que sostenía en la mano una manzana verde de aspecto traicionero. Harriet frunció el ceño y pensó con desespero en lo testarudo que se mostraba Desmond con sus atroces gustos pictóricos. Se dio cuenta de que no había progresado en su intención de educarlo. Al contrario, había sido él quien la había aleccionado pacientemente sobre la materia, más preocupado de convencerla de que estaba equivocada que de escuchar lo que ella tenía que decir. Pero quizá, pensó esperanzada, la pintura podía ser otra de las cosas en que cambiara de opinión. Miró el cuadro y dijo:

–Sigue siendo tan gazmoño como siempre.

–Tienes que reconocer que el acabado es magnífico –replicó Desmond con firmeza.

Harriet captó cierta hostilidad en la respuesta y propuso, por primera vez desde que se habían casado, que aquella noche él durmiera en su vestidor. Estaba cansada y no le apetecía quedarse despierta mientras él se terminaba el whisky, explicó.

Después de que Harriet subiera a la habitación, Desmond se sentó junto al fuego y revisó sus planes. Se alegraba de haberse quedado solo y estaba

resentido por las miradas críticas que ella le había lanzado durante toda la velada, cada vez que hacía un comentario antisoviético chistoso. Le iba a resultar más difícil de lo esperado convencerla de aquella nueva línea de actuación. Hasta entonces, había supuesto que ella no tenía opiniones al respecto y que no le importaría que dijese una cosa u otra. Ahora le había quedado claro que tenía que andarse con más cuidado. Por un instante, casi lamentó haber contraído matrimonio con ella. Ciertamente, complicaba las cosas. De nuevo se dijo que habría sido mejor consultar con el Partido antes de poner en peligro todo el futuro de su importante misión. Apuró dos o tres tragos de whisky más y subió a acostarse en la cama de su vestidor.

Harriet durmió mal y se despertó a las siete de la mañana, incapaz de conciliar otra vez el sueño. Tenía jaqueca y se levantó y fue al baño a buscar un frasco de aspirinas. Entonces recordó que las tenía en el bolso, que había dejado en la sala al subir a dormir. Se puso una bata y bajó a buscarlo. Vio la correspondencia de la mañana en el felpudo de la puerta. Tres cartas eran para ella y, entre el resto del correo, vio una de las postales de la tía chiflada de Desmond. Encontró el bolso y decidió preparar una tetera. Para Broadstone, sería un regalo bajar y encontrar el té ya hecho y, además, podría subirle a Desmond su habitual primera taza del día.

Mientras se sentaba en la estrecha cama del vestidor y ambos hablaban de la película que irían a ver aquella noche, Harriet se sintió mejor. Después de tomar el té, Desmond conversó animadamente y, de manera relajada, le pidió disculpas por haber sido descortés con ella.

Harriet se vistió despacio y bajó a desayunar unos minutos después que Desmond. Al pasar, se fijó en las cartas que había en la mesa del vestíbulo y, cuando ya iba a entrar en el comedor, advirtió que la postal que había visto antes ya no estaba. Volvió atrás y examinó la correspondencia. El resto de las cartas de Desmond seguía allí, pero la postal de su tía había desaparecido. Le resultó extraño, porque Desmond era muy estricto y no tocaba nunca sus cartas ni les prestaba la menor atención hasta que se las metía en el bolsillo de la chaqueta antes de salir de casa por la mañana.

A Harriet le parecía una costumbre muy aburrida porque les impedía hablar durante el desayuno de cómo les iba a sus corresponsales respectivos,

pero Desmond le había explicado que por la mañana le gustaba concentrarse en la prensa y que prefería asegurarse de que contestaba todas las cartas guardándolas juntas y respondiéndolas de una manera organizada en la oficina del regimiento.

Antes de salir, Desmond dijo que había olvidado que había prometido a Taplow que iría a verlo aquella noche. Cuando le aseguró a Harriet que tenía la noche libre para ir al cine, todavía estaba medio dormido, añadió.

Harriet pasó casi toda la mañana haciendo cola para comprar pescado en una cara tienda de comestibles de Piccadilly. Se sentía preocupada de nuevo y, si no hubiese sido por temor a perder el turno, habría ido a telefonar a Robin Spraggon para anular la cita que tenían para almorzar a mediodía. Cuando hubo terminado la compra, le pareció que era demasiado tarde y empezó a pensar que tal vez le convendría hablar de Desmond con alguien.

El incidente de la tarjeta postal la había inquietado. Cuando la había visto por la mañana, había experimentado la irracional sensación de que era un mal presagio relacionado con Taplow. Tan pronto como le vino el nombre a la cabeza, se preguntó si no habría algún nexo real entre Taplow y las postales. Recordó que, por lo general, tan pronto como había tomado el primer té matutino, Desmond siempre estaba completamente despierto y se mostraba hablador, y aquella mañana se había comportado como siempre. Y había sido después de ver y esconder la postal cuando mencionó a Taplow. Era poco propio de él avergonzarse de sus parientes excéntricos; al contrario, recordaba que se sentía inclinado a alardear de ellos, pero ¿por qué había retirado la postal si no era para que ella no la viese?

Decidió que no podía ir en autobús con el pesado cesto de la compra y, a la puerta de la tienda, tomó un tentador taxi. Le dijo que la esperase mientras se cambiaba y se ponía un sombrero más adecuado para el almuerzo.

Cuando llegó al restaurante próximo a Sloane Square en el que habían convenido almorzar porque a Robin le quedaba cerca, descubrió que él todavía no estaba allí y se había olvidado de reservar mesa. Aquello la incomodó. Cohibida, tuvo que esperar de pie unos minutos hasta que Robin llegó sonriente, dijo que se había retrasado y que a ella le estaba bien merecido por ser una mujer casada que se citaba con jóvenes.

Encontraron una mesa y hablaron tranquilamente de los planes de Robin para el futuro. Él explicó que su padre le había dejado tres granjas, de las que ahora se ocupaban unos administradores, y que había pensado en ir a vivir a una de ellas y dirigir las desde allí de una manera relajada, visitando Londres cada vez que le apeteciera. Añadió, anhelante, que necesitaría una esposa y preguntó a Harriet si conocía a alguien que le conviniese. Tenía que ser, por supuesto, alguien de una valía parecida a la de ella. Harriet le sugirió cinco nombres, pero no mencionó a Caroline, a la que había visto charlar animadamente con él la noche anterior. Robin dijo que cuatro de las que le proponía eran chicas dignas pero poco atractivas y que en la quinta se combinaban la estupidez y la socarronería de una manera extraordinaria.

Mientras tomaban el café, Harriet le preguntó si Robin había conocido a Desmond en África.

—No socialmente, podríamos decir. Yo era sargento.

—¿Y a su sirviente? ¿Lo conocía socialmente?

—Por supuesto. En teoría, estaba en mi batallón.

—¿Estuvo siempre con Desmond?

—Sí. El índice de bajas en esa profesión no es muy alto.

—¿Y se llevaban bien?

—Supongo.

—Debían de ser grandes amigos.

—No nos pongamos sentimentales. Husskinson era un buen criado, pero absolutamente idiota.

—¿El sirviente de Desmond en África era Husskinson?

—Sí. ¿Por qué le interesa tanto?

—¿Quién es Taplow?

—Es la primera vez que lo oigo nombrar.

—¿Ha conocido a todos los sirvientes de Desmond?

—Husskinson fue su sirviente durante toda la guerra.

Harriet sintió que sus preguntas suponían una deslealtad hacia su marido, pero en toda aquella historia parecía haber algo curioso. Era mezquino por su parte mostrarse tan inquisitiva a espaldas de su esposo, pensó, y decidió que aquella noche, no bien cruzara la puerta, se lo preguntaría. Después de

almorzar, Robin le propuso que visitaran una exposición, pero ella estaba tan preocupada que se excusó alegando tareas domésticas. Tenía que llevar ropa a la tintorería, dijo.

Volvió a casa en autobús, cambiando de línea en Marble Arch. Al entrar en el vestíbulo se fijó en la sucia gabardina de Desmond y decidió ponerla con la ropa que había que limpiar. Cuando inspeccionó los bolsillos, encontró las gafas de montura de concha y la vieja gorra de tela. Sin pensarlo, se puso las gafas y le intrigó descubrir que las lentes no estaban graduadas. Intentó imaginar qué razón tendría alguien para llevarlas, dado que era obvio que no corregían en absoluto la miopía. Siguió dándole vueltas al asunto mientras preparaba el paquete para la tintorería y llegó a la conclusión de que esos objetos debían de pertenecer a alguien que se dedicaba al teatro de aficionados.

Tomó un taxi para llevar las prendas a la tintorería y le dijeron que no las tendrían hasta al cabo de dos meses. Tal como estaban, pensó, no podían usarse, por lo que decidió dejarlas. Volvió a casa sin prisa, a fin de ocupar el rato que faltaba hasta que Desmond regresara.

Cuando él llegó, poco antes de las seis, Harriet se estaba dando un baño. Entró en la estancia y, sin besarla, le preguntó con brusquedad dónde estaba su gabardina. Ella se encontraba tumbada en el agua, con aire seductor, y explicó lo que había hecho, al tiempo que se quejaba de los dos meses que tardarían en dársela limpia.

Con los labios cerrados y casi con un bufido, Desmond le dijo que llamara a la tintorería de inmediato para que le trajeran la gabardina y la gorra antes de la cena.

Harriet perdió los estribos y le lanzó a la cara una enorme esponja empapada y se puso en pie y le salpicó el uniforme con agua jabonosa. Desmond se acercó y, con los músculos tensos, la agarró por la cintura y la sacó de la bañera. Le retorció el brazo izquierdo detrás de la espalda con mucha calma y lo levantó, aumentando la presión sobre él dolorosamente hasta que Harriet gritó tan fuerte que él temió que Broadstone lo oyera. Relajó un

poco la presión y apretó de nuevo, despacio, mientras le decía en voz baja que más adelante comprendería por qué, a partir de aquel momento, le prohibía entrometerse sin permiso en sus asuntos.

–¿Lo has comprendido? –le preguntó mientras le hacía daño de veras.

–¡Suéltame, canalla! –exclamó ella.

Él le retorció de nuevo el brazo y repitió:

–¿Lo has comprendido?

Harriet no respondió y él retorció de nuevo.

–Sí, de acuerdo –asintió, desesperada.

Desmond la soltó y se estaba secando el uniforme con una toalla cuando ella le pegó en la cara con el revés plano de un cepillo para el pelo. Le empezó a sangrar la nariz y se la tapó con la toalla jabonosa. Se miraron el uno al otro unos segundos y, entonces, Harriet dijo:

–No quería hacer que te sangrara la nariz. Será mejor que te tumbes boca arriba.

Desmond le dio una palmada fuerte en las nalgas y fue al dormitorio a tumbarse en la cama.

Durante la cena, los dos fingieron que no había sucedido nada. Harriet se alegró de que Broadstone estuviera presente, pues ello evitaba que pudieran referirse a la escena del baño. Desmond le preguntó si se lo había pasado bien almorzando con Spraggon y ella le contó los planes que tenía Robin para sus granjas. Y mientras se concentraba en limpiar las espinas del pescado, preguntó, como quien no quiere la cosa:

–¿Cuánto tiempo hace que conoces a Taplow?

–Años.

–Debió de ser un alivio tener un sirviente que te gustara.

–Pues sí, lo fue.

–¿Y a quién tuviste como sirviente en Italia, después de que Taplow resultase herido?

–A un tipo llamado Husskinson.

Desmond cambió de tema con torpeza y Harriet decidió que iba a averiguar qué se escondía detrás de aquel misterio. Se sentía desdichada porque se había dado cuenta de que preguntar directamente no servía de nada:

él se saldría por la tangente o mentiría.

Durante las tres semanas siguientes, Harriet observó detenidamente a Desmond, pero no descubrió nada. Preguntó por Taplow entre sus amigos del regimiento y ninguno había oído hablar de él. Intentó averiguar dónde vivía pero Desmond respondió con evasivas y, cuando ella insistió, se mostró terco y molesto; Harriet se sentía cada vez más inquieta y empezó a pensar que toda su felicidad podía depender de que llegara a descubrir quién era Taplow.

Dos o tres veces registró los bolsillos de Desmond, su escritorio y la cómoda, sin encontrar pista alguna que apuntase a la solución del enigma. Lo único fuera de lo normal fue la nueva costumbre de su marido de esconder por la noche su maletín cerrado con llave encima del armario del vestidor. La explicación que le dio –que tenía miedo de los ladrones– parecía razonable, y Harriet no habría prestado más atención al asunto de no haber observado que, casualmente, si bien por lo general Desmond solía dejar el maletín en el cuartel, siempre lo llevaba a casa los días en que iba a ver a Taplow. Así pues, decidió averiguar qué guardaba allí.

Harriet vio su oportunidad una noche en que salieron a cenar con dos oficiales del regimiento y sus respectivas esposas. Desmond había llegado con el maletín a media tarde y habían salido poco después de las seis, para tomar un cóctel antes de cenar. La velada había sido excepcionalmente alegre y llegaron a casa bastante bebidos. En el salón, Harriet sacó un decantador lleno de whisky y dijo que quería tomar una última copa. Le preparó a Desmond un buen trago y luego fue un momento al baño, llevándose su copa... que tiró por el retrete. Volvió y animó a Desmond a tomar otra ronda y, cuando se quedó dormido un momento, vertió su whisky en el de él. Y mientras su marido apuraba su cuarta copa seguida a palo seco, ella desapareció en la cocina y se

preparó una jarra de café.

Se dirigieron al dormitorio tambaleándose y Desmond cayó dormido de inmediato, entre sonoros ronquidos.

Cuando estuvo segura de que no despertaría, Harriet se levantó de la cama, entró en el vestidor y cerró la puerta. Sacó el llavero del bolsillo de Desmond, se encaramó a una silla y bajó el maletín. Lo abrió y lo encontró vacío, salvo por tres cuartillas escritas con la caligrafía de su marido.

Se sentó bajo la luz y leyó:

En referencia a la instrucción del Buró NCK/193010/S/A, debo informar de lo siguiente: en primer lugar, el retraso en proporcionar el relato detallado del reciente plan de coordinación angloamericano se debe a la enfermedad del oficial general al que soy útil en ocasiones como secretario privado extraoficial. Se comprenderá que sólo tengo acceso a los documentos más confidenciales de este oficial gracias a mi íntima amistad personal con él y a que ve con buenos ojos mi ambición y mi entusiasmo como soldado. No podría cometer un error más peligroso que parecer impaciente en exceso por ver unos documentos reservados estrictamente a miembros del Estado Mayor imperial; sólo mientras dé la impresión de que mi único interés en ellos es académico, como estudiante de la ciencia militar, podré seguir gozando de la absoluta confianza de dicho oficial respecto a mi integridad y discreción. Entiendo la importancia vital e inmediata para la seguridad soviética de conocer los detalles de la estrategia general angloamericana sin demoras y les aseguro que estoy procediendo en este asunto con toda la urgencia que permite la cautela.

En segundo lugar, con referencia a las directrices del Buró respecto a mi matrimonio, debo informar de que ahora sólo expreso, tanto en público como en privado, los puntos de vista más conservadores y reaccionarios, y que la persona en cuestión permanece completamente ajena a mi trabajo para el aparato y a mi adhesión a la causa de la Unión Soviética y del Partido. Además, he adoptado medidas para asegurarme de que se mantiene en la ignorancia y, dada su juventud y su desconocimiento político, es imposible que albergue la menor sospecha. Así las cosas, es probable que el matrimonio sirva como salvaguardia añadida para nuestro trabajo, aunque la mujer a la que nos referimos pertenezca a una familia conocida y sea, en presencia y modales, un ejemplo completamente típico de la esposa de un oficial de la brigada de la Guardia. Reconozco y admito, no obstante, la grave indisciplina de la que soy culpable por no haber consultado con el Buró antes de comprometerme en matrimonio.

En tercer lugar, sugiero que los contactos conmigo se realicen en el futuro con más regularidad y menor frecuencia y que se convoquen con mayor antelación. Sin estas condiciones, la eficacia de mi trabajo se reduce.

Finalmente, sugiero que debería ponerse fin al método de comunicación mediante tarjetas postales en blanco. Una excentricidad de este cariz podría despertar curiosidad en la oficina de Correos.

El informe terminaba con la firma de Desmond.

Harriet permaneció sentada en la estrecha cama, inmóvil, durante diez

minutos. No pensaba coherentemente porque estaba demasiado asustada, tensa y desesperada. Al principio, intentó sin esperanza inventar alguna explicación para lo que acababa de leer que dejara en buen lugar a Desmond, pero su imaginación estaba paralizada y no se le ocurrió absolutamente nada.

Despacio, bajó a la cocina y preparó un té. Se sentó y, tiritando, relejó el horrible informe. El té caliente la reavivó, pero no era capaz de pensar. Subió de nuevo al dormitorio, se vistió a oscuras y decidió salir a pasear por Kensington Gardens. La luna estaba alta, pero las sombras de los árboles eran negras y aterradoras; cuando llevaba cinco minutos caminando, recordó las noticias de asesinatos que aparecían constantemente en los periódicos matutinos y, espantada, regresó a toda prisa a Sussex Square. Un policía la llamó a gritos, pero Harriet continuó su camino sin volverse.

Se desvistió, se acostó al lado de Desmond y lo empujó con suavidad para que cambiara de postura y dejara de roncar. No pegó ojo hasta la madrugada porque él seguía volviéndose boca arriba continuamente y, medio dormida, ella tenía que moverlo una y otra vez para que no hiciera tanto ruido. A las siete y media, cuando Broadstone los llamó, los dos dormían.

Tan pronto como despertó, Harriet se levantó, fue a buscar el informe al tocador y observó a Desmond mientras éste tomaba su té.

–Puedes beberte el mío también –dijo.

–El té por la mañana es el placer más maravilloso –comentó él.

Apuró la segunda taza y, entonces, Harriet se puso a hablar a toda prisa, casi comiéndose las palabras:

–Explícame qué es esto que he encontrado en tu maletín. No creo que Taplow exista, ni tampoco esa tía chiflada.

Arrojó los papeles sobre la cama y observó cómo él abría los ojos como platos y apretaba los labios en una mueca. Desmond reconoció el informe y miró a Harriet directamente a los ojos para ver si había entendido lo que decía. Enseguida se dio cuenta de que sí y comprendió que tendría que improvisar, en cuestión de segundos, alguna explicación que resultara absolutamente concluyente y convincente. Sería fatal que a ella le quedara la más mínima duda o sospecha.

Todo aquello por lo que vivía dependería, reflexionó, de las palabras que

empleara durante el siguiente minuto. Tendría que ponerse en manos de la inspiración, porque no disponía de tiempo para preparar nada: cada segundo de silencio suponía un error, pero le dolía la cabeza y todavía estaba ligeramente mareado del whisky. Perdió el tiempo jurándose que no volvería a beber una gota y empezó a sentir que ya era demasiado tarde. Entonces, de pronto, se le ocurrió que, si lo reconocía todo sin reservas, quizá podría convencerla de la necesidad y honorabilidad de lo que estaba haciendo: se sintió casi alborozado al pensar en lo magnífico que sería si pudieran trabajar juntos; así, ya no tendría que estar siempre tan terriblemente solo y aislado. La miró de nuevo y se convenció de que no le iba a valer ninguna excusa; así pues, sonrió con naturalidad y murmuró:

–Menuda fisgona estás hecha...

–Quiero saber qué son esos papeles.

Desmond alzó la mano para pedirle silencio.

–Ven y siéntate. Esto es importante –dijo.

–Desde luego que lo es –replicó Harriet en tono hostil.

Él se levantó, se acercó a ella y, como si se dirigiera a una niña, hablando despacio y con firmeza, le dijo:

–Voy a hablarte seriamente. Quiero que escuches y prestes mucha atención, porque todo nuestro matrimonio y nuestro mutuo amor dependen de que entiendas lo que voy a decirte. –Con voz pausada y con absoluta sinceridad, continuó–: Debes comprender, querida Harriet, que en el mundo se da un hecho fundamental de la máxima importancia: que la gente como nosotros tiene mucho dinero porque millones de otras personas son pobres y viven explotadas y enfermas. No es cierto que, como nos gusta creer, simplemente nos sonría la suerte. La verdad es que la abrumadora mayoría de los seres humanos del mundo vive al borde de la inanición porque una exigua minoría vive en el lujo. Yo considero que esta situación es injusta y creo que debo hacer algo por corregirla. Y como nadie puede hacer nada eficaz por sí solo, lo lógico es unirse a los que piensan como él. Y esto significa participar de forma activa en el movimiento mundial que inspira y lidera la Unión Soviética.

–Yo no sé nada de política –respondió Harriet–. Lo que sé es que mi marido es un espía y un traidor.

–Eso no son más que palabras desagradables –señaló Desmond con voz paciente–. Sería igual de cierto decir que soy un seguidor fiel del mayor experimento social de la historia de la humanidad.

–Si rechazas vivir en el lujo, como tú lo llamas, ¿por qué no te desprendes de todo tu dinero?

Desmond soltó un leve suspiro y casi temió que ella le propusiese que sobreviviera en la miseria o le sugiriese que, si tanto le gustaba Rusia, se marchara a vivir allí. Con un asomo de condescendencia en la voz, explicó que a él le correspondía ser lo más útil posible al movimiento y que, naturalmente, tenía el deber de vivir de un modo adecuado para la labor que realizaba.

–Estoy segura de que eres muy útil –respondió Harriet con acritud.

Desmond la tomó de la mano y le rodeó los hombros con el brazo, mientras le decía:

–Querida Harriet, sin duda entiendes que se trata de una cuestión de convicciones políticas. Si tengo razón, y estoy seguro de que así es, todo lo que estoy haciendo es perfectamente razonable.

–Detesto tus evasivas.

–Desde luego, no espero que cambies de postura política de repente, entre el momento de despertar y el desayuno, pero sin duda podrás entender que hago lo que creo que es mi deber para con el futuro de la humanidad.

–¡Pero si yo no tengo postura política! –protestó ella.

Desmond le explicó que, en realidad, sí tenía un concepto general, de carácter reaccionario, que le había sido inculcado inconscientemente a lo largo de su vida.

–No sé qué hacer –dijo ella, abatida.

–No tienes que hacer nada, puesto que no sabes lo que está en juego.

–Sí, «las mujeres son analfabetas políticas», creo que dijiste.

–Pongámonos de acuerdo –continuó Desmond en tono afectuoso– en no hacer nada de forma precipitada y en resolver este asunto los dos juntos desde el principio. No espero convencerte en apenas una conversación, pero dedicaremos las tardes a tratar estos temas y avanzaremos paso a paso.

–Qué perspectiva tan horrible –comentó ella.

–Eres mi esposa –dijo él, muy serio– y quiero, necesito, que creas en mí y que me prometas que nunca comentarás una sola palabra de esto con nadie.

Harriet empezó a vestirse sin responder.

Desmond le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos.

–Prométemelo –le pidió. Ella rehusó el contacto y continuó callada–. Harriet, esto es sumamente serio; debes prometérmelo.

–Retuérceme el brazo, anda –replicó ella por fin–. Entonces, seguro que lo hago.

Desmond percibió su hostilidad, pero también notó una cierta inseguridad y decidió que, en conjunto, lo máximo a que podía aspirar en unas circunstancias tan improvisadas era a plantar en su mente la semilla de la duda. Lo había logrado y consideró oportuno dejar que ella tomara las riendas de la situación antes de volver al ataque. Harriet era inteligente y no carecía de cierto altruismo primario. Y él estaba seguro de su propia capacidad de convicción, si disponía del tiempo necesario; debía lograr, se dijo, estabilizar satisfactoriamente la situación antes de que se produjera algún perjuicio real.

Desde luego, era una suerte que Harriet hubiera realizado su descubrimiento antes de que él consiguiera adoctrinarla en el conservadurismo más cerril y se rió de sí mismo al recordar que apenas el día antes la había convencido para que presentara la solicitud de ingreso en el club Carlton para Damas<sup>[3]</sup>. La situación planteaba una interesante dialéctica pues, aunque entrañaba grandes peligros, también mostraba la otra cara de la moneda: cabía la posibilidad de que Harriet se convirtiera en una aliada muy valiosa.

De todos modos, pensó súbitamente, de momento quedaba por solucionar una cuestión muy delicada.

–Sería un error involucrar a tu madre en todo esto, ¿entiendes? –dijo.

–No tengo la menor intención de hacerlo –respondió ella.

Harriet se quedó asombrada cuando vio que Desmond, después de desayunar, se marchaba con aire confiado y casi pagado de sí mismo. Antes de salir, la besó como de costumbre.

–No te preocupes, ya verás cómo, al final, todo se arreglará –le dijo afectuosamente, como si tuvieran problemas con el servicio y se hubieran quedado sin criada.

Ella lo vio pasar frente a la ventana en el coche y esperó cinco minutos; entonces, llamó a Caroline y le dijo que acudiera a su casa cuanto antes porque quería contarle una cosa muy importante.

Caroline llegó hacia las once y tomaron un café en el salón. Harriet dijo que tenía algo que explicarle, pero antes debía prometerle por lo más sagrado que nunca revelaría una palabra del asunto absolutamente a nadie.

Caroline observó que su prima estaba agitada como no la había visto nunca y respondió con voz tranquilizadora:

–Pues claro que te lo prometo, querida.

–Se trata de algo tremendamente serio –insistió Harriet–. Tienes que jurarme que mantendrás tu promesa.

–Sí, desde luego –asintió su prima con un asomo de impaciencia.

Harriet estaba al borde de las lágrimas.

–Tengo una preocupación espantosa y no puedo hablarte de ella a menos que estés segura de que, sea lo que sea, nunca dirás una palabra al respecto.

–Te prometo que mantendré mi promesa.

–¿Aunque estés segura de que deberías romperla?

–Harriet, ¿a qué viene todo esto?

–No puedo decírtelo a menos que pueda fiarme de ti.

Caroline comprendió que Harriet necesitaba de su comprensión y le dio su palabra de honor de que, fuera lo que fuese, no lo diría nunca a nadie.

Cuando Harriet le contó lo que había sucedido, Caroline aseguró que no daba crédito a lo que oía y que, seguramente, su prima había malinterpretado el informe.

–Lo terrible es que él no sólo lo reconoce, sino que además lo justifica con odiosas pretensiones de superioridad moral. Creo que piensa incluso que puede convencerme para que lo entienda.

Caroline preguntó dónde estaba el informe y Harriet subió a ver si lo encontraba, pero Desmond había vuelto a guardarlo.

–Deberías haberlo escondido –dijo Caroline.

Cuando Harriet hubo convencido a su prima de que no cabía duda de que Desmond era un espía, Caroline dijo que tenía que reflexionar. Deambuló por la sala y luego llamó por teléfono para anular la visita al peluquero. Abrió el

*New Yorker*, ojeó varios chistes con una sonrisa y luego salió a Bayswater Road a comprar cigarrillos. Harriet fue a la cocina a hablar de la cena con Broadstone.

Caroline regresó y dijo que era evidente que debían acudir directamente a la policía.

–Pero eres su esposa y no puedes delatarlo –añadió.

–Ya sé que no –dijo Harriet–. Y sería terriblemente rastrero por nuestra parte contárselo a alguien más que sí pudiera delatarlo. Además, es mi marido y no quiero que vaya a prisión.

–Desmond debe darnos su palabra de que no volverá a implicarse en esos asuntos.

Estuvieron de acuerdo en que las actividades de Desmond debían cesar, pero ninguna de las dos podía denunciarlo. Tras esto, permanecieron calladas unos minutos, hasta que Caroline preguntó:

–Pero ¿cómo debió de empezar?

–Quizá tuvo que ver con su padre.

–¿Por qué lo dices?

–También era militar. General. Desmond lo detestaba.

–Muchos hijos detestan a sus padres y no se convierten en espías.

–Él adoraba a su madre –continuó Harriet con cierto despecho.

–Sí, la recuerdo. Participó en las algaradas del Abbey Theatre<sup>[4]</sup> y todo eso.

–Seguro que nadie la tomaba en serio...

–No. Es posible que Desmond sí lo hiciera –replicó Caroline secamente.

–Bien, supongo que tienes razón –reconoció Harriet.

–Puede que se pusiera en contra de los ingleses porque estaba en el bando de su madre –sugirió Caroline–. Sí, creo que fue eso. Algo tuvo que impulsarlo...

–Parece ridículo. No puedo creer que la realidad responda hasta esos extremos a lo que cabría esperar según la psicología.

–Que sea evidente no demuestra que sea falso.

Harriet sintió que aquello la superaba y se limitó a insistir en que, se debiera a lo que se debiese, lo cierto era que no había ninguna duda de la

traición de Desmond. Caroline tenía una cita para almorzar y se dispuso a marcharse. Dijo que volvería a la mañana siguiente para saber qué había dicho Desmond.

Cuando su prima se hubo marchado, Harriet se sintió sola y desdichada. Se dio cuenta de que se había pasado la mañana hablando de su marido sin el menor sentimiento de lealtad hacia él, que había comentado cosas de Desmond sin afecto y que se había referido a él con frialdad y aspereza, y se echó a llorar al tomar conciencia de que nunca más volvería a adorarlo y a confiar en él como había hecho hasta entonces. Se sentía tan desdichada como si él acabara de decirle que ya no estaba enamorado de ella. Lloraba cuando se anunció el almuerzo y lloró desconsoladamente cuando Broadstone le pasó el brazo por los hombros y le dijo:

–Vamos, vamos, querida, no se aflija: hay pollo para almorzar y se le quedará frío.

No fue capaz de comer y, después de haber picoteado una punta de Camembert tierno y de tomar un café, salió de casa para ir al cine. Hizo cola bajo la lluvia durante diez minutos y por fin pudo ver el inexplicable final de la película principal. El noticiero que siguió no le sirvió de consuelo, pues mostraba un rígido desfile de tropas soviéticas en la plaza Roja, con un Stalin de aire condescendiente, poderoso y cargado de medallas y borlas, plantado firmemente ante la tumba de Lenin. Desfilaban unidades mecanizadas, con tanques y artillería, y tropas de infantería, que avanzaban marcando el paso de la oca con amenazadores movimientos tan mecánicos como los de aquéllas. Sus bayonetas caladas, observó Harriet, apuntaban a la audiencia. Siguieron a estas imágenes unas escenas de París en las que aparecían los desesperanzados delegados durante los últimos días, inútiles ya, de la agonizante Conferencia de Paz. El rostro orondo de Molotov, decidió, tenía la expresión profesionalmente pía de un enterrador metodista achacoso. Su imagen la puso furiosa y le costó contenerse y no quedar en ridículo soltando un abucheo. Una parte de los espectadores aplaudió.

A la salida del cine, cogió un taxi y fue a tomar el té con su madre. Hablaron de cupones de descuento para la comida, las compras y la ropa, así como de sus conocidas, y por último, Harriet volvió a casa para darse un baño

antes de que Desmond regresara.

Empezaron a discutir tan pronto como él entró en el dormitorio. Harriet le habló en tono desdeñoso y Desmond, con contención y afecto.

—¿De verdad esperas que pase toda mi vida con un espía? —preguntó ella.

—Claro que no —respondió él—. En Francia las cosas progresan muy rápidamente y nuestra gente puede alcanzar el poder aquí también en el plazo de pocos años. Gran Bretaña no puede existir salvo como parte integrante de Europa y, con una Francia comunista, la consecuencia inevitable será una Gran Bretaña soviética.

—¿Quieres unirte al bando ruso?

—Me limito a decir —continuó Desmond sin alterarse— que la historia está de nuestra parte y que nuestra victoria es inevitable. No veo ningún mérito en ser un mártir de una causa perdida, sobre todo si no creo en ella. Y no veo por qué nuestro éxito final, en sí mismo, debe considerarse algo de lo que avergonzarse.

—Desmond, estoy harta de discutir —dijo Harriet—. Sólo estoy segura de una cosa y es que, si no me das tu palabra de que abandonarás por completo esas actividades, le contaré a todo el mundo lo que estás haciendo. Lo digo completamente en serio.

Harriet hablaba con tal convicción que Desmond se asustó de verdad y decidió abandonar de momento la idea de convertirla a su causa para centrar sus esfuerzos en asegurarse de que, por lo menos, mantuviera la boca cerrada. Tendría que moderarse un poco, pensó.

—Querida mía —respondió—, comprendo que es difícil para ti aceptar tan de repente unas opiniones políticas que a mí me costó años de lectura y experiencia asimilar, y me corresponde a mí mostrarme más colaborador.

—¿Vas a renunciar o no? —le interrumpió ella.

—Desde luego, me comprometo a no hacer nada de momento... hasta que hayamos tenido tiempo de resolver el asunto.

—¿Dejarás de hacerlo por completo?

—Por ahora, desde luego. Pero debes tener paciencia conmigo porque cambiar de golpe todas mis ideas me resulta tan difícil como a ti.

—Oh, Desmond —murmuró ella, desesperanzada—, la tendré, siempre que no

prosigas con eso.

Era tarde y debían darse prisa para llegar a un importante baile de caridad en el *Dorchester* al que Desmond tenía el deber semioficial de acudir, debido a la asistencia de miembros de la realeza. Los habrían invitado de todos modos, pero aquella tarde se entendía que la presencia de Desmond era especialmente apropiada a fin de asegurar que la conducta de los cuatro subalternos de su regimiento seleccionados para bailar con la anfitriona fuese impecable. Harriet llevaba una orquídea en el pelo, las perlas de su madre y un vestido largo nuevo, y el uniforme de media gala de Desmond, cuyos pantalones estrechos resaltaban los músculos de sus muslos y pantorrillas, le sentaba a la perfección y destacaba el atractivo de su rostro, la esbeltez de su figura y la severidad de su porte militar.

Mientras bailaba con Harriet, disfrutando de su cuerpo dócil y flexible, Desmond pensó en lo estimulante que resultaba su vida. Sonrió a la chica que bailaba con soltura con el joven anfitrión de la velada e imaginó, con una intensa sensación de poder y de placer, lo indeciblemente espantosa que resultaría la situación para todos los presentes si se descubría su secreto.

Se vio reflejado con Harriet en un enorme espejo y notó lo bien que parecían encajar en aquel ambiente. Encantado de su sentimiento de superioridad, se dijo que aquellos momentos de euforia ayudaban mucho a compensar las inevitables zozobras de su azarosa profesión.

Y su posición era, en efecto, peligrosa, continuó diciéndose. De momento, no era probable que Harriet acudiera a la policía, pero más pronto que tarde tendría que convencerla de que aceptara sus actividades. Entretanto, también existía la posibilidad de que, debido a su falta de experiencia en asuntos conspirativos, ella pudiera traicionarlo sin proponérselo. Tendría que trabajar deprisa y con la máxima astucia. Para empezar, era necesario que abandonara el alcohol por completo y, desde luego, debería establecer un nuevo procedimiento con Alek y Mark para asegurarse de que Harriet se mantenía ignorante de sus encuentros hasta que se pudiera confiar en su discreción. Comprendió que tendría que dar explicaciones sobre el motivo de esos

cambios y comenzó a sopesar seriamente la cuestión de si debía informar o no al Buró del descubrimiento de Harriet.

Durante toda la velada, mientras bailaba y charlaba con sus parejas, no paró de darle vueltas al problema: tuvo buen cuidado de no beber nada y él y Harriet regresaron a casa sobrios poco después de medianoche.

Cuando Harriet subió a acostarse, él se sentó en el sofá a reflexionar. Siempre era un error complicar las cosas de forma innecesaria, se dijo, y en cualquier caso, Harriet era un factor de esa situación sobre el cual sólo le incumbía a él decidir. También pensó que no era necesario involucrar al Buró en una cuestión menor que siempre tendría que manejarse, evidentemente, de la forma que él recomendara.

Sin embargo, tan pronto como le vino a la cabeza este pensamiento, Desmond se dio cuenta de que sólo estaba buscando razones para no tener que confesar su descuido. Era evidente que tendría que contarlo pues, a menos que el Buró conociera todos los hechos relevantes sobre las condiciones de su trabajo, cabía la posibilidad de que en algún momento pudiera adoptarse una decisión errónea cuando él no estuviese presente. Y, en cualquier caso, se dijo, en el trabajo del aparato era fundamental la confianza mutua más absoluta. Se trataba de una cuestión de disciplina y sería muy censurable por su parte ocultar un hecho como aquél. Recordó que ya era culpable de haberse casado sin permiso y, precisamente porque había recibido críticas por este acto de indisciplina, era su deber, más que nunca, ser muy sincero respecto a la infortunada consecuencia del mismo.

Sin hacer ruido, Desmond subió la escalera y echó una mirada al dormitorio. Harriet se había dormido, así que apagó la luz y esperó unos minutos a ver si despertaba; después, volvió abajo y empezó a reescribir la segunda parte del informe que ella había visto y que ya debería haber entregado. Como se trataba de algo que le costaba exponer y no quería correr el riesgo de que Harriet lo sorprendiera, escribió deprisa y con concisión:

En segundo lugar, en referencia a mi matrimonio, debo informar de una seria consecuencia de mi indisciplina al no consultar previamente al Buró. Mi esposa, que posiblemente sospechaba de alguna infidelidad marital, ha abierto el maletín que guardaba oculto y cerrado, y ahora está al corriente de la naturaleza de mi trabajo para el aparato, en términos generales. Mis comentarios ante la situación son

los siguientes:

1. La discreción de mi esposa queda asegurada por la lealtad personal que me tiene.
2. Con más preparación ideológica, será una valiosa agente para la red.
3. De momento, no se la debe involucrar en ningún aspecto práctico.
4. En principio, no debo confiarle ningún detalle de mis actividades hasta que el Buró haya decidido colectivamente que sería conveniente para mí hacerlo.

Sugiero celebrar de inmediato una reunión del Buró para tratar esta situación.

Desmond releyó el informe, lo dobló y lo introdujo en un sobre. A continuación, subió al vestidor y lo escondió bajo el dorso de la gran fotografía enmarcada de Harriet, al lado de la cama. Siguiendo su costumbre, dejó el maletín cerrado encima del armario.

Días más tarde, el Buró se reunió de nuevo para discutir el informe de Desmond. El subdirector presidió el encuentro y, además de Mark y de Alek, también estaban presentes un alto representante del NKVD y otro del Partido. A Desmond no lo habían invitado.

El subdirector pidió silencio a los reunidos y expuso que la cuestión sobre la que tenían que decidir tal vez fuese la más importante que hubiesen afrontado nunca en las reuniones del Buró. Era evidente, dijo mientras se sonaba la nariz, que había cuatro alternativas posibles, y las estudiarían por orden.

La primera posibilidad era aceptar la propuesta de Lightfoot de que, después de un período de adoctrinamiento, su esposa se integrase al trabajo del Buró. Las ventajas de esta solución estaban claras: implicaría minimizar los cambios en las medidas ya existentes y proporcionaría al aparato otra activista que, en caso de ser digna de confianza, con el paso del tiempo les resultaría cada vez más útil. Los inconvenientes también estaban claros: como no tenía preparación política y había llegado a la red de una manera fortuita, no podía darse por sentado que la mujer en cuestión fuese absolutamente de fiar.

La segunda alternativa, continuó el subdirector, era terminar con toda la situación eliminando a Lightfoot. Una solución tan extrema, expuso, tendría la ventaja negativa de reforzar la seguridad de las demás actividades del Buró y, desde luego, el inconveniente positivo de perder un contacto que, aparte del Profesor, tal vez fuese el agente más valioso con que contaban. Otra objeción más a esa posibilidad era que como la mujer conocía parte de las actividades de Lightfoot, quizá pudiera causar problemas.

Una tercera opción menos peligrosa, dijo, sería prescindir de Lightfoot de forma gradual, ordenándole que permaneciese inactivo hasta nueva orden, pero eso también significaba perder a un contacto importante.

La cuarta posibilidad, prosiguió el subdirector, tendría que haberseles ocurrido ya a los presentes: se trataba, simplemente, de eliminar a la esposa. Pero, antes de estudiar los pros y los contras de la cuestión, apuntó, se proponía conocer la opinión del Buró sobre el problema en general.

El subdirector miró imperturbable al representante del Partido, un hombre de unos cuarenta años, con la cara muy picada de viruela y la cabeza en forma de bala cubierta por unos pequeños y densos rizos.

–El camarada Mankovsky hablará primero –dijo.

Mankovsky se recostó en la silla, colocó los brazos sobre la mesa y empezó a hablar de forma fluida y con una voz excepcionalmente profunda y masculina. Expuso que le sorprendía que el subdirector diera un enfoque estrictamente administrativo a lo que era, sobre todo, un problema político. Toda la cuestión debía interpretarse, afirmó, a la luz de la creciente tensión de la situación internacional y de la importancia vital de aumentar, y no de disminuir, la cantidad y calidad del trabajo de la inteligencia militar. Visto desde esta perspectiva, Lightfoot no era un elemento que pudiera descartarse alegremente. Durante un número considerable de años, había obtenido información sobre asuntos cruciales para la Unión Soviética y cualquier sugerencia de matar a la gallina de los huevos de oro, dijo con una amenazadora sonrisa, equivalía a la propuesta desbaratadora de un saboteador.

Las posibilidades segunda y cuarta que había esbozado el subdirector, prosiguió Mankovsky, suscitaban la misma cuestión política: era necesario reconocer el atraso teórico del movimiento en el país en el que trabajaban y recordar que, hasta entonces, no se había realizado ninguna eliminación de importancia en Inglaterra. Aquélla sería la primera y era difícil prever el carácter de las repercusiones políticas que tendría, si es que las había. Mankovsky expuso que planteaba aquel punto como una llamada a la cautela porque en general opinaba que habría que correr algún riesgo. Sólo pretendía que los reunidos comprendieran claramente que existía un riesgo. Vivían

tiempos peligrosos, anunció su modulada voz con elocuencia, y el concepto de «cautela» tenía que combinarse ahora con el de «audacia».

A continuación, habló el representante del NKVD. Con un asomo de mal humor, afirmó no entender que en las intervenciones que había habido hasta entonces se subestimase de aquella manera la cuestión de la seguridad. ¿Qué garantía tenían, preguntó, de que el informe de Lightfoot no constituía una maniobra astuta por parte de las autoridades británicas? Le gustaría pedir a los reunidos que se fijaran, añadió, en los hechos concretos. En primer lugar, Lightfoot proponía introducir a una persona desconocida en la red y así aumentar el número de personal que potencialmente trabajaba para el enemigo. Aclaró que no estaba afirmando que Lightfoot y su mujer fuesen agentes enemigos, sino que quería recordarles el principio de que debían suponer que lo eran. Según tal hipótesis, era obvio que tenían ante ellos una propuesta para la ampliación de la red de contraespionaje británico.

En segundo lugar, dijo con aire despectivo, quería señalar la poco convincente razón que había aducido Lightfoot para demostrar que la mujer era digna de confianza. ¿Desde cuándo, preguntó retóricamente, las consideraciones de mera lealtad personal habían sido calificaciones válidas a la hora de nombrar a alguien para que realizara tareas políticas de vital responsabilidad? Además, quería llamar la atención de los presentes acerca de los dos últimos puntos del informe. Lightfoot proponía alterar, para que se adaptaran a sus propósitos, las directrices del Buró con respecto a los contactos y las comunicaciones. Sin lugar a dudas, concluyó con amargura el representante del NKVD, para Scotland Yard sería delicioso y conveniente decidir cuándo, dónde y cómo había que llevar a cabo el trabajo del Buró.

El subdirector dio unos golpes impacientes con el lápiz en la mesa. Las intervenciones habían sido excelentes, dijo, pero su carácter enfático no compensaba la falta absoluta de propuestas concretas acerca de cómo resolver la peligrosa cuestión a la que se enfrentaban. La aplicación mecánica de un principio general por parte del representante del NKVD estaba absolutamente enfrentada a las necesidades prácticas de la situación real. El subdirector añadió que el camarada Mankovsky tenía razón al hacer hincapié en el gran valor de Lightfoot, un valor cada vez mayor. Por lo tanto, el problema se

limitaba sencillamente a decidir cómo conservarlo de una manera segura. Según este enfoque, sólo había dos alternativas: o se integraba a la mujer en el aparato o había que eliminarla.

Si la consideración principal era conservar a Lightfoot, resultaba evidente que sería una imprudencia correr el riesgo de enemistarse con él adoptando la segunda de las dos alternativas. De ello se deducía que la mujer, pese a su ignorancia política, tendría que integrarse en la red. En esta solución, expuso, no había nada inusualmente especial porque, como todos sabían, no todos sus contactos, ni mucho menos, pretendían tener motivación política. Habría que tratar a la mujer de la forma habitual en que se trataba a los no políticos, declaró, y asignarle una cantidad sustancial de dinero. De ella obtendrían un recibo firmado que la comprometería en adelante y mediante el cual podrían ejercer presión si alguna vez en el futuro daba muestras de falta de colaboración.

Con un golpe final del lápiz en la mesa, el subdirector dejó de hablar y miró a Mankovsky.

Como representante del Partido, dijo Mankovsky, no podía estar de acuerdo en que la convicción política no fuera un asunto de importancia y consideraba que incorporar a una persona que estaba claro que no era de fiar a aquel trabajo de máximo secreto sería en grado sumo irresponsable y un riesgo que no podía aprobar de ningún modo. Por otro lado, añadió, el subdirector tenía razón cuando afirmaba que sólo tenían dos alternativas: utilizar a la mujer o eliminarla.

De ello se deducía, concluyó con firmeza, que estaba a favor de adoptar la segunda opción.

Y con respecto a la cuestión de enemistarse con Lightfoot, debían comprender que tenía un historial de muchos años de trabajo para el Partido mediante el cual era posible calibrar su lealtad. Había una excelente vara de medir la lealtad de los activistas más antiguos y era su conducta durante el período del pacto germanosoviético de 1939. Había sido un tiempo en que había que seguir la línea del Partido a pies juntillas y en el que todos aquellos cuya fortaleza política era inadecuada quedaron en evidencia. Convenía recordar que Lightfoot había sido leal en aquellos tiempos difíciles, y ahora

había que confiar en que elegiría su fidelidad al movimiento por encima de una unión más o menos fortuita con una burguesa.

A aquellas consideraciones políticas, concluyó Mankovsky, había que añadir el hecho adicional de que Lightfoot sabía muy bien que el Buró poseía pruebas concretas más que suficientes que podía utilizar en su contra, haciéndoselas llegar a Scotland Yard, si alguna vez se mostraba recalcitrante.

Al representante del NKVD siempre terminaba por resultarle molesta la hermosa voz y la oratoria de Mankovsky. Contuvo su enojo con dificultad y dijo que no veía razón para aceptar ninguno de los argumentos que se habían presentado hasta aquel momento. Deseaba reiterar, añadió, que no existía ninguna garantía de que no estuviesen cayendo en una artera trampa tendida por las autoridades británicas. La eliminación de la mujer podía ser exactamente lo que el Ministerio del Interior quería que sucediese; de este modo podría usar el incidente como excusa para desencadenar todo tipo de registros, detenciones, incursiones y rupturas de privilegios diplomáticos. Terminó diciendo que ejercía, como alto representante del NKVD, su derecho de veto y que prohibía cualquier decisión que conllevara una eliminación.

Tras esto, el subdirector levantó la sesión anunciando que, como no se había llegado a ningún acuerdo, referiría todo al asunto a Moscú y pediría instrucciones definitivas. Mientras tanto, no había que emprender ninguna acción en relación con los cuatro puntos del informe de Lightfoot: la comunicación y el contacto seguirían organizándose de la manera habitual.

Todos se pusieron en pie y salieron de la sala sin que Mark ni Alek hubiesen pronunciado una frase en toda la reunión: no era su deber entorpecer la discusión con sus opiniones de subordinados.

El informe cifrado y la solicitud de instrucciones llegaron a manos del director en Moscú el viernes por la tarde, cuando ya cerraba el escritorio antes de marcharse a su casa de campo. El hombre suspiró, decepcionado, porque esperaba con ganas unos días de descanso con la familia y una jornada de caza con los amigos. El informe de su subdirector de Londres era largo, de extrema importancia y urgente, y, desde el desafortunado asunto del funcionario

Gouzenko en Canadá, se había cursado orden de que incluso los más altos cargos se encargaran de descifrar sus mensajes personalmente y no confiaran ese trabajo a sus subordinados.

Aquello significaba que, a los sesenta y un años, el director Zobotkin había tenido que asistir a un difícilísimo curso de cifrado de tres semanas. Le había resultado embarazoso e irritante tener que pasar largas y tediosas horas comprobando, cotejando y traduciendo las palabras en clave y los símbolos, además de hacer el esfuerzo de mantener la atención durante períodos muy prolongados en su estado de alerta más eficaz. Sabía que un fallo técnico podía alterar todo el significado del informe y las consecuencias de cualquier error podían resultar desastrosas para el movimiento y literalmente fatales para él. No había ningún aspecto de su trabajo que encontrara tan irritante como aquel peligroso descifrado, y ahora que creía que dispondría de dos días libres, tenía que quedarse unas cuantas horas en su estudio peleándose con miles de letras y cifras deliberadamente esquivas, en lugar de beber vodka en el salón y enseñar a su hija a jugar al ajedrez. En cualquier caso, se dijo, no iba a cancelar la partida de caza pues, para mantener la eficacia mental, el relax era esencial.

Zobotkin miró por el inmenso ventanal de su suntuoso despacho y admiró las agujas doradas del Kremlin, que centelleaban al sol otoñal. Mientras contemplaba las hermosas y brillantes cúpulas en forma de cebolla de San Basilio, se rió para sí al recordar la escena que había montado Lunacharsky en 1917, cuando le llegó la noticia de que los bolcheviques las estaban bombardeando. Llamó a su secretario y pidió su coche.

Los centinelas apostados a ambos lados de la entrada principal del edificio se cuadraron y el chófer le abrió la puerta del coche. Tras acomodarse, el atento conductor le colocó una manta de tartán encima de las rodillas y bajó las cortinillas de las ventanas laterales. Condujo despacio entre los palacios, oficinas, iglesias y cuarteles del Kremlin hasta cruzar la puerta vigilada que daba a la plaza Roja. Cuando llegaron a las calles principales, el chófer aceleró hasta alcanzar los ochenta kilómetros por hora, mientras hacía sonar la sirena para advertir a la gente de que pasaba un coche con prioridad que no se detenía en los semáforos en rojo.

Durante una hora recorrieron plazas, barrios pobres y cabañas de madera dispersas por los hermosos bosques de abedules plateados. Zobotkin se alegraba de que su casa estuviera en aquel barrio porque le recordaba su infancia, cuando su padre había sido auxiliar de veterinario de una familia de sangre imperial; recordaba los recados que hacía entre los establos y las cocinas y cómo se peleaba arrogamente con los jinetes y los mayordomos.

Desde entonces había llegado muy lejos, pensó, y trató de imaginar qué habría sentido cuando iba a la escuela si hubiese podido prever lo que el destino le depararía y en quién iba a convertirse. Sonrió y luego se puso serio al considerar lo implacable que había sido el ascenso y pensó que debía de estar haciéndose viejo, pues le parecía que, si hubiese sabido con antelación lo que iba a ocurrirle, no habría tenido nunca la tenacidad necesaria para seguir adelante.

El coche redujo de repente la velocidad al llegar a un puesto de control del NKVD en el camino que llevaba al Área Reservada. Los guardias conocían bien a Zobotkin y habían sido avisados de su llegada, pero examinaron sus pases minuciosamente antes de cuadrarse para saludarlo e indicar con gestos al chófer que pasara.

El Área Reservada era una amplia extensión de terreno donde los funcionarios de más alto rango tenían sus casas de campo. Estaba rodeada de una alambrada de espinos y los vigilantes tenían orden de disparar a cualquier persona no autorizada que intentase entrar en la zona. Las únicas granjas eran las pequeñas explotaciones semiprivadas que abastecían a aquellos importantes hogares, y casi toda la tierra, sin cultivar, se había convertido en coto de caza.

Después de avanzar un cuarto de hora más a buena velocidad, el coche de Zobotkin enfiló el camino que llevaba a la puerta de su sólida casa de madera. Su hija, una niña de nueve años, lo estaba esperando y, cuando el vehículo se detuvo, se puso a bailar y a saludarlo a gritos desde el porche. Zobotkin agarró el maletín en la mano izquierda y, con la derecha, se montó a la niña al hombro y entró en el vestíbulo, mientras la pequeña lanzaba grititos de alborozo. La dejó en el suelo con cuidado y le hizo cosquillas en la nuca con su erizada barba. La niña soltó unas risitas y le alborotó el escaso pelo y lo besó en la

frente y luego, tomados de la mano, ambos entraron en el salón donde Anna, la esposa de Zobotkin, los esperaba sentada, con una sonrisa en los labios y en sus ojos cansados.

Tenía unos cincuenta años e iba mal vestida, a excepción de un colorido chal con bordados de seda que su esposo le había traído de uno de sus viajes al extranjero. Con sus gafas baratas de montura metálica y los calcetines de lana zurcidos parecía una maestra de secundaria, mal pagada pero amable.

Zobotkin besó la mano a su mujer y le preguntó si la cena estaba preparada.

–Por supuesto –respondió Anna–, sabemos que sólo vienes a casa a comer.

–¿Qué quieres? ¿Que derrame la sopa encima de mi escritorio del Consejo? –se rió Zobotkin.

Antes de reunirse con su familia para la cena, Zobotkin entró en su estudio y guardó el maletín en la caja fuerte. Luego, fue directamente al comedor y, mientras se sentaba y se colocaba una servilleta limpia en el cuello de la camisa, le llegó el apetitoso aroma de la comida. Partió por la mitad una rebanada de pan moreno y vertió un buen chorro de crema espesa en el tazón de sopa de col hirviendo. Apostado detrás de él, un auxiliar le sirvió té de una bruñida tetera de plata. Lo tomó en un vaso, con cinco terrones de azúcar y una rodaja de limón. Después de la sopa hubo pato asado y, para terminar, salchichón con pan y queso cremoso y mantequilla casera. De postre, abrieron una caja plana de grandes bombones de Ginebra.

Klara, la niña, cogió uno detrás de otro y los engulló deprisa, mirando a los adultos furtivamente cada vez que alargaba su delgado brazo para hacerse con otro. Se preguntó cuántos más podría coger antes de que alguien le recordara que se pondría enferma si no paraba. El auxiliar veía vaciarse la caja con envidia.

Después de la cena, Klara anunció que pasaría la velada jugando al ajedrez con su padre, pero Zobotkin, que se estaba terminando el cigarrillo junto a la estufa de baldosas azules de la sala antes de empezar la temible tarea de descodificación, dijo que tenía un trabajo importante que hacer en su estudio. Klara se echó a llorar en silencio con unos gruesos lagrimones que rodaron por sus mejillas hasta la comisura de los labios.

–Klara, pollito mío –dijo Zobotkin–. Yo no quiero trabajar, pero no me queda más remedio.

–Me prometiste que jugaríamos al ajedrez –dijo.

Zobotkin advirtió que la niña llevaba todo el día esperando con anhelo que llegara la noche para jugar con él y que ahora se sentía terriblemente decepcionada. No quería quedarse despierto hasta muy tarde porque, por la mañana, le esperaba la salida de caza y sabía que descifrar el informe le llevaría tres horas como mínimo, pero Klara estaba tan abatida y llorosa y se la veía tan delgada y menuda que decidió dejar el trabajo para cuando la niña se hubiese acostado. La sentó en sus rodillas, le secó las lágrimas con el pañuelo y dijo que si se lo había prometido, tendría que cumplir. Le pidió que fuera a buscar el tablero y las fichas porque jugarían junto al calor de la estufa.

Klara todavía se sorbía los mocos cuando empezaron a jugar, de modo que Zobotkin atacó con su reina después de los tres primeros movimientos. Le había enseñado a jugar bien y sabía que ella sería capaz de aprovecharse del error de establecer una posición ganadora recién empezada la partida. El plan le salió tan redondo que se quedó un poco desconcertado al verse derrotado en media hora.

Jugó con la niña hasta que llegó la hora del baño y, cuando le hubo dado un beso de buenas noches, llamó al auxiliar para pedir más té. Se lo tomó junto a la estufa con Anna y hablaron unos minutos sobre el aspecto de Klara, muy enclenque.

–No lo entiendo –comentó Zobotkin–. Come como un caballo.

–Es preocupante –asintió Anna–. He hablado con el médico, pero dice que está sanísima.

–Mañana iré a la granja y pediré más huevos y mantequilla –decidió él.

Se puso en pie con desgana, dio las buenas noches a su mujer y se encerró en el estudio. Sacó los papeles de la caja fuerte y se sentó a trabajar.

Al cabo de dos horas de intensa concentración, llamó para pedir una jarra de café. Nadie contestó al timbre y llamó de nuevo, en esta ocasión con más energía.

La cocinera, una corpulenta mujer de unos sesenta años, entró medio

dormida, con rulos en el pelo y un impermeable encima de su gruesa camisa de dormir. Pidió disculpas por haber ido a acostarse y salió a preparar el café. Zobotkin deambuló impaciente de un lado al otro de la habitación y volvió a sentarse para concluir el trabajo. El café lo estimuló y antes de medianoche tenía calografiado el informe de Londres. Tocó el timbre, pidió más café y se sentó en un cómodo sillón a releer el cable y pensar la respuesta.

No iba a ser necesario, consideró con alivio, cifrar y mandar un mensaje antes de acostarse, y decidió reflexionar un poco más sobre todo aquel asunto y enviar un cable con su decisión después de la cacería del día siguiente. Era evidente que se trataba de un asunto urgente, pero también era un problema tan importante que no sería prudente tomar una decisión apresurada a aquellas horas de la noche. Con todo, veía que no iba a ser una cuestión especialmente difícil. Mientras Lightfoot fuera digno de confianza, había que conservarlo, eso era primordial. Segundo: la mujer era inquisitiva, de origen burgués y no tenía convicciones políticas. No había ninguna garantía de que, tarde o temprano, por estupidez o por malicia, no les trajera las complicaciones más peligrosas e innecesarias.

Por fortuna, pensó Zobotkin, la experiencia había demostrado que Lightfoot era competente en grado sumo, meticulado e ideológicamente sensato. Aquéllos eran los aspectos concretos de la situación y la preocupación general que mostraban los agentes de Londres por el hecho de que cualquier eliminación sería la primera en Inglaterra resultaba ridícula. Zobotkin sonrió para sí al pensar que incluso sus hombres se habían contagiado de una especie de engreimiento británico que los incapacitaba para ver que Gran Bretaña ya no era una potencia de primera clase a la que tratar con cautela y que, ahora, tal vez resultase más efectiva una actitud más severa. Y en lo referente a la posibilidad de que se tratara de una posible trampa, Zobotkin creía que el problema radicaba en comprender la psicología capitalista: casi con toda certeza, y debido a su desconocimiento de Occidente, el agente del NKVD había exagerado tal posibilidad. A Zobotkin le pareció divertido y se sintió superior cuando recordó que no había conocido nunca a un agente del NKVD que tuviese la más mínima idea de cómo funcionaban las democracias occidentales.

Tocó el timbre otra vez y pidió dos huevos batidos en un vaso de leche caliente, fumó un último cigarrillo mientras esperaba y decidió, confiado, la línea exacta que seguiría su instrucción al Buró de Londres.

Se acostó cansado y complacido porque había resuelto un intrincado rompecabezas y durmió profundamente hasta que lo llamaron a las ocho de la mañana. Se puso los pantalones de montar, las botas altas y una chaqueta de paño inglés y bajó a desayunar té, melocotones y huevos fritos. El claro sol otoñal se colaba por la ventana y Zabolkin se sintió animado ante la perspectiva de pasar el día cazando. Le dijo al auxiliar que estaba detrás de su silla que fuese a buscar las armas y, con todo su cariño, las sacó de la funda de cuero, las montó y miró los cañones para asegurarse de que su chófer las había limpiado adecuadamente.

Con toda puntualidad, el coche se detuvo ante la casa a las nueve de la mañana. Zabolkin se despidió de Klara con un beso, saludó con la mano a su mujer, que lo miraba desde la ventana del dormitorio, y partió a toda velocidad por el camino. Al llegar a la carretera nueva bordeada de abedules, el coche aceleró todavía más y Zabolkin se retrepó en el asiento mientras hacía aros de humo con el cigarrillo. Su trabajo era duro y provocaba ansiedad, pero las recompensas no eran insignificantes.

Zabolkin se reunió con sus amigos en el bosque, en una delicada capilla en desuso. Cuando llegó, los demás ya estaban esperándolo con un guardabosque, tres encargados de cargar las escopetas, sus perros y veinte batidores. Zabolkin estrechó la mano a dos funcionarios, un general del ejército y un gerente de transportes y, después de dar órdenes a sus hombres, se encaminaron a un claro donde se hallaban los puestos de caza, camuflados con ramas y helechos. Ocuparon sus posiciones con los cargadores y los perros y esperaron a que la línea de obedientes batidores levantara los faisanes y los mandara cloqueando hacia la boca de sus armas.

En el transcurso de la mañana, abatieron decenas de aquellas pesadas aves. De vez en cuando aparecía una liebre o un conejo que cruzaba el claro a toda velocidad para ponerse a cubierto, y las tres armas disparaban. Poco antes del almuerzo, un faisán macho salió de la maleza pavoneándose despacio, se detuvo y miró groseramente a Zabolkin con un ojo negro y

vidrioso. El cargador lo señaló a gritos pero el faisán no se dio cuenta, así que Zabolkin alzó la escopeta y lo voló por la mitad.

Recorrieron los bosques y los claros en un amplio círculo y volvieron, un poco antes de la una, a la iglesia desde la que habían partido. Los chóferes habían preparado el almuerzo, que se sirvió en dos mesas plegables cubiertas con sendos manteles blancos con los bordes de encaje artificial. Había botellas de cerveza y vodka, y tostadas, caviar, fiambre de pollo, y queso y fruta. Los batidores, los cargadores y los chóferes comieron salchichón duro con pan moreno y bebieron cerveza, y el guardabosque aportó además los emparedados de faisán y el brandy Napoleón que había llevado consigo. Se sentaron todos al sol, con la espalda apoyada en el muro del patio de la iglesia, y comieron y bebieron lejos de la mesa de Zabolkin.

Los tres satisfechos funcionarios hablaron en voz alta de los incidentes de la mañana y, tras terminar de comer y mientras descansaban y bebían vodka, Zabolkin les contó a sus amigos que, cuando tenía quince años, cazaba en aquellos mismos parajes y que el guardabosque de entonces era el padre del actual. Lo que no les dijo, porque no lo sabía, era que aquel hijo al que proporcionaba empleo era también el agente de más rango del NKVD del Área Reservada, cuyas tareas secretas tenían más que ver con informar de los movimientos y las conversaciones de los funcionarios que con cuidar del coto de caza.

Por la tarde, dispararon durante otras dos o tres horas y, al llegar a los coches, se separaron para volver cada uno a su casa. Zabolkin le indicó a su chófer que primero pasaría por la granja para hablar con el administrador y pedirle los suministros adicionales que necesitaba su hija. Estaba contento y con la mente despierta, y mientras el coche subía la cuesta que llevaba al caserío, de pronto vio con claridad una solución sencilla y completa al problema de Lightfoot y su entrometida esposa.

Cuando llegó a casa, tomó un baño, se afeitó y se puso un traje de franela blanca y, mientras bajaba la escalera, Anna le anunció que la cena estaba lista. Después de comer, Zabolkin decidió que le quedaba una hora de trabajo, como máximo, antes de acostarse, y que le gustaría jugar al *croquet* con Anna. Los dos eran expertos y el césped estaba perfectamente desherbado, cortado y

alisado; la tarde otoñal era cálida, el viento estaba en calma y los golpes planos de los mazos de madera resonaban por todo el jardín. El humo de la chimenea de la cocina ascendía en línea recta por el aire y los elegantes bosques de abedules permanecían inmóviles y con un aspecto irreal, como el escenario de una ópera antigua.

De vez en cuando, se oía a Zobotkin felicitar a Anna tras un golpe especialmente brillante y a una doncella cantar en voz baja en una de las alcobas del piso superior de la casa. Klara, a quien aburría la seria profesionalidad con la que sus padres jugaban al *croquet*, se quedó en los establos ayudando al chófer a lavar, abrillantar y pulir el coche.

Jugaron hasta que el sol se puso detrás de los árboles y entonces Zobotkin encendió un cigarro y pasearon un rato por el jardín, mientras admiraban los pulcros bordes del césped y los elegantes parterres de flores de formas simétricas y los hermosos setos de boj, cortados en forma de las estrellas de cinco puntas soviéticas. El jardinero recogió los mazos y las pelotas, lo guardó todo en la glorieta y volvió junto a los Zobotkin para preguntar si todo estaba a su gusto. También contaba con la posibilidad de que el director tirase el cigarro mucho antes de terminarlo.

Cuando ya era casi de noche, Zobotkin y su esposa volvieron a la sala a tomar un té junto a la estufa. Entró Klara, con algunas manchas y salpicaduras de barro, y sacó las tizas de colores que su padre le había comprado en Londres y empezó a dibujar aeroplanos, cañones y buques de guerra.

Anna se dedicó a sus bordados. No quería reconocer que habría preferido dedicarse a cualquier otro trabajo doméstico, porque sabía que no era propio de la esposa del director Zobotkin llevar a cabo el trabajo que le correspondía a uno de sus empleados. Cuando Klara le enseñó a su padre los dibujos y éste notó las manchas de los dedos sucios en el papel, la envió al piso de arriba a lavarse las manos y continuó leyendo el periódico. Al padre no le duró mucho la paz porque la niña, tan pronto como volvió a bajar, insistió en que se sentara en el suelo con él y le dibujase caras: primero, la de un niño con los cabellos rubios y los ojos redondos y azules; luego, un capitalista gordo, y por último, un marinero de la Armada Roja.

A Zobotkin, el juego le resultó un poco tedioso porque la niña parecía no

tener nunca bastante, y se sintió aliviado cuando Anna dijo que era hora de que Klara se bañara. Zobotkin recogió las tizas y los papeles y llevó a la niña al piso de arriba, la ayudó a desnudarse, la bañó y la acostó. Cerró la ventana porque el aire otoñal era frío, le dio las buenas noches y se dirigió a su estudio a redactar el cable que enviaría a Londres. No fue difícil. Conocía los hechos de memoria y la solución definitiva se le había ocurrido en el coche, mientras regresaba de la cacería. Pensó en lo beneficioso que resultaba que ya no se esperase que las instrucciones fueran acompañadas de largos y prolijos argumentos que las justificaran. En los primeros tiempos, un asunto como aquél habría requerido por lo menos diez páginas mecanografiadas.

Escribió su decisión con la forma y el tono de una orden militar: instruía al Buró de Londres para que Lightfoot se encargara personalmente y de inmediato de la eliminación de la mujer.

Zobotkin estaba complacido con aquella sencilla solución de las distintas dificultades. Si el propio Lightfoot era quien se responsabilizaba de la ejecución del trabajo, ningún otro miembro del Buró se vería involucrado y, al mismo tiempo, Lightfoot quedaría más comprometido que nunca con el movimiento. Si se negaba, sabrían que ya no era digno de confianza y que lo más probable es que estuviera intentando tenderles una trampa siguiendo las instrucciones de la inteligencia británica. El Buró conocería así el alcance de la situación y se le instruiría para que, con pasos excepcionalmente cautelosos, liquidara todo aquel asunto. Por útil que fuera, pensó Zobotkin, Lightfoot sabía demasiado. Tenía que demostrar que estaba de su parte, o deberían tratarlo como si fuese el más peligroso de los enemigos.

Cuando llegó la postal en blanco del Buró convocando a Desmond para recibir las instrucciones del director Zobotkin, Harriet estaba preparando el equipaje para pasar una semana en Norfolk. Desmond los llevaría, a ella y al coronel Hammerton, a la casa de campo a cuyo dueño alquilaban el coto de caza; allí se les sumarían dos amigos más, a los que Harriet había invitado porque se sentía incapaz de soportar otra velada con Desmond mientras éste pregona sus horribles ideales políticos.

Él llevaba días volcado en el esfuerzo de convertirla a sus opiniones y de asegurarse su connivencia con las actividades que él desarrollaba; Harriet estaba tan harta de aquello que se descubrió odiándolo y haciendo todo lo posible para no quedarse a solas con él. Había empezado a temer su regreso a casa al terminar el servicio y, desde hacía unos días, no le permitía dormir en su habitación: había cerrado la puerta del vestidor y le había dicho que no le apetecía tenerlo cerca. Habría resultado más sencillo, pensó, si él no hubiera decidido, desde la noche en que ella había abierto su maletín, abandonar por completo la bebida: ahora, Desmond estaba siempre irritable y ella, cansada de oír su voz dogmática y polémica.

Harriet vio la postal sobre la mesa del vestíbulo después del almuerzo; llamó de inmediato a Caroline y le explicó que aquello estaba relacionado con el espionaje: era evidente que, a pesar de haber dado su palabra de que no haría nada por el momento, Desmond seguía en contacto con sus amigos políticos. Abatida, Harriet reflexionó que, en realidad, no le sorprendía el engaño de Desmond y se dio cuenta, descorazonada, de que había perdido toda confianza en sus promesas; ahora sabía con certeza que no podía fiarse de él y que tendría que encontrar el medio de obligarlo a revelar sus actividades.

Las primas hablaron durante casi una hora y estuvieron de acuerdo en que Desmond debería abandonar el ejército. Una vez que se diera de baja, dijo Caroline, poco daño más podría hacer. Se plantearon si debían o no quemar la postal y Harriet se mostró a favor, pero Caroline insistió en que la única manera de que Desmond viera que no podía seguir adelante con aquello era ser muy franca con él. Harriet debía enseñarle la postal y decirle que sabía que continuaba comunicándose con los rusos. Caroline también insistió en que su prima debía cuidarse de no entrar en discusiones, mostrarse calmada y ser breve.

–Finge que en realidad preferirías acudir a la policía y que si no lo haces es sólo por evitar el escándalo –dijo.

–Eso no es ser franca.

–No hay más remedio. De lo que se trata es de obligarlo a tomarte en serio.

Harriet accedió, aliviada: se sentía incapaz de tomar decisiones y agradeció que Caroline fuera tan resuelta y supiera qué hacer.

–¿Debería decirle que te lo he contado todo? –preguntó.

–Buena idea, ponle firme.

Contra su voluntad, a Harriet le molestó el áspero tono de desprecio con el que Caroline hablaba de Desmond y, casi bruscamente, se despidió de su prima y colgó.

Caroline, que estaba hablando desde su alcoba, se tumbó en la cama con las rodillas en alto. Le asaltó la duda de si debería romper la promesa y contárselo a su padre, quien no vacilaría un segundo en llamar a la policía. Había dado su palabra, cierto, pero todo aquello parecía demasiado importante como para que estuviera justificado guardar el secreto en nombre de un sentido del honor bastante infantil. Por otra parte, no obstante, una de las características más desagradables y nauseabundas de los regímenes fascistas era la obligación que imponían al pueblo de delatar a sus amigos o familiares disidentes, y si ella ahora quebrantaba su promesa, sin haber dado la cual no se habría enterado de nada, estaría portándose, ni más ni menos, de la misma forma inhumana en que lo hacía cualquier despreciable informador de la Gestapo o de la policía secreta soviética. No cabía concebir unas relaciones

humanas decentes, se dijo, a menos que los amigos pudieran fiarse unos de otros y que pudiera esperarse, razonablemente, que las promesas hechas con la seriedad con que ella había formulado las suyas se mantendrían.

Caroline saltó de la cama y se asomó a la ventana para ver el lío que habían montado las tropas en la plaza. Al fin decidió que debía mantenerse fiel a la palabra dada mientras pudiese; en cualquier caso, pensó, cuando Desmond descubriera que ella estaba al corriente de sus actividades lo más probable es que se asustara lo suficiente como para abandonarlas por completo.

Desmond regresó a casa hacia las cinco, separó la postal de la pila de correo y se la guardó en el bolsillo. Broadstone sirvió el té en el salón y, tan pronto como Desmond se hubo sentado, Harriet dijo:

–Supongo que esta noche saldrás, ¿no?

–En efecto, eso haré.

–¿Adónde irás?

–Al club.

–¿Por qué?

–¿Por qué me lo preguntas?

Harriet fue a buscar la postal, que había dejado en la mesa del recibidor.

–Me prometiste que dejarías lo del espionaje –dijo cuando volvió.

–¿A qué viene eso?

–¿Dónde está la postal?

–La tengo en el bolsillo.

Se sentaron y se miraron a los ojos, serios y desafiantes. Desmond decidió que era inútil seguir intentando convencerla: bebió un sorbo de té y pensó en lo estúpido que había sido al no comprender desde el principio que era inútil tratar de influir intelectualmente sobre Harriet. Todas sus reacciones eran emotivas y convencionales, y le costaría años socavar sus prejuicios burgueses. Y, entretanto, existía el gravísimo peligro de que hablara con sus padres o de que lo delatara de manera involuntaria en algún descuido. Desmond se dio cuenta de que aquél era un momento decisivo de su carrera y de que todo lo que tenía importancia para él estaba en juego.

–Voy a salir, y punto.

–Y yo he decidido revelar a todo el mundo que en secreto eres un comunista, a menos que renuncies al ejército de inmediato.

Entró Broadstone con la bandeja del té y Desmond se espantó al pensar que la sirvienta no había alcanzado a oír las palabras de Harriet por apenas una fracción de segundo. Puso la radio para no tener que hablar y se sentó a pensar qué hacer. Estaba claro que Harriet era terca como una mula y que sería muy propio de ella cumplir la amenaza de difundir públicamente su condición de miembro del Partido. Era preciso impedirselo a toda costa pues, aunque no se diera crédito a su acusación, los rumores correrían y cualquier declaración suya para negarlos sólo conseguiría hacer más intrigante la historia.

No cabía duda, pensó: tendría que convencerla de que había abandonado sus actividades. En el futuro, todos sus contactos deberían tener lugar durante el día, cuando Harriet creyera que estaba de servicio. Y, desde luego, habría que cambiar el método de comunicación. Era exasperante la ineficiencia del Buró al mantener el sistema de las postales, cuando él ya había informado de que era peligroso, y decidió exponer sus severas críticas al respecto.

Apagó la radio y le dijo a Harriet, que estaba leyendo un libro, que quería hablar con ella muy en serio.

–No queda nada más que decir –replicó ella.

–Queda una cosa –insistió él–. Así no podemos seguir, está claro, y he decidido que, por el bien de nuestro matrimonio y de nuestra felicidad, debo abandonar el Partido. Se lo comunicaré esta noche, cuando me reúna con ellos.

–Se acercó a Harriet y, mientras la acariciaba, continuó–: Lamento mucho haberte hecho tan desgraciada, pero ¿sabes lo difícil que ha sido para mí tomar esta decisión?

Harriet observó su expresión apenada y empezó a albergar la esperanza de ser capaz de volver a quererlo. Le tomó la mano y lo miró con lágrimas en los ojos.

–Oh, querido, yo no sé nada, salvo que no quiero odiarte. Por favor, dime que abandonarás todo esto para siempre –le pidió.

–Me cuesta un enorme esfuerzo, pero lo haré. Te quiero muchísimo, ya lo sabes.

–¿Lo abandonarás para siempre?

–Sí. Tú me has obligado a ello.

–¿Y te darás de baja en el ejército?

–Lo primero es abandonar el Partido. De lo otro ya hablaremos más adelante.

Harriet vio que su marido contemporizaba y volvió a caer en la desesperación.

–Pero Desmond, no es posible que quieras seguir en el ejército cuando eres un traidor. ¿Cómo podrías? Sería demasiado deshonesto, mezquino y solapado por tu parte, y yo tengo que poder respetarte. ¿Cómo seguir amando a alguien que desprecio?

–Mi queridísima Harriet, exageras –respondió él–. Hablaremos de eso mañana.

El tono condescendiente de su marido le molestó y despertó de nuevo sus dudas. Se levantó y, de espaldas a la chimenea, comentó con tono incisivo:

–No me vengas con evasivas.

–¿Por qué debo abandonar mi carrera?

–Porque es lo único decente que puedes hacer –replicó ella, obstinada.

Desmond se dijo que no ganaría nada discutiendo, así que le sonrió y, con su consabido encanto, añadió:

–Por favor, no me mires como un joven cura airado.

Harriet, sin embargo, no se dejó seducir.

–Tienes que renunciar –insistió.

–No es tan fácil. Hoy en día, uno no puede dejar el ejército sin más.

Continuaron riñendo durante una hora, hasta que Harriet abandonó la estancia y dejó a Desmond con la palabra en la boca. Durante la discusión, ella se había mostrado cada vez más terca y, cuando se quedó solo, Desmond se dijo que ya estaba harto de sus prosaicas certidumbres. Era difícil no perder los nervios ante alguien tan incommovible, tan egoístamente insensible al vivificante alcance y dramatismo de la historia contemporánea, y le parecía intolerable que una persona tan insignificante se creyera capaz de desbaratar asuntos internacionales trascendentales con su ridículo y displicente ultimátum.

Impaciente, se levantó con brusquedad de la silla y subió a cambiarse de ropa. Se vistió de civil y, sin despedirse, abandonó la casa y se dirigió a pie a Marble Arch. Le quedaba un buen rato hasta su cita en Hampstead, por lo que deambuló en taxis y autobuses hasta llegar al cine de noticiarios de Baker Street. Compró una entrada y estuvo dentro una hora; luego, tomó el tren a Notting Hill Gate, donde cenó en un pequeño restaurante que regentaban dos mujeres recién desmovilizadas de la sección de preparación de raciones del Servicio Territorial Auxiliar[5]. Estaba tan ensimismado en sus cosas que ni se fijó en lo que tenía en el plato, hasta que se obligó a dejar de pensar para concentrar la atención en un periódico vespertino que encontró en la mesa.

Exactamente a la hora señalada, Desmond llamó al timbre de la puerta trasera de la casa de Hampstead. Alek le franqueó el paso y el recién llegado saludó a Mark, quien le respondió con educación. Tomaron asiento y Alek empezó a hablar con locuacidad, como si estuviera en un mitin: hizo hincapié en la gravedad de la situación internacional y en la necesidad vital de mantener la seguridad de su trabajo, y dijo que la lucha de clases era algo mucho más real que las meras palabras y metáforas; ante todo era una guerra y, en ella, las bajas eran inevitables. Añadió que, como soldado que era, Desmond entendería la necesidad de llevar adelante la lucha sin cuartel y con altruismo, pues sólo así podía asegurarse la victoria. No podía permitirse, continuó Alek, que ninguna consideración personal o de conveniencia doméstica pusiera en peligro el resultado.

Se refirió a los inmensos sacrificios realizados por la Unión Soviética en la causa de la victoria sobre el fascismo y subrayó el enorme número de hombres, mujeres y niños que habían perdido la vida. Era en este contexto, dijo, que debían entenderse las instrucciones del Buró respecto al reciente informe de Lightfood; y sólo si se ignoraban los terribles sufrimientos de decenas de millones de ciudadanos soviéticos podía dar la impresión de que la decisión del Partido era excesivamente severa.

A continuación, Alek anunció que se confiaba a Desmond la tarea de eliminar a su esposa.

Desmond había deducido, en vista de la inhabitual extensión del discurso, que el ruso tenía algo especialmente difícil que exponer y, antes de que

terminara de hablar, le quedó claro que Harriet tenía que ser eliminada. Lo que Desmond no había previsto, en cambio, era el papel que se le ordenaba desempeñar. Durante unos segundos tensó las mandíbulas y se metió las manos en los bolsillos para que los dos rusos no vieran cómo le temblaban.

Sin reflexionar, se puso a hablar en tono dogmático y demasiado alto. Dijo que aquel asunto era demasiado importante para liquidarlo con una decisión apresurada y terminante, y recalcó la necesidad de ampliar el número de agentes, en lugar de reducirlo. No era cierto en absoluto que su esposa fuese un peligro y, en algún momento en el futuro, podía resultar de gran utilidad. Sugerir su eliminación ahora era dejarse llevar por el pánico ante un peligro imaginario. Vivían tiempos demasiado críticos, afirmó, para nada que no fuera el enfoque más práctico y realista.

Mientras hablaba, notó que su alegato se volvía cada vez menos persuasivo; sabía que estaba siendo insincero y se dio cuenta de que continuaba hablando con la esperanza de encontrar algún argumento válido contra la orden que acababa de recibir. Cada vez más embrollado, terminó repitiendo sin convicción que no veía motivo para dejarse llevar por el pánico.

—Nosotros —lo interrumpió Mark— no nos dejamos llevar por el pánico.

Desmond ganó tiempo llenando la pipa y encendiéndola. Mark y Alek lo observaron, y tomaron buena nota del menor cambio en su expresión.

Si estudiaban el asunto en términos prácticos, empezó de nuevo, verían lo inconveniente que resultaba la propuesta del Buró. Por muy discretamente que se llevara a cabo, la eliminación de la mujer desencadenaría sin duda una investigación y atraería sobre él la atención de la policía. Por ejemplo, dijo, el trabajo de secretario que desempeñaba para el general no era estrictamente oficial y, si se aireaba que lo hacía, era posible que se le ordenara dejarlo, lo cual lo privaría de su fuente de información más valiosa. Bastaba con eso, añadió, para ver que la melodramática propuesta del Buró, más que asegurar el futuro de la red, lo ponía en riesgo.

Empezó a sentirse más tranquilo. Aunque al principio no se le había ocurrido pensarlo, aquél era, sin duda, un factor a tener en cuenta frente a las ventajas de poner fin al problema que tenía con Harriet. Sin embargo, al

momento recordó que no estaba siendo sincero con sus camaradas. De hecho, Harriet era un peligro mucho mayor de lo que ellos imaginaban y tuvo que reconocer que, si la razonaba desapasionadamente, la drástica resolución del Buró quizá no fuese tan desacertada, dada la situación real.

—Acepto que mi esposa es un peligro —dijo—, pero insisto en que se tomen en cuenta las graves desventajas del curso de acción que se propone.

—No se propone nada —replicó Alek—. Usted, como miembro del Partido, ha recibido unas instrucciones concretas.

Desmond era un comunista demasiado convencido para discutir una orden terminante. Comprendía muy bien que los objetivos mundiales del movimiento, enormemente ambiciosos, sólo podían alcanzarse mediante un Partido de miembros por completo leales que se sometieran de forma voluntaria a una disciplina paramilitar, y reconoció sin reservas que, al afiliarse, se había comprometido por principios a aceptar cualquier orden, por difícil que fuese.

Se dijo que, desde el principio, había sabido que la vida de un revolucionario no era fácil y que se daba por sentado que estaba dispuesto a los sacrificios personales más extremos; por eso, le avergonzaba descubrirse titubeando ante la primera petición realmente difícil que se le hacía. Aquello era especialmente censurable en él, dada la grandísima confianza que suponía que debía de tener el Buró en su fiabilidad. Una instrucción de aquel cariz, era evidente, sólo podía dársele a alguien a quien consideraban uno de ellos, alguien de absoluta confianza. Desmond pensó con tristeza en lo poco que merecía el crédito del Partido y en lo fácil que siempre había sido todo para él: había vivido rodeado de lujos y había disfrutado de lo mejor de los dos mundos y ahora, ante su primera tarea verdaderamente desagradable, torcía el gesto y se resistía.

La confianza de sus camaradas lo halagó y animó tanto, que se sintió incapaz de arriesgarse a desilusionarlos mostrando poco entusiasmo.

—Bien —dijo en ruso—. Pasemos, pues, a los detalles prácticos.

—El Buró ha decidido dejar todos los detalles en sus manos —respondió Alek—. Con una salvedad: el asunto debe estar liquidado dentro de una semana.

—¿Acaso el Buró no se da cuenta —replicó Desmond con toda su

autoconfianza habitual— de que se trata de algo que debe planearse con el más mínimo detalle? Podría llevar meses...

—No podemos permitirnos que una persona no autorizada y que tal vez no sea de fiar ande por ahí durante meses en posesión de semejante secreto —dijo Alek.

Desmond sabía mucho mejor que Alek lo cierto que era esto último y consideró que sería deshonesto por su parte mantener el equívoco. Se levantó y puso fin a la reunión diciendo, casi con arrogancia:

—Informe al Buró de que he recibido la orden.

—Lo esperamos aquí dentro de una semana, a la misma hora —respondió Alek sin alterarse.

Después de despedirse con ceremoniosa urbanidad, Desmond salió y se alejó por el parque. Regresó a casa andando por las barriadas pobres de Camden Town, mientras trataba de poner orden en sus estremecidos sentimientos. En primer lugar, desde luego, debía procederse a hacer algo contundente de inmediato. Era inútil suponer que el Buró no había comprendido a la perfección la esencia del asunto. Sin embargo, para sus miembros era fácil formarse una opinión objetiva: en la decisión no entraban en juego sus emociones.

Al pensar en ello, Desmond se vio obligado a reconocer en su fuero interno que aquélla era una razón de más para esperar que el enfoque del Buró fuese más práctico y correcto. Dado que él, debía recordar, estaba predispuesto de antemano, cabía esperar que el punto de vista del Buró, puramente objetivo, fuese más válido que el suyo.

Afrontó con crudeza las alternativas: si en aquel momento le fallaban las convicciones, toda su vida habría sido un sinsentido. En cualquier caso, hiciera lo que hiciese, veía pocas posibilidades de volver a mantener una buena relación con Harriet; y si se negaba a cumplir la orden, sería expulsado del Partido y no tendría nada por lo que mereciera la pena vivir. Uno no podía existir sólo para sí mismo y la idea de estar vivo sin algo en lo que creer que fuese menos trivial que su propio y pequeño ego individual resultaba insoportable. Racionalmente, no había ningún problema: era de una mezquindad ilógica preferir a una insignificante burguesa al movimiento

histórico de millones de seres humanos en todos los rincones del globo. Su deber era evidente, pensó, y lo único que estaba en duda era su propio valor y devoción.

Como de costumbre, el Buró había acertado en la condena desde el primer momento de su matrimonio. Desmond intentó esbozar un plan práctico, pero se descubrió incapaz de ir más allá de la teoría general. Pensó en el principio general del trabajo y la discusión colectivos y se sintió más convencido que nunca de que un individuo solo no podía esperar jamás combinar pensamiento y acción con la eficacia objetiva que puede alcanzar un grupo de gente disciplinada que trabaje junta con el mismo objetivo. Recordó un pasaje que había leído en la revista teórica del Partido, donde el autor exponía con concisión una importante verdad que, reflexionó Desmond, era más que pertinente en su presente dilema: según el artículo, obra del principal marxista de Inglaterra, con la decadencia del individualismo capitalista y el desarrollo de formas socializadas de producción, las viejas actitudes morales quedaban obsoletas y la estricta preocupación victoriana por la rectitud individual debía dar paso al concepto, más adecuado y moderno, de la responsabilidad social.

Desmond vio con claridad, como pretendía el autor, que en la práctica aquello significaba que uno debía reconocer la voluntad colectiva del Partido como un criterio ético más válido que los aguijonazos primarios de la conciencia individual, generada por el entorno capitalista en el que todo el mundo, fuera de la Unión Soviética, se criaba. Desmond sonrió para sí al pensar hasta qué punto la conciencia era un revoltillo coagulado de prejuicios inconscientes, emociones irrelevantes, hipocresías y pura ignorancia. Recordó una novela soviética titulada *Un artista desconocido*, en la que un personaje decía: «¿Moralidad? No tengo tiempo de pensar en ella. Estoy ocupado. Ocupado en construir el socialismo. Pero si tuviera que escoger entre moralidad y unos pantalones, escogería los segundos». Era una manera tosca de exponerlo, pensó Desmond, pero en esencia constituía el punto de vista bolchevique ortodoxo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Desmond se había encaminado directamente a su casa y, cuando se descubrió en St. John's Wood, buscó un taxi con el que llevar a cabo el consabido trayecto de distracción. De repente,

reflexionó sobre lo importante que era, en la apurada situación en que se encontraba, no relajarse sino, al contrario, incrementar en todo lo posible el cuidado y la vigilancia.

Por principio, deambuló por Londres una hora más antes de cruzar Kensington Gardens hacia Bayswater Road y Sussex Square. Estaba agotado de la larga caminata y de la penetrante intensidad de sus pensamientos y emociones, así que fue directamente a acostarse sin ser consciente de que aún no había tomado ninguna decisión respecto a lo que haría.

A la mañana siguiente, en el preciso instante en que se disponían a salir hacia Norfolk, Harriet insistió de repente en que Broadstone fuera con ellos y Desmond se enfureció. Durante el desayuno, ella había hablado de los preparativos de la fiesta y había advertido que sería difícil que su marido y ella dispusieran de habitaciones separadas; si llevaba a Broadstone, la única manera de que cupiera todo el mundo sería que el coronel Hammerton y Desmond compartieran un cuarto para que la criada pudiera usar una cama de campaña colocada en el vestidor. La idea le satisfizo porque evitaba la posibilidad de que Desmond entrara por la noche y la arengara sobre sus ideas políticas.

Salieron con retraso y Desmond se mostró especialmente molesto porque le gustaba ser siempre puntual en sus tratos con el coronel, pero cuando llegaron a la puerta de su casa y lo encontraron esperándolos en las escaleras del porche con sus bolsas, Desmond se apeó con aire bullicioso y gritó:

–¡Hombre, hola! ¡Llega media hora tarde!

–El ataque es la mejor defensa, ¿no?

–Discúlpenos, por favor –dijo Desmond en tono alegre–. Harriet ha tenido alguna dificultad con su cara.

–Pues parece haberla superado la mar de bien por el camino.

Continuaron bromeando mientras metían el equipaje en el maletero del coche, y cuando se pusieron de nuevo en marcha hacia Piccadilly, todos estaban de mejor humor. A Broadstone se la veía encantada: le gustaba pasear en coche, y cuanto más largo el trayecto, mejor. Harriet disfrutaba con los cumplidos de Hammerton, Desmond se sintió aliviado de la tensión de estar a solas con alguien con quien apenas se hablaba y el coronel esperaba con

anhelo la cacería.

Hacia la una, se detuvieron en una posada campestre y pidieron pan, queso y cerveza. Se sentaron en unos bancos en torno a una robusta mesa de madera con dos agricultores y hablaron de las cosechas y las riadas. En la barra había una chispeante camarera rubia a quien habían caído bien y que se ofreció a prepararles un té, si les apetecía. Harriet hubiese preferido café, pero sabía lo mucho que le gustaba el té a Broadstone y, en cualquier caso, Hammerton, que fingía coquetear con la muchacha, dijo «Sí, ¿cómo no?», antes de que Harriet pudiera decidirse.

Mientras las mujeres se ausentaban durante unos minutos, después del almuerzo, Desmond y el coronel jugaron a los dardos; se trataba de apuntar al número 50 del centro de la diana y apostar unos centavos a ver quién se acercaba más. Desmond, que había bebido ginger ale en vez de cerveza, ganó siete peniques antes de que reanudaran la marcha. Condujeron deprisa porque Harriet estaba obsesionada con llegar a la granja antes que los demás miembros del grupo para poder organizar las cosas con antelación.

Llegaron antes del anochecer. La casa se encontraba a cinco kilómetros del pueblo y daba a unos grises marjales que se extendían hasta el mar. No había ninguna otra vivienda en los alrededores, tenía cinco pisos de altura y, desde la parte delantera, resultaba impresionante en su simplicidad y amplitud georgianas. Desde los lados, el edificio se veía ridículo porque sólo tenía una habitación de ancho y parecía una suerte de deslustrado escenario visto desde bastidores. El estucado se había descascarillado en algunas partes, dejando al descubierto el ladrillo rojo, y el tejado negro y bajo estaba manchado de musgo. Los achaparrados establos y cuadras de la parte trasera exageraban la altura de la pretenciosa fachada.

Desmond cruzó el patio de la granja y detuvo el coche ante la puerta de la cocina. Se apearon y estrecharon la mano a la mujer del granjero y cargaron el equipaje hasta un angosto vestíbulo. Harriet estaba encantada y pensó que era muy propio de Desmond alquilar un lugar tan delicioso y excéntrico, pero entonces recordó lo irremediabilmente perdido que parecía estar su matrimonio y, para no echarse a llorar, se puso a pensar de inmediato que tenía que airear las sábanas. Abrió la puerta del comedor, entró y observó con

tristeza las manchas de humedad en el sucio papel color carmesí de las paredes, pero luego se acercó al ventanal y vio los marjales silvestres y el mar parduzco más allá y se sintió mejor.

Un claxon sonó en el patio y Harriet se recuperó mientras recibía a los otros dos huéspedes. Uno de ellos, Henry Maitland, era un abogado delgado de pelo canoso que tartamudeaba ligeramente, y el otro era un hombre atractivo y adinerado perteneciente a la Marina y llamado Edward Oglander, que conocía a Desmond desde los tiempos en que habían ido juntos a la escuela. Llevaba un traje chillón de cuadros, como el de un corredor de apuestas, que Harriet estudió distraídamente con una mueca de desagrado en las comisuras de los labios. Los dos la saludaron con bromas fáciles y amistosas, y ella les agradeció el aplomo con que fingían conocerla, como si no acabasen de llegar en aquel mismo instante.

–Los llevaré a sus habitaciones –dijo–. El comedor huele a queso rancio. No sé cómo estarán los dormitorios.

Se reunieron con Desmond, Hammerton y la esposa del granjero en la cocina de suelo de piedra y abrieron una botella de whisky. Broadstone estaba arriba, deshaciendo la bolsa de Harriet, y la doncella de la granja, que rehusó la bebida, se sentía cohibida y subió al primer piso para ver si podía ayudar en algo.

Luego, el grupo se dispersó hasta la hora de la cena. Hammerton se tumbó en la cama a descansar un rato; Harriet y Broadstone llenaron algunas botellas de cerveza con agua caliente y las metieron en las camas, y Oglander, Maitland y Desmond fueron a la sala de armas a engrasar y abrillantar sus aparejos.

Charlaron tranquilamente entre ellos y Desmond pudo mostrarse preocupado sin parecer inhospitalario. Pensó de nuevo en la moralidad y en que era posible que, en algún momento del futuro, se elaborase una ética marxista explícita; sin embargo, de momento, el hombre de la novela soviética tenía razón: hasta que la victoria comunista fuese mundial y completa, sólo había un criterio razonable para distinguir entre lo bueno y lo malo: la acción que facilitase la revolución era buena y la que la obstaculizase, mala.

Desmond convino consigo mismo que, en realidad, las cosas no siempre eran tan sencillas, porque algunos cursos de acción podían resultar útiles y

entorpecedores al mismo tiempo; pero aun así, pensó, uno podía ver cuál de los dos predominaba, y la elección era obvia. Suspiró audiblemente y tensó los músculos de la cara. Encajó la mandíbula de forma perceptible y observó con aire sombrío el ánima de los relucientes cañones plateados de su escopeta.

–¿Cuál es el problema? –preguntó Oglander–. ¿Óxido?

–Una mancha de grasa, creo.

–Déjeme ver.

Oglander inspeccionó los perfectos cañones y luego dijo:

–Si esto le parece un rifle sucio, me alegro de no estar en su regimiento.

A Desmond le complació el tono de admiración de su amigo y miró de nuevo el arma.

–Tal vez haya sido la luz –comentó.

Luego hablaron seriamente de la munición. Según Desmond, la dificultad residía en que, como no contarían con batidores, tendrían que caminar entre los rastrojos. Sin embargo, aquel año había abundancia de pichones y tendrían que decidir si cargar munición del número seis para la perdiz o del cuatro para el pichón. La solución de compromiso, munición del cinco, no era demasiado satisfactoria, convinieron todos, porque con un pichón que se alejaba no servía nada menor que cuatro. Y había que tener en cuenta las agachadizas, añadió Maitland.

Desmond sugirió que, una vez en las marismas, podían cambiar fácilmente al ocho. El problema estaba tierra adentro, y allí se encontraban también las liebres.

Discutieron con entusiasmo hasta que llegó la hora de asearse para la cena.

Justo antes de las ocho se reunieron en la sala para tomar los cócteles, que había preparado Oglander. La bebida estaba fuerte y, a excepción de Desmond, cada uno bebió tres o cuatro copas; cuando entraron en el comedor, lo hicieron hablando a voz en grito. La cena se compuso de sopa de liebre, jamón cocido, mandarinas, queso y café. Hablaron de lo que harían al día siguiente y decidieron ir tierra adentro por la mañana y por la tarde y, para aprovechar la luna, salir a las marismas a cazar patos después de la cena. Ya les había advertido, dijo Desmond, que tendrían un día exigente y a la vez

entretenido.

–Lamento la falta de batidores, pero lo que ocurre es que todos los hombres están ocupados en la cosecha de la patata –indicó, y luego añadió–: Aunque podríamos probar con unos pequeños sobornos y algo de corrupción.

Discutieron la idea y Maitland propuso que se reunieran a hablar con el granjero después de la cena.

–No cuenten conmigo –dijo Hammerton–. No puedo apoyar nada que interfiera en las cosechas.

Desmond se irritó consigo mismo por no haber tenido en cuenta el entusiasmo que sentía el coronel por la agricultura. Era evidente que lo desaprobaba. Bebió un trago de cerveza de jengibre y pensó, malhumorado, en cómo desde el día que se casó todo había empezado a ir cuesta abajo.

–Tiene razón, por supuesto –admitió con franqueza, mirando a Hammerton–. Ha sido una propuesta deshonrosa.

–Muy inicua, la verdad –dijo el coronel.

Los demás se tomaron el incidente menos en serio que Desmond y pronto retomaron el hilo de la conversación. Después de cenar, los hombres jugaron al bridge, aunque tenían previsto acostarse temprano. Harriet se puso a tejer un jersey amarillo brillante y le asombró descubrir que estaba disfrutando bastante, pero entonces advirtió que era porque apenas se había quedado a solas con Desmond.

El tiempo era bueno, aunque ventoso, cuando montaron en los coches después del desayuno. Llevaban con ellos a un guardabosque con tres perros y le pidieron a Harriet que fuese con Desmond para ayudarlo a marcar las piezas. Ella no disparaba, pero le gustaba mirar y estaría todo el día cerca de los demás, donde siempre pudieran oírla, pensó. Y, en cualquier caso, sabía que Desmond estaría tan concentrado en cobrarse el mayor número de piezas que no le diría nada íntimo o perturbador.

Las aves no eran recelosas, pero había pocas. Harriet disfrutó con la emoción de caminar despacio a la espera de que en cualquier momento levantaran el vuelo, gritando a pocos metros de sus pies. Siempre le daban un

susto, pero le resultaba vigorizante verlas detenerse en pleno vuelo y desplomarse en el suelo con un golpe sordo.

Antes del almuerzo decidieron recorrer un bosquecillo en busca de faisanes. El espeso sotobosque y las peligrosas ramas que colgaban dificultaban la posibilidad de realizar un disparo limpio. No se veían los unos a los otros y tenían que avanzar con cuidado, gritando de vez en cuando para no salirse de la línea y provocar un accidente.

En un momento determinado, Desmond se volvió para mirar a Harriet, que se había detenido a atarse el cordón del zapato, y vio una liebre que se escabullía detrás de ella. Levantó el arma y la bajó enseguida, pensando en lo terriblemente fácil que habría sido que un tirador descuidado o excitado se arriesgase a disparar y alcanzase a Harriet. Miró con rapidez a su alrededor y gritó para saber dónde se encontraban los demás. Se habían adelantado bastante, y Desmond tocó el arma con desesperación. Luego miró a su mujer un momento, puso el seguro y dijo con aspereza:

–Vamos, no me atrevo a disparar hasta que los hayamos alcanzado.

Cuando salieron de nuevo a los rastrojos, Desmond abatió once pájaros con once cartuchos. Había disparado con brillantez y, mientras volvían a la granja para el almuerzo, todos lo felicitaron, pero a pesar de la cordialidad y del entusiasmo de sus amigos, se sentía deprimido y displicente. Habría sido un almuerzo embarazoso si Harriet no se hubiese sentido mejor debido al paseo matutino y no hubiera charlado de trivialidades con Oglander, que rara vez se fijaba en los sentimientos de los demás. Hammerton estaba hambriento y disfrutó de la comida y Maitland se convirtió en un experto en romper silencios antes de que fueran perceptibles.

Después del almuerzo, Harriet dijo que se cansaría si volvía a salir con ellos y que quería reservarse para cuando fueran a cazar patos, por la noche.

–En cualquier caso –añadió, dirigiéndose a Desmond–, tengo que ir al pueblo a comprar, siempre que vosotros podáis pasar con un solo coche.

–¿Por qué no encargas la compra por teléfono? –preguntó él.

–Es difícil comprar por teléfono. Yo no sé nunca lo que quiero hasta que lo veo.

Harriet y Broadstone se pusieron en camino tan pronto como los hombres

se hubieron marchado. El mercado del pueblo estaba muy concurrido y aparcaron el coche y recorrieron las estrechas calles centrales con los cestos. Harriet compró unas langostas. Luego pasaron ante un gran cine de cemento y se fijó en que proyectaban *Casablanca*.

–Me han dicho que es maravillosa –comentó Harriet.

Se detuvieron a mirar los fotogramas y Harriet consultó su reloj y luego los horarios de las proyecciones. Si entraban, verían toda la película principal y llegarían a casa con tiempo suficiente para preparar la cena. Dudó unos momentos, porque se sentía culpable, y miró a la doncella.

–Parece un despropósito ir al cine en una tarde tan agradable como ésta, en pleno campo.

–A mí, las películas me gustan siempre –dijo Broadstone.

Entraron y Harriet adquirió localidades para la primera fila del anfiteatro. La película era una versión elegante y contemporánea de un drama de espías tradicional, y la espléndida mezcla de camareros siniestros, mujeres voluptuosas y rutilantes y escenarios exóticos resultaba tan distinta de la experiencia directa de Harriet del espionaje real de Desmond, que le pasó completamente por alto la relación entre la película y su propia vida. Disfrutó cada minuto del film y, cuando salieron, descubrió que era mucho más tarde de lo que esperaba.

El regreso a la granja a toda velocidad las estimuló y, a la hora de cenar, Harriet advirtió que hacía semanas que no se sentía tan feliz. Los hombres hablaron de la tarde de caza y de las perspectivas para la noche. La luna estaba en la fase adecuada y el fresco de las últimas noches atraería los patos a centenares, comentó Hammerton.

Harriet habló con entusiasmo de la película que había visto y nadie se fijó en que Desmond estaba desacostumbradamente tenso y callado.

Mientras tomaban grandes tazones de café con ron, Broadstone entró en la sala para anunciar que había una llamada telefónica de Londres para Hammerton.

Como dijo Oglander, el coronel regresó del teléfono como si hubiera ganado

el Grand National. Estaba radiante y dijo que había hablado con su segundo al mando y que éste había oído algo relacionado con Desmond. Se sentó y le pidió que sacara su mejor botella de brandy.

–¿Qué ocurre? Suéltelo ya –lo instó Maitland.

–Brandy –dijo para intrigarlos.

Cuando trajeron la botella, el coronel propuso un brindis... por Desmond. Explicó que, como resultado de la injerencia fuera de lugar de cierto oficial de alta graduación del Estado Mayor Imperial, él, Hammerton, había perdido un oficial ayudante de lo más cualificado: lo que ocurría era que a Desmond lo habían nombrado para ocupar un puesto de gran responsabilidad que conllevaba su ascenso en al menos dos grados.

–La próxima vez que lo veamos en un desfile, llevará galones rojos.

Maitland y Oglander aplaudieron, no sin cierta ironía, y bebieron con entusiasmo por el impresionante éxito de Desmond.

–Y usted, ¿no bebe? –le preguntó Hammerton a Harriet.

–No –respondió ella con aire sombrío.

–Su marido tiene un futuro prometedor –le dijo él en tono muy serio. Harriet guardó silencio–. Anímese –continuó Hammerton–. Cuando vaya a Washington y a todos esos sitios, podrá acompañarlo y disfrutará mucho.

–Desmond quiere renunciar a su cargo y dedicarse a la política –dijo Harriet, y luego añadió–: Va a hacerse comunista.

–¡Eso no tiene ninguna gracia! –gritó Desmond tan fuerte que los otros se quedaron pasmados ante su rudeza.

–No, no la tiene –replicó Harriet con los labios apretados y mirando a su marido a los ojos.

Las mujeres eran absolutamente irresponsables, pensó Hammerton y, para aliviar la tensión, propuso que se terminaran el brandy al regreso, porque ya era hora de salir por los patos.

–La luna no espera, ni siquiera a personas de un rango tan elevado como el de Desmond –dijo.

Harriet decidió aprovechar la oportunidad para dejar las cosas claras con su marido. Subió a su habitación sin decir palabra y se puso un calzado más apropiado.

Caminaron en fila india por las marismas y se dividieron en tres grupos: Desmond y Harriet, Hammerton y el guardabosque, y los otros dos.

Desmond y Harriet se escondieron a la orilla de un trecho abierto de agua y se quedaron quietos y callados mientras observaban los reclamos que habían lanzado al centro de la charca iluminada por la luna. Permanecieron atentos al sonido de los aleteos de los pájaros que se acercaban a comer y Harriet empezó a hablar, pero Desmond le dijo que se callara o ahuyentaría todo lo que estuviese a varios kilómetros de distancia. Ella insistió pero, como él no respondía, dejó de hacerlo tras varios intentos. Se quedó inmóvil entre las cañas, desesperada e incapaz de decidir qué hacer. Lo que sabía seguro, pensó, era que, sucediera lo que sucediese, no había que permitir que Desmond ocupara su nuevo puesto; sin embargo, no se le ocurría cómo impedirselo.

Harriet observó entre las oscuras cañas los ridículos y poco convincentes patos de madera que cabeceaban en las rizadas aguas. Eran versiones gigantes de los que uno acostumbraba a tener en la bañera de pequeño, pensó, y de repente sintió mucho miedo. ¿Y si se quedaba embarazada? Todo le resultaba tan abrumadoramente difícil que se mareó y tragó saliva de forma audible. El cocker spaniel que llevaban consigo empezó a gemir y ella se agachó a acariciarlo mientras Desmond le susurraba que no se moviera. Estaban entrando, dijo.

Con sus alargados cuellos extendidos, una bandada de unos veinte patos salvajes se acercó aleteando y Desmond derribó uno con cada cañón y, al cabo de pocos segundos, oyeron que Hammerton, a unos cien metros de distancia, disparaba dos tiros. Los pájaros heridos cayeron al agua aleteando con un chapoteo, y el pequeño y anhelante spaniel salió por ellos gimiendo de impaciencia. Harriet intentó no emocionarse ni sentirse complacida por la destreza de Desmond.

Tensos, esperaron la siguiente bandada. Desmond miró hacia Harriet, que estaba de espaldas a él y con la cabeza vuelta hacia el cielo, a pocos metros de distancia. Alzó la escopeta, vio su silueta negra al final de los brillantes

cañones y, con un agudo clic, quitó el seguro. Sudoroso, tocó el gatillo un segundo y disparó y la derribó como si fuera un conejo.

Gritó y luego aulló con una suerte de gorgoteo, y cuando Hammerton y los otros se acercaron, le salían de la boca burbujas de saliva. Abría y cerraba la boca como un maníaco pero no conseguía articular palabra y entonces, mientras Oglander llegaba a su lado, se desmayó al borde de la lodosa charca.

Hammerton movió a Harriet con cuidado, le buscó el corazón y emitió un largo silbido de alivio al descubrir que latía. Mojó su pañuelo, se lo aplicó en la frente y Harriet abrió los ojos y preguntó, con voz débil, qué había ocurrido.

El agua revivió a Desmond y pudo volver caminando a casa sin ayuda. Hammerton, Oglander y Maitland se turnaron para llevar a Harriet. No la había alcanzado ninguna bala pero la deflagración le había causado tal conmoción que no se tenía en pie. La cabeza le daba unos terribles pinchazos y tenía chamuscada y dolorida la nuca.

Cuando llegaron a la granja, Oglander telefoneó pidiendo un médico mientras Broadstone acostaba a Harriet y le ponía botellas de agua caliente. Hammerton sirvió a Desmond un brandy con soda bien cargado y lo reconfortó diciéndole que no era la primera vez en la historia que alguien había disparado un arma por error y que bien estaba lo que bien acababa. Harriet sólo sufría una conmoción y el más afectado era el propio Desmond.

El médico llegó al cabo de una hora y ordenó a Harriet que se quedara en cama un par de días. Con una conmoción, aunque fuera leve, era mejor prevenir que curar, aunque no había sufrido ningún daño.

Harriet se quedó en casa leyendo el resto del tiempo que pasaron allí. El día antes de regresar a Londres, se hartó de las novelas y trató de terminar el libro sobre la psicopatología de la vida cotidiana que había empezado en el viaje a Suiza. Le resultó difícil y tedioso, pero extrañamente espeluznante.

Desmond no se refirió al accidente ni habló en privado con ella porque Harriet lo evitó por completo, saliendo de cualquier habitación donde se quedase a solas con él. Para Desmond era un alivio que ella se comportase de aquel modo porque no tenía nada que decir y le daba un miedo espantoso que su determinación se debilitase si era amable con ella, si fingía afecto y recordaba el amor que hasta hacía poco le había profesado.

Tan pronto como regresaron a Sussex Square, Desmond volvió a salir envuelto en un viejo gabán azul a su cita con Mark y Alek. Estaba enfadado consigo mismo por su incompetencia y se sentía humillado ante la perspectiva de tener que confesar su fracaso ante dos personas tan jóvenes. Al mismo tiempo, resultaba gratificante poder informar de su ascenso.

Ahora habría que reconsiderar por completo el problema de Harriet. Era necesario diseñar un nuevo plan, absolutamente infalible. Otro accidente resultaría sospechoso y por lo tanto, se dijo, quedaba claro que el Buró en conjunto tendría que colaborar activamente con él. Era imposible que una persona sola llevara a cabo una tarea tan complicada y peligrosa.

En la chimenea del salón del sótano ardían unos troncos. Desmond, de espaldas al fuego, expuso su informe y sus recomendaciones con brevedad y de forma sistemática.

–¿A qué distancia estaba usted cuando disparó? –preguntó Alek.

–A unos palmos.

–Haga el favor de explicar cómo pudo errar el tiro a esa distancia.

–Estaba oscuro.

–¿Por qué no lo intentó a la luz del día?

–Por una buena razón –replicó Desmond con irritación–: No podía estar seguro de que no me viera alguno de los demás miembros del grupo.

–¿Qué día fue eso?

Desmond se lo dijo.

–¿A qué hora? –insistió Alek.

–Hacia las diez, creo.

–¿Cómo se llama la casa de campo?

–Fulton Wick.

–¿Y el nombre del dueño?

–¿Por qué demonios me hace todas estas preguntas? –quiso saber Desmond, furioso.

–¿Debemos entender –intervino Mark con una expresión socarrona– que existen ciertos hechos que usted pretende ocultar al Buró?

–No, nada de eso –replicó él.

–¿Qué pasos propone usted ahora para llevar a cabo sus instrucciones? –preguntó Alek con voz paciente.

Desmond vio que tendría que hacer un esfuerzo para dominarse. Había demasiado en juego para permitir que su desdén por la estupidez de Alek perturbara sus relaciones con el Partido.

–Ya he dicho que necesitaré la ayuda práctica del Buró –contestó–. Informe usted de que ésta es mi firme opinión.

–Las instrucciones son muy claras –replicó el joven ruso–. El único responsable de la tarea es usted.

Desmond comprendió que aquellos dos hombres eran aún más inexpertos de lo que él había pensado. Simplemente no entendían que en Inglaterra no eran privilegiados funcionarios del Estado, respaldados por todo el poder de la policía y de la ley, como sucedía en su país. Parecía faltarles la imaginación necesaria para darse cuenta de que el trabajo ilegal en un país extranjero no podía amoldarse a unas órdenes burocráticas rígidas y decidió que tenía el deber de ayudarlos a mejorar su enfoque.

–Yo soy un miembro del Partido más veterano y experimentado que ustedes –dijo en tono paternal– y es necesario que comprendan que todavía no han aprendido cómo se trabaja aquí. Me corresponde enseñarles todo lo que pueda pero, para hacerlo, debo pedirles que sean un poco más comedidos en su actitud.

Desmond observó con atención sus rostros inexpresivos y continuó hablando de la necesidad de proceder a una planificación más flexible y en colaboración. Y, para no dar la impresión de que tenía pretensiones de superioridad moral, mencionó el grave error que había cometido él mismo al olvidar estos principios en relación con la falta de autorización para casarse.

Alek consideró que ya era hora de dejar la cháchara e ir al grano.

–¿Acepta usted llevar a cabo sus instrucciones, sí o no? –le interrumpió.

Desmond, al borde de la histeria de pura irritación, logró controlarse y respondió con firmeza:

–En principio por supuesto que acepto. Pero sería una locura llevar a cabo otro intento apresurado y desorganizado.

Camino de casa, Desmond reflexionó sobre la reunión y llegó a la conclusión de que no debía olvidar en ningún momento que Mark y Alek eran demasiado jóvenes para haber participado en la revolución. Eran funcionarios, servidores del Estado, y sería tonto por su parte esperar que se comportaran con la camaradería de unos rebeldes: no habían estado nunca en conflicto con sus autoridades y, por supuesto, su psicología era muy distinta a la de la gente acostumbrada a correr riesgos y a sacrificarse por una causa peligrosa.

Mark y Alek siempre habían obedecido al poder establecido –de lo contrario, no habrían ascendido al puesto de responsabilidad que ahora desempeñaban–, y tenían la mentalidad de jóvenes alguaciles más que de políticos iconoclastas. Desmond evocó el infantil interrogatorio de Alek, aquella especie de tercer grado, y llegó a la conclusión de que, en efecto, lo más probable es que los dos rusos hubieran salido de alguna comisaría de provincias.

A la mañana siguiente, Alek informó al Buró de que la conducta de Lightfoot había sido indisciplinada, locuaz y evasiva. Las órdenes no se habían cumplido y, en respuesta a una pregunta directa, Lightfoot había puesto dificultades y planteado contrapropuestas contemporizadoras.

El subdirector, que no había decidido aún cuál sería su recomendación final, intervino para llamar la atención de los reunidos sobre el hecho, en primer lugar, de que Lightfoot había demostrado que no se podía confiar en él y de que, en segundo lugar, proponía –les quedaba por averiguar el motivo– que el propio Buró se involucrara directamente en la eliminación de la mujer. De nuevo, se refirió a la crítica situación internacional y terminó con un comentario general acerca de la importancia de las responsabilidades que

recaían sobre ellos.

El representante del Partido, Mankovsky, intervino pausadamente con su voz profunda y manifestó que corrían el riesgo de pasar por alto un aspecto muy importante de la cuestión, como era el ascenso de Lightfoot. En aquellas circunstancias, más que nunca, era preciso no llegar a conclusiones precipitadas que pudieran privar de un valioso contacto al movimiento.

El hombre del NKVD aprovechó una pausa para interrumpirle de forma brusca con la observación de que tal ascenso quizá no fuera una coincidencia. Les recordaba a todos, añadió, que Lightfoot estaría ahora en constante relación con el Profesor y que no era inconcebible que fuera esto, precisamente, lo que las autoridades británicas deseaban.

—Tiene la palabra el representante del Partido —intervino el subdirector, cortándolo con firmeza.

Mankovsky continuó hablando sin alterarse. Expuso que en el trabajo revolucionario siempre hay que correr algunos riesgos y que él no podía suscribir la mezquina suspicacia burocrática que detectaba en los comentarios de quien acababa de hablar. Como había dicho anteriormente, el historial de Lightfoot era bueno y el hecho de que no hubiera podido, hasta el momento, dar cumplimiento a una orden especialmente difícil no demostraba que fuese desleal. Aquí no se trataba de una cuestión abstracta: tenía que ver con hombres y mujeres de carne y hueso, y era evidente que a ninguno de los reunidos le agradaría tener que encargarse de una misión como la que le había tocado a Lightfoot. En conclusión, dijo, competía al Buró tener el valor de decidir si daba crédito o no a la honradez de Lightfoot y proporcionar a éste la máxima colaboración si se decidía que, en conjunto, era más probable que fuera de fiar que lo contrario.

El subdirector estaba más preocupado por cumplir al pie de la letra la decisión del Kremlin que por sopesar los pros y los contras de la situación concreta a la que se enfrentaban. Moscú había ordenado que Lightfoot eliminara a la mujer. El Buró tenía el deber de procurar que la orden se cumpliera: ésta era, decidió de pronto, la esencia del asunto.

—El camarada Mankovsky nos ha proporcionado una útil dirección política —expuso— y sugiero que está justificado que demos por cierta la buena

intención de Lightfoot. Propongo, pues, que se le conceda una segunda oportunidad. Lo único que nos queda por acordar ahora es la naturaleza y el grado de colaboración práctica que puede proporcionarle el Buró.

El representante del NKVD conocía el poder del Partido, del cual era miembro, naturalmente, y no quería quedarse aislado en la oposición.

—Debe entenderse —expuso, a la defensiva— que tengo la obligación de ser suspicaz, pero que esto no significa necesariamente que discrepe de la postura del camarada subdirector. Sólo deseo asegurarme de que se toman en cuenta todas las posibilidades.

Discutieron durante un rato diversas maneras de llevar a cabo la eliminación y, al final, Mankovsky planteó que, en aquellas circunstancias concretas, la mejor manera de llevar a la práctica las instrucciones del director sería ordenar a Lightfoot que elaborara y presentara al Buró un plan detallado, incluida una exposición de la forma concreta en que éste aportaría su ayuda. Así, sobre la base del plan de Lightfoot, podrían decidir exactamente qué hacían y qué no.

Alek, que no había abierto la boca desde que presentara su informe al principio de la reunión, recibió instrucciones de transmitir la decisión a Lightfoot. A continuación, los miembros del Buró dejaron la sala en su habitual orden de precedencia.

Cuando acudió a Hampstead aquella tarde, Desmond observó un apreciable cambio en la frialdad de Alek. Buena señal, pensó. Era evidente que los altos cargos del Buró estaban complacidos con su ascenso y que habían apreciado su sensatez al proponer que se diera cumplimiento a la orden de manera organizada. La mejoría de la atmósfera que reinaba en el salón del sótano fue tan marcada que Desmond recobró su habitual confianza y al salir, mientras caminaba hacia Ken Wood, empezó a pensar que finalmente sería capaz de encontrar la manera de superar la terrible dificultad a la que se enfrentaba.

Regresó al club. La cita había sido a las seis y llegó a tiempo de cenar a las ocho. Una decena de conocidos, por lo menos, se acercó a felicitarlo por el nombramiento, y estuvo ocupado charlando y bromeando hasta las once.

Entonces, buscó un sillón mullido y se retrepó en él.

El problema, pensó, era que debería actuar muy deprisa, pues no podía permitir que Harriet hiciera un solo comentario más en público respecto a su abandono del ejército. Por suerte, en Fulton Wick nadie la había tomado en serio; sin embargo, si volvía a decir algo parecido, todos empezarían a preguntarse qué había detrás de ello. Decidió que era inevitable que lo hiciera y, tan pronto como pensó en todo aquello, su optimismo anterior se desmoronó y la situación empezó a parecerle casi demasiado crítica como para ponerse a pensar en ella.

Sus pensamientos volaban constantemente a su infancia en Irlanda y tuvo que obligarse una y otra vez a concentrarse en el problema. Intentó enumerar sus elementos, uno a uno. Por supuesto otro accidente quedaba descartado, y un suicidio sería difícil de preparar. Poco más se le ocurría. Tal vez, pensó, el Buró podría facilitarle algún germen letal; al fin y al cabo, el Partido contaba con inmensos recursos y resultaba ridículo limitarse a pensar en la clase de métodos al alcance de un personaje de novela de detectives. Sin embargo, cuando imaginó lo que podía hacerle a Harriet, le pareció como si su cerebro se fundiera de nuevo y creyó que iba a desmayarse. Durante unos segundos, estuvo casi inconsciente.

Se acercó un camarero y pidió café, pero no se sintió mejor; le dolía la cabeza y estaba mareado y las náuseas le impedían concentrarse. Aquellos repetidos episodios de mareos lo tenían preocupado y se preguntó si debería consultar a un médico para ver a qué se debían.

Abandonó el club y tomó un taxi para regresar a casa.

Poco después de que Desmond se marchara a su cita con Mark y Alek, Harriet había telefoneado a Caroline para pedirle que acudiera corriendo a Sussex Square y esperaba, impaciente, la llegada de su prima. Se cambió de vestido, se sirvió una bebida y deambuló arriba y abajo por la estancia. Subió a ponerse otros pendientes, volvió al salón, abrió las cortinas del mirador y se quedó observando el exterior con la punta de la nariz pegada al frío cristal.

Decidió que Caroline llegaría antes de que hubiera contado veinte taxis,

pero venían muy pocos y dejó de prestar atención antes de que hubiera pasado una docena. Le había dado la impresión de que todos reducían la marcha al pasar ante su puerta y luego, de un modo exasperante, volvían a acelerar hasta desaparecer de la vista. Regresó al salón, echó un poco de carbón al fuego e intentó leer el periódico vespertino. Con esfuerzo, se concentró en un breve artículo y decidió no volver a asomarse a la ventana hasta que lo terminara.

Cuando sonó el timbre estaba en la cocina, hablando con Broadstone. Acudió a toda prisa a abrir la puerta y casi lloró de alivio al ver que finalmente su prima había llegado. Hasta que vio a Caroline sonriéndole, de espaldas a la chimenea del salón, no se dio cuenta de lo asustadísima que estaba.

Le ofreció una copa, inició una conversación vacilante y retrasó el momento de contarle por qué la había hecho acudir. Deambuló por el salón, nerviosa, y se produjo entre ellas un silencio incómodo y un intercambio de miradas furtivas.

—¿De qué se trata? —le preguntó de pronto Caroline.

Harriet la puso al corriente del ascenso de Desmond y del accidente y, a continuación, preguntó a su prima si había leído cierto libro de Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana*.

—Sí, en efecto. ¿Por qué?

—Trata sobre accidentes.

—¿Qué quieres dar a entender?

—No estoy segura. De eso quería hablar contigo.

Caroline observó que a su prima le castañeteaban ligeramente los dientes y que estaba muy pálida. Se sentó en el brazo de su silla, le rodeó los hombros con afecto y murmuró:

—Pobre Harriet...

—Creo que me estoy volviendo loca —dijo ésta—; tengo la convicción de que lo que sucedió en Fulton Wick fue un accidente freudiano; en su subconsciente Desmond quería dispararme, no me cabe duda. Estoy aterrorizada.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Casi no recuerdo nada. Una nube ocultó la luna y escuché un chasquido seco, y luego volví en mí y reconocí a Hammerton arrodillado a mi lado.

–¿Estaba oscuro?

–No. Había unas cuantas nubecillas y una brillante luna llena.

–¿Desmond estaba en buena forma?

–Sí, disparaba excepcionalmente bien.

–Esto demuestra lo peligrosa que es la psicología para aficionados – sentenció Caroline después de reflexionar unos segundos–. Seguro que la tesis del libro de Freud es que el inconsciente es de una eficacia implacable en conseguir lo que quiere. Los «accidentes» que describe demuestran que tiene una eficacia letal, por lo que el hecho de que todavía estés viva no sugiere que de una manera subconsciente quisiera dispararte, sino todo lo contrario. De otro modo, no habría fallado.

Harriet se mostró agradecida, pero nada convencida.

–Tienes que quedarte a cenar –dijo.

–¿Dónde está Desmond?

–Cenando en el club, dice. Pero yo creo que está espiando.

El odio exacerbado con el que lo dijo sorprendió a Caroline y desvió el curso de sus pensamientos.

–¿Estás enamorada de él? –preguntó.

–No –fue la fría respuesta de Harriet.

–¿Por qué te casaste con él?

Harriet abandonó la estancia y se dirigió a la cocina a decirle a Broadstone que Caroline se quedaría a cenar. Cuando volvió, respondió:

–No es fácil de explicar. Me halagaba que fuese mayor que yo. Me hacía sentir madura e importante. Y me atraía físicamente.

–¿Y ahora no?

–Detesto sus gruesas uñas.

Entró Broadstone y preguntó qué les apetecía cenar.

–Tomaremos algo de carne –indicó Harriet.

Se sentaron junto al fuego y Harriet convenció a Caroline de que en realidad ya no estaba enamorada y de que ahora se sentía segura de aborrecer a Desmond y de que su matrimonio había terminado. Fumaron y bebieron un whisky suave y, entonces, Caroline dijo:

–¿Puedo darme un baño antes de la cena? Mi calentador de agua no

funciona cuando bajan la presión... y pienso mejor en la bañera.

Harriet subió con ella y encontró una toalla caliente en el secador. Mientras Caroline se bañaba, Harriet se puso un vestido de noche más escotado de lo habitual y se recogió el pelo en lo alto de la cabeza, de modo que parecía mayor, con un atractivo más maduro.

Caroline estaba recostada en la bañera, sumergida en el agua humeante. Era una lástima, se dijo, que Harriet recordara tan poco del accidente. Y entonces, de pronto, al pensar en el clic que Harriet había oído un momento antes de que el arma se disparara, se incorporó bruscamente: lo que su prima había oído era, sin duda, el chasquido del seguro del arma al saltar. Cabía la posibilidad, supuso, de quitar el seguro a un arma de forma inconsciente, pero era muy improbable que tal cosa le sucediera a Desmond, un experto en armas de fuego que había sido educado desde muy pequeño para manejarlas con sumo cuidado. Y resultaba curioso, pensó, que fuera Hammerton, y no Desmond, quien la había atendido. Era un detalle en el que no había caído al principio y estaba claro que podía ser la clave de lo que había sucedido. Se secó y se vistió de prisa y llamó a Harriet mientras bajaba de nuevo al salón. Harriet la siguió un par de minutos después y, tan pronto como entró en la habitación, Caroline le preguntó:

—¿A qué distancia se encontraba Hammerton cuando se produjo el accidente?

—Estaba apostado a unos cien metros.

Si Hammerton había sido el primero en llegar, Desmond tenía que haber sido increíblemente lento en acudir al rescate, pensó Caroline, pero no dijo nada porque justo entonces llegó Broadstone para anunciar que la cena estaba preparada.

En la mesa, con la criada presente, sólo pudieron hablar de las obras de teatro que habían visto y de los detalles sin importancia de la salida de caza.

De nuevo a solas en el salón, mientras tomaban café, Harriet tuvo ocasión de describir cómo, cuando Hammerton lo felicitaba por su ascenso, ella les había dicho que Desmond apoyaba el comunismo.

—¡Bien hecho! —dijo Caroline, alborozada. Luego, de repente, se puso seria—: ¿Y después de esto salisteis y Desmond abatió dos patos y casi de

inmediato se le disparó la escopeta y te rozó la coronilla?

–Sí, ya te lo he contado.

–¿Cómo era el clic que oíste?

–Metálico.

–¿Podría ser el chasquido del seguro de un arma al saltar?

–Diría que sí.

–¿Quién te llevó de vuelta?

–Los demás se turnaron. No vi dónde estaba Desmond.

–En cualquier caso, ¿no hizo nada por colaborar?

–No, nada.

Caroline supo en aquel momento que había llegado a una conclusión:

–Me parece que ya sé lo que pienso –dijo–. Como tú, no puedo creer que fuese un accidente, pero diría que tu interpretación está equivocada por completo. Se trata de todo lo contrario: ahora estoy segura de que Desmond, conscientemente, quería matarte, pero no pudo hacerlo y fue su inconsciente el que le hizo apuntar demasiado alto.

Harriet siempre había estado convencida de que no se trataba de un accidente, y el pánico le había petrificado pensamientos y sensaciones. Estaba pálida, con la mirada fija, tenía gotitas de sudor en la frente y los labios tan secos que casi no podía hablar.

–Dime qué hacer –balbuceó, y alzó la vista hacia Caroline.

Las dos se miraron a los ojos durante unos segundos y luego Caroline añadió con absoluta rotundidad:

–Márchate. Ahora.

–¿Adónde?

Discutieron si debía ir a casa de su madre y decidieron que era el primer lugar donde Desmond buscaría. Éste, aseguró Caroline, era un maníaco y Harriet tenía que desaparecer por completo durante un tiempo. Debía llevarse a Broadstone y refugiarse en alguna de las casas de campo de su padre, que había amueblado para un administrador de fincas que todavía no había regresado de Extremo Oriente. Nadie, ni siquiera su madre, debía saber dónde estaba.

–Llamaré un taxi –dijo Caroline–. Prepara una maleta y estate lista cuando

vuelva.

Harriet corrió a la puerta pero, antes de salir, se volvió y dijo:

–Dios, qué agradecida te estoy, prima.

Caroline estaba impaciente, casi llevada por el pánico.

–De acuerdo, pero date prisa.

Caroline abrió la puerta y empujó a Harriet al pasillo, hacia la escalera.

Cuando ya salía a la calle, volvió la cabeza y añadió:

–Si llega Desmond antes de que vuelva, deja la bolsa y sal tal como estés.

Me encontrarás en la acera junto a Lancaster Gate.

Harriet llamó con urgencia a Broadstone y corrió a su habitación, donde empezó a arrojar sobre la cama la ropa de los cajones de la cómoda. Estaba totalmente convencida de que hacía bien al marcharse y tuvo una indecible sensación de alivio y alegría por que todo hubiera terminado. Era la salida más evidente y pensó en la locura que había cometido al quedarse tanto tiempo; ahora, lo único que importaba era escapar antes de que Desmond regresara.

Llamó a gritos a Broadstone y corrió al baño a recoger los palos de naranjo, el jabón y los cepillos de dientes en una bolsa de esponjas. Le dijo a Broadstone que se diera prisa: se marchaban y ya se lo explicaría todo más tarde.

–Vamos, vamos, de prisa –gritó.

Ya estaban preparadas, esperando con las bolsas, cuando Caroline volvió en el taxi. Harriet escribió una nota apresurada para Desmond y la dejó en la mesilla del recibidor. Decía:

Desmond, me marcho para siempre y no tengo intención de volver a verte o hablar contigo nunca más. Mi madre no sabe dónde estoy, por lo que es inútil que la llames, pero haz el favor de mandar toda mi ropa a su casa. Harriet.

Caroline dio la dirección de su casa al taxista, pero Harriet dijo que no se quedaría allí. Desmond supondría que había ido a casa de su prima. Caroline arguyó que era demasiado tarde para marcharse al campo aquella noche y los hoteles estaban siempre llenos. Así pues, indicaron al taxista que diera vueltas al parque mientras decidían qué hacer.

Harriet dijo que no iría a un hotel porque Desmond era capaz de llamar a todos y descubrir dónde estaba. Broadstone escuchó atentamente para averiguar lo que sucedía y el taxista continuó hacia la dirección que le habían dado al principio, de modo que, al fin, como a Harriet no se le ocurrió ninguna alternativa, ella y Broadstone tuvieron que pasar la noche en la habitación de invitados de Caroline. Por la mañana, muy temprano, salieron hacia Leicestershire.

A su llegada a Londres para comunicar la nueva línea política al Buró, el director Zobotkin se había enterado con disgusto de la decisión de conceder una segunda oportunidad a Desmond. Al día siguiente, cuando Alek informó sobre la desaparición de la mujer —y sobre la pretendida incapacidad de Lightfoot para sugerir cómo o dónde dar con ella—, Zobotkin pudo reiterar lo justificadas que habían sido sus severas críticas. Convocó al pleno del Buró y leyó un discurso en el que expuso terminantemente la línea que había que adoptar.

Empezó por decir que, en su actividad, la falta de eficiencia y la debilidad eran sinónimos de traición, y que Lightfoot había demostrado ser, sin la menor duda, débil e incompetente. Zobotkin hizo una pausa y, con aire taimado, continuó diciendo que, además, había que tomar en consideración la curiosa coincidencia de su reciente promoción, que lo pondría en constante relación con el Profesor. El Buró sabría apreciar, comentó, la importancia fundamental de proteger la labor de este último; todos los presentes debían entender que, aunque no hubiera pruebas irrefutables de que Lightfoot no fuera de fiar, había que adoptar medidas para asegurarse de que no llegaba a sospechar que el Profesor era un camarada comunista.

Un principio vital de la clandestinidad, señaló, era que a tan altos niveles los diversos agentes debían mantener un absoluto desconocimiento de los demás; existían expresiones y enfoques característicos de las cuestiones por las cuales hasta el miembro más cauto del Partido podía ser reconocido por otro. Así pues, en cualquier caso el Buró habría tenido que decidir cuál de los dos contactos conservaba.

Vista la situación, dijo Zobotkin, la elección era evidente: Lightfoot debía

ser liquidado y el único problema era determinar cuál sería la manera más conveniente de alcanzar este objetivo. La cuestión, en este punto, estaba íntimamente ligada a la nueva línea que había venido a exponer a Londres.

Por supuesto, podían acabar con Lightfoot pegándole un tiro en la oscuridad en Hampstead Heath, pero ésta sería una acción demasiado negativa para sus intereses; el Buró tenía el deber de sacar ventaja política de cualquier situación, por poco halagüeña que fuese, y la decisión que él había tomado, anunció con un ligero tono de autocomplacencia, tendría este efecto y no representaría el menor riesgo para la organización.

El director Zobotkin hizo una pausa y, a continuación, expuso su propuesta de denunciar anónimamente al comandante Lightfoot a las autoridades británicas, por espía. El Buró tendría que aportar pruebas más que suficientes para asegurarse de que, incluso aunque Lightfoot hubiera sido un agente doble, no se le permitiría asumir su nuevo empleo. Era preciso que quedara clara constancia de que había proporcionado mucha más información a la Unión Soviética que a la inteligencia británica; de este modo, se conseguiría el primer objetivo del Buró: alejar a Lightfoot de cualquier relación con el Profesor.

Sin embargo, continuó Zobotkin, en segundo lugar tenían que considerar la posibilidad de que aquel hombre hubiera tenido sus propios motivos para trabajar solamente para la Unión Soviética. Si era así, cabían dos alternativas: o realizaba una confesión para obtener una reducción de condena, o no lo hacía. En este último caso, se produciría un leve escándalo público y Lightfoot sería ejecutado legalmente, o apartado de la circulación durante una década o más. El Buró debía recordar que, en el caso similar del doctor Dunne Hay, no se habían difundido detalles y había que considerar que tal desenlace había resultado bastante útil.

En el caso de que confesara, dijo Zobotkin, se obtendrían ventajas políticas mucho más satisfactorias: Lightfoot sería expulsado del ejército y degradado; ya no podría hacer más daño y –esto era lo más importante, según el director– provocaría un escándalo mayúsculo que llegaría a la portada de todos los periódicos y dejaría en todo el mundo la impresión de que la inteligencia militar soviética estaba inmensamente activa y profundamente

arraigada en todas las clases sociales, incluso entre las más ricas y aristocráticas, de cualquier país. El poder soviético quedaría tan demostrado que tendería a producirse un ablandamiento de las políticas exteriores de los países periféricos como Suecia, Noruega, Turquía, Persia, Italia, Grecia y Francia.

Zabotkin recordó al Buró el reciente discurso del camarada Malenkov, en el que había dicho: «Se ha comprobado en repetidas ocasiones que los débiles terminan aplastados. Por ello, para consolidar la victoria, debemos ante todo incrementar nuestro poder. Cuando seamos respetados, el enemigo será reacio a entorpecer nuestro trabajo creativo». El director señaló que la tarea no sólo consistía en incrementar el poder de la patria soviética, sino también en exponerlo de forma visible. Debía quedar constancia de que la URSS ya no era un país atrasado que tenía que moverse con cuidado entre las naciones del mundo, sino una fuerza en poderosa expansión, que ya tenía sus vanguardias y francotiradores infiltrados y en acción permanente en el seno de las ciudadelas más recónditas del capitalismo internacional.

El director dejó su voz de orador experimentado y concluyó diciendo que el caso de Lightfoot, al que los propios capitalistas darían amplia publicidad, ayudaría a demostrar lo anterior de la manera más convincente. Se sentó, se secó el sudor de la frente y preguntó si alguno de los miembros veteranos del Buró deseaba plantear algo.

–¿Cuál es su decisión respecto a la mujer? –preguntó el subdirector.

–Ella ya no tiene la menor importancia –respondió Zabotkin–. No adoptaremos ninguna otra medida.

No hubo más preguntas y Zabotkin dio por finalizada la reunión. Después, ofreció un cigarro al subdirector y cigarrillos a los demás y, durante un rato, mantuvo una conversación informal con ellos acerca de las tiendas de Londres y sobre qué productos estaban racionados y cuáles no; tenía especial interés, comentó, en adquirir unos pañuelos para su esposa y un frasco de malta y aceite de hígado de bacalao para su hija. Charló amigablemente durante media hora y Mark y Alek quedaron muy impresionados de su cordialidad y de su refinada condescendencia.

Cuando Desmond acudió a su siguiente cita de rutina en Hampstead y encontró cerrada la verja del jardín trasero, le irritó profundamente la incompetencia de sus jóvenes camaradas. Le pareció rayano en el sabotaje que hubieran sido tan descuidados como para olvidarse de dejar abierta la verja una noche en que debían encontrarse. Se preguntó si estaría justificado saltarla y arriesgarse a ser sorprendido e interpelado por algún transeúnte o policía. Escrutó la oscuridad, pero no fue capaz de asegurar si había o no alguien en las inmediaciones que pudiera verlo. No era la primera vez que Mark y Alek se mostraban negligentes, se dijo, y recordó que los momentos de crítica dificultad a los que se enfrentaban todos se debían, con toda probabilidad, a que los dos agentes habían hecho caso omiso de su recomendación de abandonar las postales en blanco como método de comunicación. Si hubieran sido más responsables, Harriet habría dado crédito a su palabra de que había abandonado su labor en el Partido y habría dejado de inquietarse o de pensar en ello.

Desmond cerró los puños con fuerza y decidió que ya habían hecho suficientes chapuzas y que no podía arriesgarse a que lo sorprendieran saltando la verja de un jardín ya entrada la noche. Siempre podía explicar, pensó, que había ido a visitar a unos amigos y demostrarlo haciendo que Mark y Alek lo confirmaran, pero sería arriesgado: aquellos dos hablaban con un marcado acento extranjero y podían resultar sospechosos de ser también ladrones de domicilios. Aparecería la policía y la situación se volvería catastrófica.

Subió despacio la colina, reflexionando sobre la ineficiencia, casi en exceso tradicional, de los rusos. No cabía esperar, se dijo, que toda la idiosincrasia de una nación cambiara en apenas veinticinco años y, desde luego, debía tenerse en cuenta la enorme y repentina expansión del aparato de la inteligencia soviética en el exterior, como resultado de las victorias bélicas. Evidentemente, andaban cortos de personal con la preparación debida y era injusto y desleal por su parte cargar mucho las tintas sobre Mark y Alek.

Salió del parque a la calle donde estaba la casa que servía de punto de encuentro y decidió pasar por delante para ver si había luz. Sabía que el

sótano se alquilaba amueblado por semanas al dueño de la casa, un verdulero que vivía en el piso de arriba, y pensó incluso en llamar al timbre de la puerta principal.

Pensándolo bien, se dijo, era mejor no hacerlo. No tenía nada urgente de lo que informar y, en realidad, había acudido con el temor de tener que explicar que no había hecho el menor progreso en el asunto de Harriet, quien había desaparecido sin dejar huella. Desmond podía hacer muy pocas averiguaciones, pues no quería que las amistades de ella empezaran a chismorrear si preguntaba a alguien por su paradero, y lo único que se le había ocurrido era guardar su ropa y esperar a que volviera a buscarla. Había mandado cambiar las cerraduras para que Harriet no pudiera usar la llave y, al final, se viera obligada a ponerse en contacto con él.

Al pasar por delante de la casa, aflojó el paso y leyó con asombro un sucio rótulo de cartón atado a la reja que decía: «Precioso piso bajo con jardín en alquiler. Muebles a la venta. Razón: Hanson, Verdulería, High Street».

No cabía suponer que sus contactos fueran tan vergonzosamente inútiles como para cerrar el lugar de reunión sin consultar y sin tan siquiera notificárselo a él. No podía ser, tampoco, que se hubieran visto obligados a marcharse por alguna razón y no hubieran tenido tiempo de cancelar la cita. El sucio rótulo llevaba colgado veinticuatro horas, por lo menos, y dado que sabían su número de teléfono, habían tenido tiempo más que suficiente para llamarlo de manera anónima, usar la contraseña de emergencia y anunciar que el encuentro se aplazaba. Desde una cabina pública no se corría ningún peligro. De haber surgido algún problema con las autoridades, pensó, seguro que Alek habría actuado así.

Desmond hundió la cabeza y los músculos le flojearon de zozobra cuando comprendió que sólo había una explicación probable, y era que había perdido la confianza del Partido.

Sin saber lo que hacía, se quedó inmóvil y contuvo el aliento hasta que se mareó; entonces, emprendió lentamente el descenso por la colina, arrastrando los pies y dejando que los brazos le colgaran a los costados, flácidos y sin balanceo. Si en el Buró habían decidido que ya no era de fiar, pensó, lo primero que harían sería abandonar el sótano: cortarían toda comunicación y

no se molestarían en dar explicaciones. Desmond recordó que años antes, en los tiempos en que los agentes del aparato, bajo nombre supuesto, se organizaban en pequeños grupos de discusión política, había habido un miembro del que se había sospechado que intentaba averiguar la identidad de los demás y a qué se dedicaban; el individuo había sido apartado de aquel modo, sin previo aviso y por completo.

Desmond no tuvo ánimos para disimular en su trayecto de regreso a casa; tomó un autobús desde la parada de origen de la línea y un taxi desde Tottenham Court Road. Sentía que la razón de su existencia se hundía y que no tenía ningún motivo para seguir vivo: ya no había nada que tuviera el menor valor, o incluso interés, para él. Con pasos lentos, desconsolados, entró tiritando en la casa vacía y fue directamente a acostarse. La habitación estaba fría y, tendido en la cama y despierto, se descubrió deseando que Harriet estuviera allí para hablarle con su voz dulce y pausada. Sin embargo, sabía con certeza que ella no volvería nunca y que ya no quedaba nada en el mundo que le importara.

A la mañana siguiente se levantó más optimista, con la sensación de haberse precipitado en dar por cierta la peor conclusión posible. En cualquier caso, como no podía estar absolutamente seguro de lo que había sucedido, tendría que hacer algo para ponerse en contacto con el Buró. Se vistió y, después de tomar un café, se encaminó a una cabina telefónica de Paddington, marcó el número de la embajada rusa y preguntó por Alek o Mark.

Una secretaria le informó, con mucha formalidad, de que allí no había nadie con aquellos nombres. Desmond no se sorprendió demasiado, pues sabía que eran nombres en clave y resultaba razonable pensar que sólo los conocían los propios miembros del Buró. No se atrevió a insistir porque ponerse en contacto directo con la embajada iba en contra de todas las reglas de la clandestinidad; si lo había hecho esta vez, había sido como ultimísimo recurso. De nuevo se sintió abatido y desesperanzado, y durante el resto del día fue convenciéndose cada vez más de que había acertado en su primera impresión.

Estaba en su sastrería, probándose el nuevo uniforme, cuando se le ocurrió que, si el Buró se había tomado tan en serio la dudosa fiabilidad de Harriet, con seguridad adoptaría medidas no menos drásticas respecto a él. Era inconcebible que no lo consideraran a él, que tantas cosas conocía, mucho más peligroso que a Harriet, quien apenas sabía nada. Y no cabía esperar que el Buró le permitiera abandonar la red sin más, como tal vez habría hecho en la época anterior a la guerra. Ahora, pensó, todo era más estricto: la Unión Soviética era más fuerte y por ello sus métodos eran, proporcionalmente, más severos que antes.

Desmond experimentó el mismo vacío en las entrañas que había conocido cuando entraba en acción durante la guerra: estaba muy asustado pero, al mismo tiempo, tenía la misma sensación de remota indiferencia que, en la batalla, acompañaba siempre aquel hueco en el estómago.

Los días siguientes los pasó alerta y muy nervioso; en cierto momento, mientras caminaba por Oxford Street, la explosión de los gases de escape de un taxi lo hizo agacharse violentamente en un gesto reflejo.

Se sentía ridículo, irracional y, en cierto modo, desleal con el Partido. Era consciente de que también él, de encontrarse en la posición del Buró, habría aprobado la decisión que, estaba seguro, habían adoptado. Era la única posible y, en pura lógica, sería estúpido por su parte quejarse. Al fin y al cabo, se dijo, decenas de miles, millones incluso de miembros del Partido habían entregado su vida por el movimiento, y él mismo había estado siempre dispuesto a jugarse la suya; desde el principio había estado convencido de la necesidad de prestar la obediencia más absoluta e incondicional a la voluntad colectiva del Partido, por lo que ahora, sólo porque una de sus decisiones implicara su propia eliminación física, en sentido estricto no estaba menos obligado, como miembro leal, a apoyarla. No había diferencia, en realidad, entre dar su vida en una acción revolucionaria y aceptar una decisión del Partido que decretaba su muerte, por la razón que fuese.

Sonrió tétricamente y pensó con orgullo que, en cualquier caso, era preciso tener auténticas agallas bolcheviques para ser capaz de ver las cosas de aquella manera.

Desmond mantenía los ojos bien abiertos cada vez que estaba en público,

pero pasaron tres días más hasta que, mientras regresaba a casa del club a una hora ya avanzada de la noche, reparó por primera vez en la presencia de una figura sospechosa que lo seguía por St. James Street. Sin advertir la incongruencia de su acción, entró con rapidez en un estrecho callejón y se pegó a la pared. El desconocido pasó y se volvió a mirar, hasta que descubrió que Desmond lo observaba en la oscuridad a unos palmos de distancia; entonces, continuó caminando con decisión, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo. Era un actor pésimo, pensó Desmond para sí.

Cuando salió del callejón vio un puñado de confeti en la acera, donde se había detenido brevemente el individuo, y torció el gesto ante lo infantil de la jugada; seguro, pensó, que un truco tan obvio como aquél se les había ocurrido a Mark y Alek. Supuso que detrás de su perseguidor venía alguien más y que aquel simple rastro de papelillos era su manera de darse el relevo en el seguimiento.

A Desmond el truco le pareció de una ineptitud ridícula y, de hecho, los detectives de Scotland Yard que venían siguiéndolo desde hacía días no lo habrían empleado si hubieran tenido el menor motivo para pensar que su presa estaba al acecho. Sabían que aquel hombre se había dedicado al espionaje durante años sin despertar sospechas, pero no tenían ni idea de dónde procedía la información que lo había delatado y daban por sentado que Lightfoot no era consciente del riesgo inmediato que corría.

Lo creían así porque estaban convencidos de que el hombre no había advertido su presencia durante los primeros días de seguimiento. En cualquier caso, la detención era inminente y, por tanto, los detectives no consideraban especialmente necesario mantenerse fuera de la vista; su propósito era sencillo: asegurarse de que no desaparecía de pronto si, por la razón que fuese, barruntaba problemas.

Desmond volvió a Piccadilly y continuó por Dover Street y Hay Hill abajo hasta Berkeley Square. Le deprimió observar los rutinarios esfuerzos de su perseguidor por disimular su presencia en las calles apenas transitadas. Desde Berkeley Square, Desmond dobló a la izquierda y se encaminó directamente hacia Park Lane, mientras pensaba en lo fácil que sería para un ejecutor acercársele y, empleando un silenciador, dispararle por la espalda y perderse

por las callejuelas. Se sintió débil y desalentado y deseó que los matones cumplieran de una vez su encargo.

El hombre le seguía a casi cincuenta metros y Desmond aflojó el paso para dejar que se acercara, pero aún le llevaba una buena delantera cuando llegó a Park Lane. Decidió cruzar el parque hacia Lancaster Gate; no había luna y la oscuridad le proporcionaba a su perseguidor una oportunidad perfecta para terminar su trabajo. Desmond avanzó despacio entre los árboles, ofreciendo al hombre todas las facilidades.

Cuando salió del parque y se encontró de nuevo en la calle, estaba exasperado ante la timidez del individuo. Sin embargo, se dijo que él tampoco se hallaba en situación de acusar a nadie de cobardía o de ineficiencia. Toda aquella situación no se habría producido si él hubiera tenido más cuidado con su maletín, y ahora sólo se requería un poco de valor por su parte para ponerle fin.

Mientras abría la puerta y entraba en su casa, Desmond vio por fin cuál era su deber. Mark y Alek eran demasiado inexpertos para elaborar y llevar a cabo un plan efectivo, o para escoger agentes en quienes se pudiera confiar para que no malograrán un asunto tan importante. Sin duda, algo saldría mal y se produciría un escándalo tremendo que causaría un daño irreparable al movimiento y le correspondía a él, como miembro más veterano del Partido, hacer cuanto pudiera para evitar que sucediera tal cosa. No sería difícil. De hecho, pensó con amargura, sería uno de los trabajos más sencillos que había hecho nunca para el Partido.

Tendría que hacer algo, se dijo, que sugiriera que había perdido el juicio; así pues, subió al dormitorio, sacó del armario dos vestidos de Harriet, los hizo trizas y esparció los pedazos por la habitación. Con los dientes rasgó la esclavina de visón y, mientras lo hacía, vio reflejada en el espejo su cara demacrada, frenética, con la saliva rezumando de la comisura de los labios. Agarró un frasco de perfume y lo estrelló contra el cristal del espejo. Luego, encajó los dientes y consiguió dominarse lo suficiente para, con cuidado, hacer la petaca en la cama y llenarla de zapatos, cepillos para el pelo y fragmentos de cristales del espejo. Respirando con violencia, bajó al salón, se tragó medio vaso de whisky y abrió el maletín para asegurarse de que no

quedaba en él nada que pudiera incriminar al Buró. Para asegurarse de que despistaría a las autoridades británicas con falsos indicios, sacó la nota de Harriet del bolsillo y la estrujó en su mano izquierda. A continuación, tomó el revólver del escritorio y se disparó un tiro en el paladar que le voló los sesos.

Durante las diligencias judiciales, el detective que había seguido a Desmond hasta su casa declaró que casualmente estaba de servicio en las cercanías de Sussex Square cuando oyó un disparo de revólver. Había llamado a la puerta de la casa y, al no recibir respuesta, había irrumpido en ella y había encontrado el cadáver en el suelo del salón.

–¿Cómo pudo estar tan seguro de que se trataba de un disparo? –preguntó el juez de instrucción.

–Conozco muy bien cómo suenan, señoría.

El detective continuó su exposición: dijo que el muerto empuñaba el arma en la mano diestra y que no había nadie más en la casa en aquel momento. Era imposible que alguien la hubiera abandonado después del disparo porque, casualmente, en el callejón de detrás de la casa había otro agente que habría visto a cualquiera que intentara escapar por allí.

El testigo, desde luego, era un mal actor y el juez apreció que en su declaración había algo artificioso, cuando menos. No quedó satisfecho y preguntó:

–¿Cuántos agentes más había «casualmente» en la zona?

El testigo titubeó y respondió:

–No sabría decirle, señoría.

Hasta el momento las pruebas señalaban sin lugar a dudas la causa de la muerte, y el juez no tuvo más remedio que llamar al siguiente testigo.

El informe médico fue igual de claro y contundente: la posición en que había aparecido el cuerpo coincidía con lo que cabía esperar si se trataba de un suicidio. Por otra parte, se había encontrado la bala incrustada en el techo, y costaba creer que pudiera haber sido disparada hacia arriba a través del

paladar por otro que no fuese el muerto.

El tercer testigo, otro detective, dijo que se había realizado un registro de la casa y describió el estado del dormitorio; presentó la nota de Harriet y declaró que la habían encontrado en la mano del difunto. No había descubierto nada más, añadió, que aportara indicio alguno sobre la causa de la muerte.

La siguiente en declarar fue Harriet, quien explicó que había estado viviendo en el campo y que había regresado a Londres al enterarse, por una amiga, del fallecimiento de su marido.

–¿Estaba usted separada de su marido? –preguntó el juez.

–Sí.

–Tengo el doloroso deber de pedirle que explique el motivo al tribunal – dijo el juez con delicadeza.

–Prefiero no contarle.

–Debo asegurarle que va en su propio interés hacerlo –le instó de nuevo el juez.

Harriet no dijo nada.

El instructor no había quedado satisfecho con los demás testigos y consideró necesario insistir.

–Le requiero en nombre de la ley para que responda –dijo gravemente.

Harriet titubeó. En aquel momento, un alto oficial de inteligencia vestido de civil se levantó y, alargando la mano desde los bancos del público, entregó una nota al abogado de Harriet, que se la hizo llegar al estrado de los testigos. Decía: «Es fundamental que guarde usted silencio».

Molesto por la interrupción, el juez indicó al secretario que le llevara la nota. En un abrir y cerrar de ojos, el hombre le quitó el papel de la mano a Harriet y se lo entregó.

–En diecinueve años de experiencia –comentó el magistrado–, no he visto nada comparable ni de lejos en desvergüenza a este atroz incidente. Detenga a ese hombre de inmediato –ordenó a un sargento de policía. A continuación, lanzó una severa mirada a la testigo y añadió–: Ahora, responda a lo que le he requerido.

Harriet sostuvo su mirada con frialdad y dijo con la misma voz tranquila de antes:

–Me temo que no puedo.

–Le advierto que si no lo hace –dijo el juez–, me veré obligado a llamar a otro testigo de su casa.

Harriet no dijo nada y la sala quedó en silencio unos segundos. Luego, el juez le ordenó abandonar el estrado y llamó a declarar a Broadstone.

La doncella fue interrogada sobre las relaciones entre el difunto y su esposa y sobre si conocía el motivo de la separación.

–Él la pegaba –aseguró Broadstone.

–¿Qué le hace decir eso? –preguntó el juez, sorprendido.

La criada describió cómo una vez, al pasar junto al cuarto de baño, había oído a través de la puerta que el comandante Lightfoot y la señora discutían. Entonces, pudo oír que él le pegaba.

–¿Qué fue lo que oyó, exactamente?

–Un sonoro bofetón, señor.

–¿Con qué frecuencia sucedían estas cosas?

–No lo sé, señor.

Después de unas cuantas preguntas, el juez instructor no parecía más satisfecho que antes y decidió volver a llamar a Harriet.

–¿Es cierto que, por lo menos en una ocasión, su marido le pegó?

–No –dijo Harriet.

El juez reaccionó con desconcierto y enfado.

–Explique, por favor, el episodio que acabamos de escuchar.

–Discutimos y yo lo golpeé con el mango de un cepillo del pelo.

Declararon otros testigos, entre ellos la madre de Harriet, Anne Frodsham, y el coronel Hammerton, pero no se aclaró nada más, salvo el hecho de que, durante las últimas semanas, el difunto y su esposa parecían no llevarse bien.

El juez hizo un breve resumen de la sesión y dijo que el primer deber de un tribunal de instrucción era establecer la causa de la muerte y que no tenía que ocuparse necesariamente de conocer los motivos. En el caso que se indagaba, dijo, las pruebas médicas y policiales eran inequívocas. No estaba convencido de que todos los testigos hubiesen dicho toda la verdad, pero al mismo tiempo, añadió con franqueza, el jurado comprendería sin duda la reserva natural de la viuda y apreciaría su admirable franqueza en un aspecto significativo, por lo

menos.

El jurado se retiró y Harriet, sentada entre su madre y Caroline, esperó sin abandonar la sala. Hablaron muy poco y a Caroline le habría gustado salir a fumar un cigarrillo, pero sabía que su prima se sentía acongojada y la necesitaba a su lado; así pues, se quedó allí sentada pacientemente, con las piernas cruzadas y el brazo enlazado con el de ella.

El veredicto se demoró casi una hora. El jurado decidió que el honorable comandante Desmond Ferneaux-Lightfoot se había suicidado en un momento de enajenación mental y añadió una explicación adicional respecto a que esta alteración había sido causada, o agravada al menos, por la manera abrupta e insensible en que su esposa lo había abandonado.

## Notas

[1]. Nombre que recibían los miembros de un cuerpo paramilitar utilizado por las autoridades para reprimir la rebelión en Irlanda. (*N. de los T.*)

[2]. Esta conferencia reunió en París a los representantes de los veintidós estados miembros de las Naciones Unidas que habían luchado realmente en la guerra contra el Eje. Su sesión inaugural se celebró el 26 de julio de 1946. (*N. de los T.*)

[3]. El Carlton es, todavía hoy, un club de Londres estrechamente vinculado al Partido Conservador. Puesto que hasta fecha muy reciente era un establecimiento exclusivo para caballeros, existió de forma separada un club para mujeres activistas conservadoras. (*N. de los T.*)

[4]. El Abbey Theatre es el teatro nacional de Irlanda. Los disturbios a que se refiere el autor fueron promovidos por un sector nacionalista que consideraba que el teatro no era suficientemente político. (*N. de los T.*)

[5]. El Servicio Territorial Auxiliar (ATS por sus siglas en inglés) era la rama femenina del ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. de los T.*)

Título de la edición original: *The Conspirator*  
Traducción del inglés: Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: junio de 2012

© Herederos del autor, 2012  
© de la traducción: Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté Vargas, 2009  
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2012  
Imagen de cubierta: © Metro Goldwyn Mayer

Conversión a formato digital: María García  
Depósito legal: B. 16852-2012  
ISBN: 978-84-15472-20-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.